HB
3530.5
S25

UNIVERSITY OF ARIZONA
39001012611672

LATINA

BOSQUEJO HISTORICO

NICOLAS SANCHEZ-ALBORNOZ
JOSE LUIS MORENO

AMERICA LATINA AMERICA

8

Biblioteca América Latina

BIBLIOTECA AMERICA LATINA

Dirigida por
ROBERTO CORTES CONDE
TULIO HALPERIN DONGHI
NICOLAS SANCHEZ-ALBORNOZ

SERIE MENOR

Volumen 1
Roberto Cortés Conde y Ezequiel Gallo: LA FORMACION DE LA ARGENTINA MODERNA

Volumen 2
John Street: GRAN BRETAÑA Y LA INDEPENDENCIA DEL RIO DE LA PLATA

Volumen 3
O. Sunkel, G. Maynard, D. Seers y J. G. H. Olivera: INFLACION Y ESTRUCTURA ECONOMICA

Volumen 4
Boleslao Lewin: La INQUISICION EN HISPANOAMERICA

Volumen 5
Jorge Graciarena: PODER Y CLASES SOCIALES EN EL DESARROLLO DE AMERICA LATINA

Volumen 6
Clifton B. Kroeber: LA NAVEGACION DE LOS RIOS EN LA HISTORIA ARGENTINA

Volumen 7
M. S. Brodersohn, A. Ferrer, E. Eshag y R. Thorp: LOS PLANES DE ESTABILIZACION EN LA ARGENTINA

Volumen 8
N. Sánchez-Albornoz y J. L. Moreno: LA POBLACION DE AMERICA LATINA. BOSQUEJO HISTORICO

Volumen 9
Romain Gaignard: GEOGRAFIA ECONOMICA DE LA ARGENTINA

Volumen 10
Mario Margulis: MIGRACION Y MARGINALIDAD EN LA SOCIEDAD ARGENTINA

Volumen 11
Aldo E. Solari: SOCIOLOGIA RURAL LATINOAMERICANA

Volumen 12
Ricaurte Soler: EL POSITIVISMO ARGENTINO

Volumen 13
Gino Germani: POLITICA Y SOCIEDAD EN UNA EPOCA DE TRANSICION

Volumen 14
Frank Tannenbaum: ESCLAVO Y CIUDADANO. EL NEGRO EN LAS AMERICAS

SERIE MAYOR

Volumen 1
Magnus Mörner: ACTIVIDADES POLITICAS Y ECONOMICAS DE LOS JESUITAS EN EL RIO DE LA PLATA

Volumen 2
Frederick Merk: LA DOCTRINA MONROE Y EL EXPANSIONISMO NORTEAMERICANO

Volumen 3
R. A. Humphreys (compilador): COMERCIO Y POLITICA EN HISPANOAMERICA INDEPENDIENTE. INFORMES CONSULARES BRITANICOS

Volumen 4
Peter Smith: CARNE Y POLITICA EN LA ARGENTINA

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

LA POBLACION DE AMERICA LATINA

Bosquejo histórico

NICOLAS
SANCHEZ-ALBORNOZ
JOSE LUIS MORENO

LA POBLACION DE AMERICA LATINA

BOSQUEJO HISTORICO

PAIDOS BUENOS AIRES

IMPRESO EN LA REPUBLICA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la Ley Nº 11.723
© Copyright de todas las ediciones en castellano by
EDITORIAL PAIDOS S. A. I. C. F.
Cabildo 2454
Buenos Aires.

INDICE

Advertencia 11

Introducción 13

I. La población precolombina 18
La dispersión de los pueblos cazadores y recolectores 18
La revolución agrícola 20
La urbanización 24
Volumen de la población aborigen en vísperas de la conquista 27

II. La conquista 32
El derrumbe de la población indígena 34
La tesis homicídica 41
El desgano vital 45
El reacondicionamiento económico y social 46
Las epidemias 51
La inmigración ibérica y africana 55
La concentración 59

III. El crisol 65
La estabilización 67
La expansión 77
La descomposición del marco tradicional 103

IV. La revolución demográfica 132
La población latinoamericana después de 1950 139
La mortalidad 146
Natalidad y fecundidad 152
El proceso de urbanización 155
Las migraciones internacionales de la postguerra 165

Epílogo 169
Perspectivas 169

Bibliografía 174

ADVERTENCIA

Los autores han vencido la tentación de poner notas aclaratorias o de orden bibliográfico al pie de la página. A modo de justificación de las opiniones vertidas y como invitación a lecturas más amplias han adoptado un procedimiento de referencias quizás ingrato para la lectura, pero cómodo por su brevedad, muy usual en las obras de sociología, demografía y antropología. El nombre del autor indicado en el texto o entre paréntesis remite al libro o artículo citado incluido al final del volumen; la fecha al año de edición. Las obras de cada autor han sido ordenadas cronológicamente por fecha de su publicación; luego van las redactadas en colaboración. Cuando ha aparecido más de un trabajo bajo la misma firma durante el año a continuación de la fecha se ha colocado una letra del alfabeto distintiva. La bibliografía no es en modo alguno exhaustiva, sino simplemente indicativa.

La Introducción, los capítulos I, II y la mayor parte del III, y el Epílogo son obra de Nicolás Sánchez-Arbornoz. El párrafo sobre urbanización y el punto sobre inmigración masiva del capítulo III, más el IV, han sido escritos por José Luis Moreno. En todo momento ha habido, sin embargo, una consulta y colaboración recíprocas.

INTRODUCCION

Los principales temas de la historia de la población de América han sido hasta ahora dos: los evaluación del número de habitantes en épocas sucesivas y el análisis de la composición racial y de las mezclas que la convivencia ha originado. Es comprensible que fueran ambos los que atrajeran primero la atención de los historiadores y del público. La comparación de cortes escalonados constituye, en efecto, una forma rudimentaria de establecer el crecimiento o el fenómeno inverso, cuando lo hay, tanto de la región como de países particulares. En realidad, la curiosidad por conocer cómo y por qué se crece o decae ha sido y siempre será el objeto central de toda historia. Podrá variar la forma de analizar y de medir el crecimiento, de apreciar las causas y de interpretar las consecuencias o el significado, pero la inquietud en sí es plenamente legítima y permanente.

La evolución de los tres troncos humanos que han constituido el sustrato de la población americana y de la amalgama obtenida, responde como tema, al renuevo por momentos trágico de ideas acerca de las cualidades congénitas de los distintos grupos raciales o étnicos. Estas opiniones gozaron de un favor muy general a fines del siglo pasado y en la primera mitad del presente, y América latina no escapó naturalmente a ellas. Paradójicamente, en lugar de promover un ordenamiento jerárquico de los grupos y de provocar la segregación que el Norte del continente y otras partes bien carac-

terizadas del mundo han conocido, estos pensamientos suscitaron por suerte aquí una curiosa y singular reacción opuesta. Tanto en Hispanoamérica como en Brasil se desarrolló a la par la creencia de que la diversidad de origen y los cruzamientos efectuados constituían una suerte de virtud, una calidad, un aporte original a la historia mundial. Salvo excepciones, la idea fue compartida ampliamente. La noción de mestizaje se convirtió en una fuerza formidable niveladora e integradora hacia adentro y diferenciadora hacia el exterior de la región. El indigenismo, cuyas posiciones extremas de un principio se explican como reacción y se justifican además a modo de clamor en favor de capas de la sociedad secularmente relegadas, se encontró pronto con la defensa cerrada de una concepción sincrética de América y, atenuado, pasó a convertirse en una actividad sectorial. Ante este rechazo del predominio de cualquiera de los grupos originarios y la afirmación de las características mestizas de la cultura y del pueblo americanos, el juego recíproco de los grupos étnicos vino a ser factor central del proceso histórico y tema fundamental del interés general.

El desarrollo de los conocimientos sociológicos y económicos ha variado en los últimos tiempos, muy recientes por cierto, la óptica de la historia social americana. La actividad y las condiciones de inserción dentro de la sociedad parecen constituir una explicación más decisiva que la pertenencia a un grupo de pigmentación o de sangre. La atribución a cada raza de cualidades propias, base de una jerarquía entre ellas, ha entrado al mismo tiempo en crisis en el mundo. Naturalmente no se trata de prescindir de esta notación diferenciadora, incluso por el significado social lato que encierra. Simplemente se la hará intervenir como una variable más y quizá no la primera.

Por lo demás, este tipo de problemas no figuraba en los estudios demográficos de carácter retrospectivo, cuando éstos trataban momentos muy recientes para los cuales los censos no suelen establecer distinciones en homenaje a la igualdad de los ciudadanos de la Nación. Resultaba pues un modo de operar muy distinto ya sea que se trabajara sobre épocas recientes, ya sobre tiempos más lejanos como, por ejemplo, el período co-

lonial. En recientes congresos históricos, el tema de la composición racial, del mestizaje, ha aparecido por cierto, una y otra vez, sobre el tapete. Esta separación de campos, este tratamiento heterogéneo del problema de la población, prueba de manera palmaria la desarmonía reinante entre las dos vertientes que nutren la historia demográfica: la demografía científica por un lado, de corta retrospectiva, y la historia dotada de una dimensión temporal adecuada, pero poco ducha en el manejo de las técnicas científicas.

Por influjo de los avances de la ciencia de la población, el historiador ha adquirido nuevos recursos para medir el crecimiento. Más apropiado que la comparación de groseras estimaciones sucesivas de la masa humana del continente, es un conjunto de técnicas de observación que sirven para descubrir la dinámica de la sociedad, incluso cuando no se disponen de los estados o cuadros generales, siempre difíciles de hallar o de recomponer. Estos procedimientos serán descriptos más adelante a medida que necesitemos aclarar el uso que se ha hecho de ellos.

Merced a las nuevas formas de operar, el análisis demográfico aplicado a la historia descubre campos sin cultivar y matiza la línea de progreso habida. Los períodos comprendidos entre los cortes temporales constituían un plano inclinado monótono. Al incorporarse a nuestra visión más minuciosa revelan en cambio pulsaciones bruscas, oscilaciones rápidas, accidentes impactantes nada infrecuentes, compensaciones repentinas, avances y retrocesos, grupos y edades inmoladas, un hormigueo en suma lleno de vida, a un tiempo trágico y alegre, pero muy distante del sereno incremento estadístico. El tiempo corto, con sus ciclos, sus movimientos estacionales, las muestras relevantes de la morfología de un solo núcleo, de su comportamiento biológico, se han incorporado a nuestra perspectiva. No es preciosismo del menudeo. Es propiamente lo contrario: ambición de conocer todo, lo aparente y lo profundo, pero fundamentalmente de una manera rica.

El libro nace con la pretensión de ofrecer la máxima dimensión histórica y de incorporar las conclusiones sacadas mediante el uso de los métodos más refinados. Deseamos presentar al mismo tiempo la evolución del

continente, desde el pasado precolombino más remoto hasta el presente más inmediato, y los resultados de las investigaciones modernas. No se nos escapa la ambición excesiva del proyecto y las limitaciones de su realización. Unas proceden de que muchos de los nuevos métodos no han sido sometidos aún al banco de ensayo de la historia y de que muchas opiniones formuladas a la luz de nuevas perspectivas no han sido sujetas aún a verificación. En muchas circunstancias nos movemos a ciegas o guiados por tenues rayos de luz, pero, sin perjuicio de extremar la prudencia, hemos preferido el riesgo de tropezar adelantando hipótesis, que de permanecer inmóviles. No se trata de una obra definitiva. Quizá sí de un ensayo. El tamaño del libro tampoco permite ir más allá en el tratamiento del tema.

Otras de las limitaciones proceden de las propias de los autores y de los recursos bibliográficos de que han dispuesto. Desde estas primeras páginas nos disculpamos por ciertas omisiones no intencionales. Estas deficiencias podrán ser subsanadas en el futuro si el libro recibe la acogida del público. Las primeras son más difíciles de corregir.

Preocupación constante a lo largo de la obra ha sido enumerar las fuentes disponibles para cada período dentro de una línea de complejidad y riqueza crecientes. El lector interesado sencillamente en el relato de los hechos quizá considere que el libro habría ganado en fluidez con la omisión de estas partes. En realidad, estas referencias son breves y merecían que se las incluyera por tres razones. Conviene, en efecto, que ese mismo lector adquiera la convicción de que los hechos enunciados no se fundan simplemente en la autoridad de los estudiosos, sino en última instancia en el acervo documental; en suma, se propugna una forma de conocimiento crítico. En segundo lugar se pretende poner de manifiesto que las fuentes con que cuentan los historiadores son muchas más que las que se han solido tomar hasta ahora en cuenta. Por último se busca confirmar que las oportunidades que brindan las fuentes primarias reemplazan con ventaja a las que ofrece la información testimonial, a la par que abren un amplio campo a la elaboración cuantitativa.

El título del libro contiene una debilidad, la misma

de la que adolece el nombre de la colección para la que ha sido escrito. América latina suele ser un término o excesiva o insuficientemente lato. Para el contenido de este libro es excesivo, para lo que debiera abarcar resulta muy restringido.

Este libro trata solamente de la población de la América ibérica. Se ha excluido de hecho la única nación no ibérica de la región en razón sobre todo de la escasez de datos al respecto. El esquema de conjunto no ha de cambiar por ello. El empleo del adjetivo latino, pese a no ser adecuado, no implica solamente la ambición o el propósito fallido de no omitir a esa nación, sino en el fondo expresa algo más: una concesión a una noción difundida por la bibliografía norteamericana y forjada para abarcar de una manera simplificadora todas aquellas partes que no pertenecen a la América sajona, es decir a las que se extienden al sur del río Bravo. Esta idea en principio excluyente ha sido luego recogida y enarbolada a continuación por los propios calificados con intención a la vez antitética y autoafirmativa. Sin embargo, tanto en un sentido como en el otro, no está lejos el día que la expresión entre en crisis por escasamente comprehensiva. O ¿acaso se pretenderá apodar en lo sucesivo de *latino* al Tercer Mundo americano de lengua inglesa, pero de origen africano o hasta hindú, como son Jamaica, Trinidad-Tobago o Guyana, o al de influencia neerlandesa como es Surimam? Estos países recién independizados se acercan ya a sus vecinos, empiezan a compartir sus problemas, y llegará un momento en que no podrán ser tratados aparte, cuanto menos en cuestiones como las que discute este libro. Para ese entonces se necesitará disponer de otro nombre.

I

LA POBLACION PRECOLOMBINA

En el momento de la Conquista, acontecimiento que representa un hito de la evolución del hemisferio no sólo en los aspectos político y cultural, sino también en el orden demográfico conforme se ha de ver en el capítulo siguiente, la intensidad del poblamiento indígena variaba mucho a lo largo del vasto continente: unas regiones estaban bien pobladas, y en ellas los españoles prefirieron asentarse; en otras los indios se encontraban muy dispersos. Entre ambos extremos se sitúa una gama de medidas intermedias. El distinto grado de densidad aborigen reclama una explicación histórica, o sea que no resulta sólo de las condiciones naturales, por más que éstas sean en sociedades primitivas muy limitativas, sino que se deriva además de causas étnicas, socioeconómicas y culturales, cambiantes en el tiempo, y que habían incidido de manera distinta según las áreas.

LA DISPERSION DE LOS PUEBLOS CAZADORES Y RECOLECTORES

La presencia del hombre en América es relativamente reciente en comparación con su antigüedad en Asia y Africa, donde se han hallado vestigios de la hominización de los primates antropoides. La conjetura del carácte

autóctono del hombre americano ha quedado abandonada por completo a falta de pruebas. No obstante, las investigaciones más recientes demuestran que su modernidad es menor de la que se le atribuía hasta hace muy poco. A medida que se multiplican los hallazgos y progresan los métodos de datación, su presencia remonta más atrás en el tiempo y nada quita que nuevos descubrimientos reporten aun más la primera fecha. Por ahora se estima probable una edad de 40.000 años. Un continente vacío acogió, pues, a los primeros hombres que pisaron el suelo americano. Procedían de Asia y, con toda probabilidad, cruzaron el estrecho de Bering que separa Alaska de Siberia, pero que, durante los períodos glaciares, no constituyó el mismo obstáculo que hoy.

Las hordas que llegaron por ese camino eran en extremo primitivas: vivían simplemente de la recolección de frutos silvestres o del mar y de una caza de animales inferiores. Su modo de vida era, por consiguiente, parasitaria. Esto les obligaba a renovar los recursos disponibles mediante un cambio constante de emplazamiento. Su permanente trasiego no alentaba la constitución de agrupaciones grandes y estables. Al contrario, en cuanto el grupo crecía por encima del sustento que ofrecía el coto de sus correrías habituales, una parte había de buscar otros rumbos. Nunca pudieron ser muchos juntos, pero la migración brindaba una salida al crecimiento. De este modo, a pesar de los duros frenos que imponía a éste el género de vida, debieron reproducirse con alguna holgura, pues, al cabo de varios milenios, la necesidad les había llevado de Norte a Sur hasta Tierra del Fuego. Seguramente fueron bordeando la costa por donde suelen encontrarse los restos de su ajuar mezclados con los detritos de su comida amontonados en conchales.

Una segunda invasión trajo por un camino paralelo a los grandes cazadores, que igual que sus predecesores se expandieron por ambos subcontinentes. Los testimonios más antiguos delatan su presencia en Patagonia hacia el año 9000 a.C. Vivían básicamente de la raza de grandes mamíferos y disponían de instrumentos más perfeccionados. Nunca llegaron a ser tampoco muy numerosos y ocuparon hasta la llegada de los europeos

las grandes planicies del norte y del sur del continente, donde seguían luciendo entonces su capacidad cinegética.

En cuevas de Tamaulipas y del valle de Tehuacán, ambos en México, los arqueólogos han seguido los trazos de las plantas silvestres que intervenían en la dieta de los recolectores. Entre las principales se hallan los zapallos, los frijoles y el maíz. Impelidos por la necesidad, deslumbrados por ciertas observaciones y guiados por experiencias sucesivas, o bien enseñados por otros pueblos, como quieren algunos autores, aquellos hombres primitivos consiguieron transformar esas plantas en cultígenos. Es posible que, entre 7000-5000 a.C., empezaron a cultivar el zapallo, entre 5000-3000 a.C. los frijoles y entre 3000-2300 a.C., el maíz. Aquella domesticación, quizás insensible para los contemporáneos, suscitaría, sin embargo, uno de los cambios más profundos en la historia del continente.

LA REVOLUCION AGRICOLA

Por sus consecuencias de orden económico y social, la domesticación de las plantas supuso una revolución equivalente en sus proporciones a la que representa la revolución industrial para nuestra época. La agricultura creó una economía reproductiva que, al librar a los hombres de la dependencia del hallazgo siempre aleatorio de su subsistencia, les permitió multiplicarse hasta magnitudes antes desconocidas. Al igual que en este caso, la industrialización permitió más tarde un crecimiento sostenido de la población al superarse la sujeción al factor económico tierra. A cada uno de estos cambios tecnológicos siguió una violenta explosión demográfica. La agricultura halló su límite luego en un nuevo ajuste entre el hombre y la tierra. Hay síntomas de que la sociedad industrial tiende hoy hacia otro tipo de equilibrio.

Tanto en un caso como en otro, la explosión fue precedida por una etapa de preparación. Es posible atribuir ese carácter a la que los prehistoriadores americanos designan como período formativo, y que abarca del 2000 al 800 a.C. En nuestra época los procesos son más acelerados. Durante el formativo, cultivos hortíco-

las asentaron a los hombres sobre un territorio, les dieron vivienda fija y los agruparon. También adquirieron éstos formas sociales y políticas más complejas y diferenciadas, y un mundo de ideas originales. La agricultura puso, pues, en marcha un proceso de secuelas imprevisibles.

Poco parecería importar para nuestro propósito que la domesticación de las plantas ocurriera antes en el Cercano Oriente, 7000-8000 años a.C., y que, para algunos autores, esa precedencia justifique la idea de la difusión de esta innovación del Viejo al Nuevo Mundo, esta vez por vía del Océano Pacífico. Al parecer, a ella siguió luego por la misma ruta una segunda intrusión de formas culturales más elevadas. Los evolucionistas aceptan, en cambio, no sólo un foco americano independiente, sino hasta la posibilidad de cuatro de ellos dentro del continente: dos de la llamada América nuclear, en Mesoamérica y Perú, otro en la cuenca amazónica y un último en el valle del Misisipí. Ahora bien, de adoptarse la primera hipótesis, suscítase un extraño paralelismo con respecto a las inmigraciones contemporáneas y a la acogida prestada ahora a los cambios ocasionados por el desarrollo de la sociedad industrial. Salvadas las diferencias del caso, la difusión actual no constituiría, pues, una experiencia original para el continente. En un terreno menos especulativo, la heterogeneidad racial de los indios americanos encuentra explicación por medio de la hipótesis de invasiones sucesivas en tiempos posteriores a las iniciales que hemos mencionado. Asimismo, la diversidad de niveles culturales que existen en las cuatro áreas agrícolas indicadas, reclama una justificación no estrictamente ecológica, pues cabe objetar que zonas con un potencial análogo no gozaron, en tiempos precolombinos, de igual grado de desarrollo.

Entre las cuencas del Amazonas y del Misisipí y las dos áreas andinas las diferencias son en efecto notables. En las cuencas de ambos ríos, la agricultura no alcanzó a sostener sino a una población poco densa establecida en aldeas que, cuando el sistema de cultivo en zonas lo exigía, hasta se desplazaban con alguna frecuencia. En las zonas montañosas, en cambio, la agricultura pasó por fases sucesivas de intensificación hasta llegar al

grado más alto con el cultivo de regadío. Precisamente, los lugares que adoptaron este sistema fueron los que se prestaron al florecimiento de las altas culturas. El regadío, en particular el efectuado en las laderas de las montañas esculpidas a base de andenes de cultivo, según ocurrió en los valles de la costa peruana, exigió por un lado mayor empleo de mano de obra, pero por el otro aseguró una subsistencia regular para la misma. Otro tanto cabe decir de las "chinampas" del valle de México. Este tipo de agricultura favoreció el asentamiento estable y numeroso y, por la complejidad de las tareas requeridas, suscitó actividades diferenciadas, una organización social estratificada y un poder político que rebasó los límites de la aldea. El progresivo distanciamiento entre las actividades y entre los estratos dio lugar finalmente a grandes unidades políticas, imperios en último término, y a la aparición de las ciudades.

Aparte del crecimiento vegetativo que revela el mayor tamaño y número de los yacimientos arqueológicos de este período, cuanto puede decirse sobre las condiciones demográficas son meras suposiciones. En realidad, las conjeturas que se hagan dependen de cómo se conteste la pregunta sobre la forma en que aquellas sociedades utilizaron la mayor productividad derivada de los nuevos sistemas de cultivo. Pudo volcarse en un mayor bienestar o haberse mantenido el nivel anterior de subsistencia y haber empleado todo el excedente en incrementar la población, como también derivarlo en mantener numerosos grupos parasitarios (artesanos, nobles y sacerdotes) o haberlo atesorado en la forma de obras de carácter no reproductivo (monumentos). Probablemente la respuesta deba ser balanceada, aunque no es fácil ponderar la gravitación de cada elemento. No cuesta imaginar una mejoría entonces de las condiciones de vida en comparación con épocas anteriores (alimentación mejor y más regular, vivienda más cómoda y mayor ocio). Seguramente esta mejoría se tradujo en una ligera prolongación del promedio de vida y en el reemplazo de las generaciones, aunque todavía rápido, más lento. De la alta fecundidad atestiguan la multiplicación de los sitios ocupados y la expulsión de emigrantes hacia zonas tardíamente acul-

turadas. En los yacimientos y hasta en los cronistas hay testimonios de esos movimientos. Cabe inferir también el desarrollo habido de los estratos parasitarios del crecimiento urbano y, por último, existen testigos maravillosos del esfuerzo arquitectónico realizado con fines religiosos que despiertan cada vez más el asombro general.

Tanto el refinamiento de la vida diaria como la satisfacción de objetivos menos inmediatos absorbieron, pues, parte de los recursos agrícolas y, de esta forma, frenaron el crecimiento del potencial demográfico hasta su nivel máximo. No obstante este freno ¿estableciόse alguna vez cierto equilibrio entre, por una parte, la población y, por la otra, el medio biótico, la estructura social y los recursos técnicos? En otras palabras ¿llegó la población a un grado de saturación, a una cima, a un techo al que no podía sobrepasar salvo cambios tecnológicos? O por el contrario, ¿se encontraba a medio camino de una fase ascendente en el momento de la irrupción española, es decir con amplias oportunidades de expansión todavía sin que se requirieran cambios en las condiciones técnicas y sociales?

Según los estudios edafológicos efectuados por S. F. Cook (1949) en Teotlapan primero y, luego, en la Mixteca alta, Puebla, Valle Central, Michoacán, Veracruz y el Bajío, es decir en una muestra bastante amplia y diversa, aunque únicamente referida a México, la primera de las hipótesis alternativas parece ser la cierta. Allí aparecen tres fases de erosión, fruto de la explotación intensiva del suelo por el hombre, que son anteriores y más profundas que las producidas cuando esas tierras pasaron a dominio de la ganadería después de la conquista. Cada erosión disminuyó seguramente los rendimientos agrícolas, y necesariamente la población hubo de sufrir recesos. Por consiguiente, tanto este autor como su colega W. Borah se inclinan a creer que, tras sucesivos vaivenes, la población aborigen de México central había vuelto a alcanzar un techo en vísperas de la Conquista. Esta situación casi límite quizás explique por qué el impacto que la desorganización económica y social que ella acarreó fuera tan profundo y rápido. Hasta cabe imaginar que de no haberse producido la conquista igual hubiera experimentado una

declinación muy por cierto no tan intensa (Cook, 1947). Las conclusiones de Cook resultan harto significativas y apoyan su tesis acerca de una crecida población precolombina. Como suele tenerse por equivalente la situación de las dos zonas de altas culturas, cabría inferir por analogía algo similar para Perú. La presencia allí de tantos andenes incultos en las vertientes, no obstante que la población rural ha vuelto a crecer en nuestros tiempos, atestigua quizás una ocupación del suelo en otras épocas hasta sus límites máximos, pero falta la demostración.

Abonan la idea de la saturación demográfica, de acuerdo con el nivel tecnológico disponible, dos hechos. Cook (1946) ha observado que las guerras "floridas" de los aztecas y los sacrificios masivos de cautivos en honor de los dioses no se conciben en un momento de escasez de recursos humanos, en los que interesa preservar las vidas. Ese derroche más parece un dique inconsciente a la expansión. Una cuasi forma de control de la natalidad, por una vía igualmente violenta, es la práctica corriente de sacrificios de párvulos, tan característica por ejemplo de la cultura santamariana del Norte argentino. Miles de urnas, de una belleza plástica singular, se encuentran con el contenido de ritos tan macabros.

LA URBANIZACION

Las ciudades aparecieron en la estrecha franja occidental del hemisferio que va desde Tzin Tzan Tzun, en Michoacán, hasta Tiahuanaco, en el Altiplano peruano, o si rebajamos el nivel de importancia o de dimensión requeridas, desde Chihuahua hasta Atacama. La continuidad no es perfecta: se interrumpe en la zona ístmica. Las dos áreas en las que se produjo el desarrollo urbano corresponden a las altas culturas del norte y del sur del hemisferio. Ellas gozaron de una amplia población rural sobre la cual, como es lógico, se sustentaron.

Sobre el solar de capitales precolombinas se erigieron las coloniales, y varias de las modernas naciones conservan para las suyas el simbólico emplazamiento. La continuidad ha hecho desaparecer las trazas de la

primitiva ciudad. Estas se adivinan, en cambio, bajo la capa de tierra y maleza que los hombres de ciencia se empeñan en excavar en lugares despoblados. Los arqueólogos a veces han tenido incluso la satisfacción de reconstruir los monumentos más sobresalientes de algunas de ellas. Pero estos silenciosos testimonios sólo representan la expresión última y más perfecta de un proceso que tiene una lejana trayectoria.

Hemos de remontarnos hasta las lejanas aldeas neolíticas formadas por un puñado de casas circulares o, luego, cuadrangulares, bastante dispersas para rastrear los primeros núcleos habitados que, andando el tiempo, se erigirían en ciudades. Algunos lugares, como el valle del Virú, en la costa septentrional de Perú, ofrecen condiciones óptimas para seguir la evolución de esos núcleos. Virú nos servirá de muestra a continuación, pero recurriremos a ejemplos fuera del valle cuando sea necesario o ilustrativo.

Consecuencia de la introducción del maíz desde Mesoamérica, en primer término, y de la extensión del área de cultivo por una irrigación incipiente luego, la población de Virú creció considerablemente durante los siglos que precedieron la era cristiana, como evidencian el mayor número de sitios arqueológicos de esa época, así como la aparición de un tipo de aldea concentrada de casas contiguas erigidas al azar. De entonces data también el primer centro fortificado construido en la cumbre de una colina. Este ejercía su protección sobre un círculo de aldeas a varios kilómetros a la redonda. Las pequeñas construcciones piramidales diseminadas satisfacían las necesidades ceremoniales de la comunidad. Fuera del valle, en la sierra, por ejemplo en Chavín, de Huantar, hasta sobresalió un centro ceremonial de gran atracción sobre un ancho diámetro en su derredor. En México, los ejemplos más representativos son el centro ceremonial de La Venta (Tabasco), perteneciente a la cultura olmeca, y el de Dzibilchaltún (Yucatán) de la cultura maya.

En el período clásico, durante los ocho primeros siglos de nuestra era, la superficie bajo cultivo en Virú aumentó en un 40 % merced a una extensa red de canales de riego. Este incremento se tradujo sin duda en otro de orden demográfico. Así lo confirma la densi-

ficación de los sitios antes ocupados y la erección de otras tantas aldeas más.

Durante este período la distancia entre los simples agricultores, por un lado, y la clase militar y sacerdotal, por el otro, se acentuó. La expansión militar fuera de los primitivos lindes suscitó la formación de pequeños Estados y los centros ceremoniales crecieron en tamaño e influencia. El grupo sacerdotal parece haber tenido gran iniciativa en ese momento y haber preponderado. Justamente a partir de determinados santuarios del Altiplano, del Petén y del Anáhuac, a los que se añadieron o no, más adelante, funciones políticas, florecieron las primeras ciudades. Tales son los casos de Tiahuanaco, en la actual Bolivia, de Tikal, en Guatemala, y de Teotihuacán en la proximidad de la ciudad de México. Pero, tales ejemplos, cada cual más espléndido, fueron no obstante, la excepción, salvo en el área maya, donde precisamente se discute si tales lugares alcanzaron a tener carácter de ciudades en razón de sus bajas densidades y las escasas funciones administrativas que parecen haber cumplido.

El desarrollo urbanístico generalizado es más bien propio del período postclásico. En su manifestación incipiente se relaciona con aldeas compactas formadas de viviendas más espaciosas, ordenadas y con una preocupación palmaria por el sistema de circulación dentro del perímetro habitado. A veces también un muro o muralla separa de manera tajante el centro residencial del campo. En él se encuentran edificios comunitarios y los religiosos decrecen en importancia. Algunos de ellos ostentan un grado de concentración, un tamaño y una variedad de funciones tales que cabe calificarlos ya de ciudades.

La progresiva concentración política propia de esa época indujo a la fundación de confederaciones y de reinos. Estos a su vez impulsaron la urbanización. Aumentaron las dimensiones de las ciudades y la especialización. Unas acogieron a los grupos dirigentes locales y otras fueron cabeceras de los Estados. Parece que el crecimiento demográfico se encauzó entonces más hacia las ciudades que hacia la ocupación más intensiva del suelo.

La culminación del proceso dio nacimiento a ver-

daderas urbes como Tenochtitlán, capital del imperio azteca, o Cuzco, del incaico. El brillo de los nombres de ambas desluce un tanto la figuración de otras ciudades, algunas anteriores, pero igualmente dignas de fama como Tula, Chulula, Xochicalco y Monte Albán, en México, por no citar si no algunas, o si no Chan Chan, Cajamarquilla, Pachacamac (a la orilla de Lima), y Machu Picchu en Perú. Los cronistas atribuyen a Tenochtitlán varios cientos de miles de habitantes a la llegada de Cortés. De admitirse el dato, resultaría una concentración humana superior a la mayoría de las grandes ciudades europeas de su tiempo y, desde luego, la mayor de todo el hemisferio. Un poder político fuertísimo tenía que asegurar su existencia y, para su abastecimiento, no le bastaba la producción excedentaria del Valle de México. Su tamaño está en tela de discusión, pero, de cualquier modo, alcanzó uno descomunal para su época. Es de notar el papel más secular de tales ciudades de conformidad con la línea iniciada durante la época precedente, así como la función económica creciente.

VOLUMEN DE LA POBLACION ABORIGEN EN VISPERAS DE LA CONQUISTA

Los conquistadores, los misioneros y los cronistas de Indias formularon estimaciones de la población aborigen de las regiones que ellos habían visitado o ganado; pero pronto sus cifras cayeron en descrédito por excesivas. Los estudios modernos han tratado de sustituirlas por otras obtenidas por medios menos directos, pero aparentemente más científicos. La preocupación por simular un censo retrospectivo de indios y obtener números dignos de crédito no puede pasar por especulación ociosa. Contra semejante parecer, creemos que no constituye simple pábulo para la actividad de eruditos. Según se entienda la magnitud de aquélla, así resultará la concepción de toda la historia de la población americana. No es lo mismo que la población americana haya crecido desde un nivel bajo hasta las actuales dimensiones, como quieren los seguidores de un progresivismo lineal, o que, al producirse el choque de dos pueblos y de dos modos de vida, haya caído

a un abismo del que no salió prácticamente hasta mediados del siglo pasado. Dobyns ha dicho con razón que "la idea que los científicos sociales se hacen del tamaño de la población indígena de las Américas afecta de manera directa su interpretación de las civilizaciones y de las culturas del Nuevo Mundo". El nivel de la civilización indígena, en cuanto que cabe tomar la densidad de la población como un indicador del desarrollo cultural (Ember), la naturaleza del contacto de ambos mundos, la trayectoria del régimen colonial, de su sociedad, todo depende de que adoptemos uno u otro criterio.

Alguien ha señalado con sobra de sorna (J. W. Bennett) que los hombres de ciencia contemporáneos al comprobar cuán poco sabían de los indios tras las arduas horas de estudio que les habían dedicado, se hallaban renuentes en admitir que los conquistadores supieran más que ellos, cuando carecían del bagaje intelectual y de la simpatía por el objeto que ellos poseían. Broma aparte, rechazados los testimonios de la época, empezaron a formularse varias estimaciones con el concurso de los métodos más dispares como es el de multiplicar por 3 la actual población aborigen o el más prudente de evaluar el potencial ecológico región por región y atribuirle una densidad típica. Tales procedimientos llevaron a Rivet y Sapper respectivamente a cifras muy próximas unas de otras: 40 y 50 millones.

Posteriormente, una corriente calificada de "escéptica", encabezada por Kroeber y seguida por Rosenblat (1954), redujo las magnitudes. Para Kroeber no había en el momento de la conquista más de ocho millones y medio de indios en ambos hemisferios. Esta cantidad supone una densidad promedio de sólo 0,2 hbs. por km^2. Kroeber llegó a esa conclusión después de un cuidadoso reconocimiento de la población aborigen de determinadas áreas de los Estados Unidos (en especial California) y de la proyección hacia atrás de la tasa de crecimiento de la población indígena de México, registrada entre la estimación de Humboldt a fines del siglo XVIII y el censo nacional de 1930. La última operación se basa en la suposición de un crecimiento parejo desde la conquista, con olvido, entre otras cosas, de los formidables estragos que causó la dominación

española, así como los efectos depresivos que tuvieron las continuas epidemias mucho más fuertes entonces que en los siglos XIX y XX. Kroeber asignó a las altas culturas del continente un total de unos tres millones a cada una. Rosenblat (1954) por su parte evaluó en trece millones los indios habidos entonces dentro de los límites administrativos de todas y cada una de las naciones actuales. Llegó a esa cifra por adición de los cálculos de parcialidades hechos por etnógrafos y reajustados de acuerdo con un criterio personal de "verosimilitud". A México le concedió cuatro millones y medio de habitantes y a Perú solamente dos, más un millón trescientos mil para Bolivia y Ecuador.

Tan arbitraria como estas proposiciones, pero de signo opuesto, es la reciente estimación de un antropólogo norteamericano. El planteo es sencillo, claro, no oculta su carácter teórico, ni sus asunciones apriorísticas. Tampoco pretende obtener una cifra ajustada. Dobyns parte de la idea de que la población indígena se redujo tras el contacto con los blancos en un 95% en términos generales. En el capítulo próximo veremos las razones de ese presunto descenso. Dobyns rastrea por doquier proporciones, ya sea entre los casos relativamente próximos a nuestros días, como en otros históricos, las redondea y concluye que es lícito el criterio de multiplicar por 20 o por 25 la cantidad más baja o del nadir, es decir aquella que alcanzó la población indígena justo antes de que se produjera su recuperación demográfica. Este momento no coincide cronológicamente en todas partes, sino que varía de una región a otra. En efecto, en algunos pueblos el nadir es reciente, ya que entraron en contacto con los europeos en el siglo XVIII o incluso después. Por este procedimiento calcula una población precolombina de entre 90 a 112 millones de habitantes de los cuales 60 corresponden por mitades a México central y a Perú.

En realidad el razonamiento de Dobyns es menos antojadizo de lo que aquí parece al resumirlo. Revisa críticamente todas las hipótesis y métodos anteriores y eleva a un grado de generalidad los resultados alcanzados por los minuciosos estudios históricos de Cook, Borah y Simpson. Más cautelosos, éstos no se habían atrevido a dar hasta ahora ese paso.

Antes de entrar en la exposición de los trabajos de estos autores, notemos que hasta aquí hemos hablado del continente sin excluir el territorio de la América anglosajona. Aparte del contrasentido que encierra una distinción tal antes de Colón, incluido o no ese territorio, el volumen general poco cambia. La suma de todas las tribus de los actuales Estados Unidos y Canadá, por ser de cazadores y recolectores, arroja cifras bajas, apenas unos cientos de miles o pocos millones según el criterio que se adopte.

El camino histórico seguido por la Escuela de California parece más promisorio que otros. Sus trabajos se refieren hasta ahora de manera exclusiva al territorio del antiguo virreinato de Nueva España, pero las técnicas que han puesto a punto igual tienen aplicación en otras partes siempre y cuando se hallen para ellas fuentes equivalentes.

Las estimaciones de Cook, Borah y Simpson acerca de la población de México central, la región comprendida entre el istmo de Tehuantepec y la frontera de los chichimecas y del reino de Nueva Galicia, se basan en distintos modos de proyección retrospectiva. Primero, en 1948, habiendo logrado fijar la población del área hacia 1565 merced a documentos fiscales y considerando que, según sugerían varias muestras locales, la población había declinado un 40 por ciento entre 1519 y 1565, Cook y Simpson multiplicaron la cifra de base y atribuyeron a las vísperas de la conquista un total de 11 millones de habitantes. Casi un decenio después, Cook retomó la cuestión junto con Borah. Estudiada entonces con mayor detenimiento la tasa de despoblación, ambos autores encontraron que de 1550 a 1570 ésta había sido de un 3,8 por ciento anual, es decir superior a la tenida por válida hasta ese momento. Y era tal, a pesar de que en ese espacio de tiempo no habían estallado epidemias mortíferas del estilo de las habidas antes y después. Por lo tanto, nada quita que la tasa hubiera sido todavía más elevada. De todos modos operaron con 3,8 por ciento como constante y sobre esta base estimaron en 25,3 millones los indios que Hernán Cortés halló al desembarcar. Más adelante, en 1960, los mismos preconizaron elevar el número a 30 millones, mas, después de un estudio de la tri-

butación percibida por la Triple Alianza indígena, según la información recogida de boca de los ancianos por las autoridades virreinales, rebajaron la cantidad y volvieron a una cifra coincidente con la de 1957: 25,2 millones.

A medida pues que se consultan nuevos documentos y se afinan las técnicas de elaboración, la magnitud de la población aborigen de México central ha tendido a crecer en la opinión de los historiadores. No obstante sus fluctuaciones, expresión de una investigación cada vez más exigente en la que Borah, Cook y Simpson han derrochado ingenio y tesón, todas las cantidades se inscriben francamente dentro de la corriente alcista. Para Cook y Borah (1966) estas cifras revalorizan el testimonio de muchos cronistas tachados de hiperbólicos y condicen plenamente con la impresión de saturación demográfica apuntada antes.

En lo sucesivo, estudios sobre la productividad agrícola, la nutrición y la patología, así como acerca del régimen social, precolombinos, iluminarán el cuadro tanto como el hallazgo de nuevas fuentes demográficas.

II

LA CONQUISTA

Desde los tiempos prehistóricos, América nunca estuvo plenamente aislada. Sucesivos contactos con Asia contribuyeron a la fisionomía variada de sus culturas, sus lenguas y sus rasgos físicos (estatura, estructura craneana y pigmentación). Hasta con Europa estableció en una ocasión un nexo. Los vikingos pusieron pie en la costa nordoriental del continente y, al parecer, mantuvieron colonias allí durante siglos. Los noruegos no se percataron, empero, de que habían alcanzado otro continente y creyeron que las tierras descubiertas pertenecían a la cadena de islas que, como la de Groenlandia, habían reconocido antes. Las colonias nórdicas se extinguieron y la hazaña cayó en el olvido. Esta invasión careció, pues, de consecuencia de cualquier orden: no repercutió en Europa, ni hizo progresar el conocimiento del mundo, al punto que este hecho ha sido aceptado como cierto solamente en nuestros días, cuando las evidencias arqueológicas han confirmado y divulgado la presunción inicial; tampoco alteró para nada la marcha del hemisferio.

De distinta naturaleza fue la segunda intrusión europea. Sus efectos fueron irreversibles. A fines del siglo xv, los españoles desembarcaron en las Antillas y en medio siglo de rápido y constante avance extendieron su dominación sobre la mayor parte del continente. Apenas constituían un puñado de hombres, de manera que no

hay que buscar la explicación de su éxito en el efecto de su masa, como tampoco se debe a una superioridad tecnológica tan abrumadora que se impusiera por encima de la experiencia del terreno y de la ventaja cuantitativa que poseían los aborígenes. La prueba está en la eficacia de resistencias ocasionales. Aunque disponían de técnicas más avanzadas, su triunfo se explica más bien por dos circunstancias particulares. Primero, a la llegada de los españoles, la coyuntura política favorecía el sojuzgamiento de los dos imperios indígenas, el azteca y el incaico. En ambos, agudas disensiones internas minaban la solidez del edificio e indudablemente repercutieron sobre la moral indígena. Los pueblos sometidos por los aztecas ansiaban sacudir el yugo de sus vecinos opresores y, en consecuencia, los tlaxaltecas, por ejemplo, lejos de oponerse a Cortés se convirtieron en auxiliares preciosos. Perú, por su parte, se hallaba en plena guerra civil entre dos pretendientes al trono, Huáscar y Atahualpa.

Por otro lado es de tener en cuenta las huestes procedentes de allende el Atlántico que no obraban por cuenta propia, sino que a sus espaldas contaban con un Estado unificado y fuerte. El les proporcionaba objetivos, apoyos y nexos. Gracias a esto, unos miles de hombres dispersos en un vasto continente lograron superar la fuerza disgregadora de la distancia. Los conquistadores ostentaban además en su haber una tradición de conquista. Durante ocho siglos habían aprendido a no arredrarse ante la superioridad numérica del adversario y a ejercer el dominio sobre otros pueblos. De los Estados europeos, precisamente era Castilla la mejor calificada para enfrentarse con las grandes masas indígenas. Las naciones que entraron en pos de ella a repartirse América se contentaron con las costas despobladas del Atlántico.

Causas exógenas quebraron, pues, la evolución demográfica del mundo indígena. La ocupación representó efectivamente un giro radical de la trayectoria. Roto el equilibrio de la economía, de la sociedad y de la cultura indígenas, la población empezó a declinar en una forma que estremece. Hoy, no se trata ya de afirmar el hecho, sino de establecer en qué proporción ocurrió, cuáles son las razones válidas, y ponderar cada una de ellas.

Al período comprendido entre el descubrimiento y la sima o nadir en que cayó la población autóctona después de él, llamamos la Conquista. Este criterio muy personal rebasa los límites temporales que suelen asignarse a la etapa equivalente en el campo político o militar; pero, a nuestro modo de ver, conviene reservar en demografía el rótulo de colonial que le sucede, al momento en que la sociedad surgida del mortero de la conquista vuelve a hallar un cierto equilibrio dentro del cual se inicia un segundo ciclo expansivo. Desde este punto de vista, la Conquista representa en suma la antítesis de la fase indígena, que el metamorfismo de la etapa colonial tenía por destino superar.

En términos muy imprecisos, sujetos a la corrección que aporten futuras indagaciones tanto en un plano general como local, el límite de la declinación se sitúa, siguiendo a Borah (1964), siglo y medio después de los primeros contactos entre el pueblo dominador y el dominado, es decir a mediados del siglo XVII. En esa época, la población americana se redujo a un mínimo.

EL DERRUMBE DE LA POBLACION INDIGENA

Establecidos el significado y los límites del período, pasemos a considerar la magnitud en que declinó la población en ese lapso. La resolución de esta cuestión depende de los criterios que sostengamos respecto del volumen inicial y final del proceso. De acuerdo con la opinión de un representante de la corriente "bajista", el repetidamente mencionado Rosenblat (1954), de 1492 a 1650 el detrimento fue de 13,3 millones a 10, o sea de 3,3 millones o una cuarta parte del total inicial. Para una población que conserve su cohesión interna y sobre la que no actúen factores disruptivos de procedencia exterior, una merma de una cuarta parte durante siglo y medio equivale efectivamente a una contracción muy fuerte. Menos que eso perdió la sociedad española en un tiempo más corto, durante la tan mentada decadencia del siglo XVII, y todos la tienen por gravísima. En España, la naturaleza de la crisis nunca igualó empero a la americana. Allí la población perdió pulso, mostró su debilidad, se contrajo en forma correlativa con la depresión económica; ahora bien, los

marcos sociales, políticos y culturales prevalecieron y no sufrieron la desarticulación que registró el mundo indígena. Nada extraño tiene por lo tanto que la disminución haya sido mayor aquí.

La tendencia "alcista" sustenta por su parte la idea de una caída abismal. Dobyns, del que nos hemos ocupado antes, considera probable una reducción a una vigésima o vigésimoquinta parte, es decir que los naturales quedaron reducidos al 5 ó 4 % de la cantidad anterior al contacto con los europeos. De unos 90-112 millones bajaron a unos 4,5 a mediados del siglo XVII. La última cifra es inferior al mínimo absoluto de todos los tiempos que concede Rosenblat (1954). En opinión de éste el mínimo fue de 8,6 millones de indios y se alcanzó en 1825.

He aquí dos tesis irreductibles que sería inconducente discutir en términos globales. Sólo un conocimiento a escala regional, fruto a su vez de buenos sondeos locales, permitirá efectuar generalizaciones debidamente controladas. Para empezar veamos pues qué aconteció en la región mejor estudiada hasta el momento, la de México central. En este caso, recurriremos de nuevo a los estudios de la Escuela de California.

Al pasar de una época a otra dejamos el campo de las inferencias crudas hechas a base de testimonios subalternos. De ellas habíamos tenido que echar mano a falta de mejores datos con el fin de establecer simplemente el marco de la evolución general. En la nueva etapa nos acercamos a un tipo de fuente, si no ideal, más próxima a la específicamente demográfica. Estos documentos de valor indirecto son los recuentos hechos con fines fiscales, administrativos o religiosos. Cook, Borah y Simpson han consultado sobre todo las nóminas de tributarios reunidas por la administración virreinal. Por las razones eminentemente prácticas que presidían a la compilación de estos documentos, el registro omite importantes segmentos de la población, que luego será necesario estimar. En verdad cubre de manera principal a la cohorte de tributarios, o sea a los varones de determinada edad y categoría. La elaboración posterior de las cifras exige un conocimiento cabal de la estructura familiar indígena y del sistema tributario español, ya que de lo contrario se corre el

riesgo de cometer errores graves. En una temprana formulación de la trayectoria seguida por la población de México central durante el siglo XVI, Kubler (1942), por ejemplo, sostuvo que se había producido un aumento de la población indígena a mediados de la centuria. Investigaciones ulteriores han demostrado que el incremento era aparente y que sólo reflejaba una reforma impositiva que incorporó al régimen de tributación categorías antes exentas (en especial, chichimecas, esclavos y mayeques).

Obtener el total de habitantes de una localidad o región sobre la base de este género de datos requiere multiplicar el número de unidades registradas por un factor que representa la dimensión de la familia tipo, luego estimar el volumen de cada una de las categorías omitidas y, finalmente, extrapolar las lagunas que presentan las fuentes. En cuanto a lo primero, después de varios tanteos, la Escuela de California ha adoptado empíricamente el factor de conversión 2,8, cuando se trata de tributarios registrados después de la reforma de 1558, y de 3,3 antes, en época en que sólo los casados estaban sujetos al gravamen. Tales factores son los más bajos que se hayan utilizado e implican la existencia de un núcleo familiar muy reducido. De las categorías sociales exentas, los autores mencionados han tomado en cuenta para adicionarlos a los nobles y a sus vasallos (*mayeques*), a los miembros de las comunidades (*calpulli*) y a los indios "reservados". En otras ocasiones han suplido la falta de datos mediante las cuentas de tributos pagados en especie, de cuyas sumas han deducido, en conocimiento del precio de los artículos y de la tasa pertinente, el número de contribuyentes.

En esta forma, después de varios pasos ya indicados en el capítulo anterior, Cook y Borah han propuesto la siguiente evolución numérica de la población indígena del México central.

1519	25,3	millones
1523	16,8	,,
1548	6,3	,,
1568	2,6	,,
1580	1,9	,,
1595	1,3	,,
1605	1	,,

De acuerdo con este cuadro, en los albores de la Conquista pereció un tercio de los indios y, en cada cuarto de siglo subsiguiente, más de la mitad de los restantes hasta quedar en un 4 por ciento de la población originaria a comienzos del siglo XVII. La línea descendente no muestra pausa, ni intento de enderezarse.

Ahora bien, ¿es representativo México central de lo que ocurrió en todo el continente o sufrió acaso una evolución singular que lo apartó de la regla? De las demás partes, los datos que se poseen hasta el presente son parciales, menos completos. No abarcan grandes territorios, sino que constituyen más bien muestras que futuros estudios habrán de completar para que sepamos a ciencia cierta en qué medida son significativos. Lo sugerente de estos casos es que todos repiten, no obstante las variantes, la inclinación observada en México.

Las Antillas, el ejemplo más antiguo en discusión, son plenamente corroborativas. Partiendo de las estimaciones más conservadoras acerca del período anterior al descubrimiento, la población de la Española, por ejemplo, pasó de un centenar de miles de indios al puñado de centenares que se contaron en 1570. Las medidas tomadas en consecuencia confirman por cierto de manera indirecta la despoblación. Fue en efecto la falta de brazos la que exigió que se introdujeran desde muy temprano esclavos negros e indios de las islas Lucayas. Los naturales iban allí hacia su total extinción. El fenómeno es todavía más radical que aquel con el que lo comparamos.

Del Perú, la publicación reciente de la visita efectuada a la zona de Huánuco casa por casa y anotada con minuciosidad por Iñigo Ortiz de Zúñiga (1967), descubre una contracción de la población masculina adulta de un 80 por ciento aproximado entre 1531 y 1562, proporción ligeramente superior a la de México central durante el lapso equivalente. No es predecible que el caso de Huánuco sea representativo de zonas como la costa con la que nada tiene que ver, pero, de cualquier manera, sugiere que posiblemente Kubler (1946) se haya quedado corto cuando afirmaba que el número de indios peruanos bajó a la mitad en esos

treinta años. El mismo documento exhibe además una población infantil alta (37 % entre 0 y 12 años) y equilibrada por sexos, que es señal de una temprana recuperación, al tiempo que constituyó una promesa para el porvenir. La opinión prevaleciente hasta ahora (N. D. Cook) consideraba que la población indígena del Perú siguió cediendo en una forma progresivamente desacelerada desde 1562 en adelante hasta comienzos del siglo XVIII. Por lo visible en Huánuco el repunte pudo iniciarse mucho antes. ¿Llegó empero a hacerse efectivo? Esperamos con interés estudios en curso sobre este punto clave.

Del resto de América, las referencias siguen siendo escasas. Colombia nos brindará los últimos ejemplos. Friede (1953 y 1963) ha escrito la historia documental desde la entrada de los conquistadores en la región, de dos tribus indígenas, los andaki y los quimbayas. Tanto entre unos como entre los otros, el descenso fue fulminante, pero los quimbayas resultan más ilustrativos, pues el autor dispuso de una información más pormenorizada a su respecto. Se trata de las clásicas listas de tributarios encomendados, cuyo recuento se efectuó en este caso con cierta frecuencia. Friede resume así los datos recogidos por él entre los archivos de Sevilla y Bogotá:

Año 1539	15.000	indios de guerra
„ 1559	4.553	tributarios
„ 1568	2.876	„
„ 1585	1.100	„
„ 1605	140	„
„ 1627	119	„
„ 1628	69	„

Podríamos prescindir del número de indios del año 1539, ya que se trata de una estimación redondeada, aunque perfectamente verosímil, y de los pertenecientes al siglo XVII, por cuanto el régimen de encomienda había entrado ya en completa descomposición a causa de los ataques de los indios no pacificados y de la huida de los naturales del lugar. Aun así, en el lapso en que el régimen y el registro son homogéneos, de 1559 a 1585, o sea en sólo un cuarto de siglo, la población menguó a una cuarta parte. Pero si insistiéramos en tomar como base de comparación el año de la conquista

del territorio quimbaya, entonces, en menos de medio siglo, aparecería que los hombres adultos quedaron reducidos a un 7 por ciento de la cantidad inicial.

La concordancia observada no significa que el descenso haya sido necesariamente uniforme. El tiempo y el tipo de contacto con los conquistadores, más las condiciones ecológicas, hicieron variar la intensidad de la caída de región a región: en unas más, en otras menos, o más tarde, aunque siempre con una fuerte declinación. Volviendo a México, Cook y Borah (1960) consideraron factible agrupar las tendencias particulares de los distintos territorios, en dos grandes conjuntos, cada uno con una inclinación distinta. De un lado figuran las tierras altas de la Meseta central y Veracruz central, así como de Oaxaca-Mixteca, Michoacán y Jalisco-Zacatecas; del otro las tierras calientes de una y otra costa, tanto de Pánuco-Valles y Alvarado-Coatzacoalcos como Oaxaca-Costa, Zacatula-Guerrero y Colima-Nayarit. La caída del primer grupo, expresada por la tasa general anual de cada quinquenio, es la siguiente: 1534-38, -6,53; 1539-43, -5,01; 1544-48 -4,27; 1549-53, -3,97; 1554-58, -4,33; 1559-63, -0,95; 1564-68, -4,85 y 1569-73, -2,79. Presentan sin excepción signo negativo y son superiores al comienzo. Durante los mismos quinquenios, las tasas correspondientes fueron éstas: -9,11; -6,92; -7,15; -10,25; -6,88; -4,34; -6,18 y -9,84. Como puede apreciarse, la costa sufrió una despoblación más intensa que el interior: el promedio anual de todo el período es de -6,87, casi el doble que el de la meseta (-3,74). La diferencia se explica por una mayor vulnerabilidad de los habitantes de la costa a las enfermedades europeas y por una dislocación más temprana de su estructura económica. Nótese una recrudescencia del problema al comenzar el último tercio del siglo.

La imaginación se resiste a traducir los fríos números que hemos visto a concretas realidades humanas. Aun para mentes acostumbradas a las duras expresiones de la demografía europea coétanea cuesta admitir esas cantidades. En los estudios europeos acerca de los siglos XVII y XVIII, los historiadores califican de crisis demográfica a la letalidad que arrastra a más de un tercio de la población de una localidad o de una región

en el corto plazo de un par de años o de tres. Una crisis así entendida constituía un accidente gravísimo, pero en verdad pasajero. Con gran sabiduría la naturaleza había dispuesto una rapidísima recuperación compensatoria. Una fuerte nupcialidad suplía los matrimonios demorados y, a la vez, originaba un *boom* de nacimientos supletorios, de tal manera que, sumados a las concepciones de las parejas constituidas antes de la crisis, a los pocos años de la misma sólo quedaba un recuerdo en la muesca discernible en la pirámide de edades. A la larga, las secuelas aparecían en un grupo de edad más reducido y, por lo mismo, con menor potencial genético; ahora bien, el grupo de edad siguiente compensaba hasta con creces la merma temporaria. De este modo, no obstante las oscilaciones nerviosas de los movimientos vitales, el volumen de la población conseguía mantenerse en un mismo nivel o incluso crecía.

La caída de la población indígena no fue una crisis en estos términos. De este tipo, originadas por hambres y epidemias, también las hubo en América. Incluso hay noticias de que estallaron durante el período prehispano. Los códices indígenas recuerdan, por ejemplo, el hambre de 1453, cuando los hombres se vendían como esclavos con tal de conservar su existencia. Asimismo se guarda la memoria del hambre de 1504 causado por las guerras de los tlaxcaltecas y la sequía (Rosenblat, 1954, y también Cook, 1946*b*). Sin embargo, por profundas y duraderas que hayan podido ser las consecuencias de ambos hechos, nunca amenazaron la vitalidad de la población indígena.

Por lo que respecta a las guerras no es de creer que hayan provocado tampoco una punción ni grande, ni durable. Después de la implantación en la mayor parte de los países del registro de los movimientos vitales, gracias al cual contamos con datos regulares y de mayor fiabilidad, han estallado dos guerras de envergadura e intensidad jamás vistas. El factor masa ha prevalecido en la utilización del material bélico y en la movilización de los recursos humanos, y así también han sido las destrucciones y las bajas. Pues bien, las cuantiosas pérdidas humanas sufridas en el frente de batalla y en la retaguardia, así como las indirectas a causa de la

postergación de los matrimonios, la retracción de la generación y la desorganización económica (por ejemplo, mayor mortalidad prenatal), fueron compensadas con cierta facilidad durante la posguerra. Al cabo de un par de decenios, los vestigios del conflicto se borraron. Las experiencias recientes parecen, pues, demostrar que, a largo plazo, la guerra carece por suerte de las consecuencias catastróficas que solían asignársele por lo común, al menos siempre y cuando la punción no sobrepase a la operada en los casos observados. La idea de ningún modo pretende disculpar los conflictos armados: admite los trastornos que la contienda provoca en la generación que los padece, pero alimenta la esperanza acerca de la reparabilidad de los daños.

Por el número de combatientes y el armamento disponible, las guerras de la conquista no pudieron desde luego causar una destrucción superior, en proporción, a la de los dos últimos choques mundiales. Por otro lado, en la época precortesiana, las llamadas "guerras floridas" del imperio azteca concluían, según se dice (Cook, 1946*a*), con el sacrificio de más de 15.000 cautivos por año, la mayoría en los altares de Tenochtitlán. Tales hecatombes, empero, tampoco hicieron peligrar a la sociedad indígena, sino tal vez lo contrario.

El lector disculpará que hayamos procurado cercar el problema de la decadencia, de sus motivos, por comparación y por contraste antes de compulsar los testimonios históricos. Es conocido el dicho que los árboles ocultan el bosque. Temíamos, en efecto, que la acumulación de testimonios enturbiara la inteligencia de la historia. Las explicaciones que brindan los documentos giran en torno de temas determinados. Es natural, pues expresan las impresiones o creencias de los contemporáneos, pero no siempre éstos se hallan en las mejores condiciones para desentrañar la razón de los acontecimientos. ¿Cuáles son las opiniones actuales en torno de aquel desplome de la población americana? ¿Qué relevancia tiene cada una?

LA TESIS HOMICIDICA

Empezaremos por la "teoría homicídica", según la ha bautizado Kubler (1942). Esta teoría arranca del fa-

moso panfleto del combativo Fray Bartolomé de Las Casas, titulado *Breve relación de la destrucción de las Indias occidentales*. Traducido pronto a diversos idiomas se convirtió en la fuente fundamental de los argumentos a favor de la "leyenda negra". Desde el título, el tono es el de un alegato. La loable pasión que lo dictó ha mantenido por siglos la vigencia de la figura moral de Las Casas, pero ha perjudicado, en cambio, el análisis de la información que proporciona, al no poder evitarse que ésta se mezcle con los sentimientos más o menos disimulados de los historiadores.

Las Casas asigna las pérdidas de la población a la acción directa de los conquistadores. Las atribuye a sistemáticas matanzas, a infinitas crueldades y a exigencias de esfuerzos sobrehumanos en el trabajo, por lo que, dice Kubler, la *destrucción de las Indias* resulta un catálogo de horrores.

El dominico, luego obispo de Chiapas, encabezó una generosa corriente humanitaria filo-indígena y adversa a los encomenderos en la que figuran otros clérigos como fray Toribio de Motolinía y oficiales reales como Alonso de Zorita. Esta corriente llegó a tener predicamento suficiente como para obtener de la corona medidas tutelares de los naturales, tanto en el orden jurídico como en el económico.

La "teoría homicídica" presenta un trasfondo voluntarista y engloba fenómenos de naturaleza distinta, que en cualquier análisis circunstanciado convendrá distinguir.

En primer término, la teoría comprende factores de tipo militar. Se citan las muertes acaecidas en encuentros, que como hemos visto no pudieron ser muy significativas desde un punto de vista demográfico. También se mencionan acciones deliberadas por parte de huestes aisladas para imponer sistemáticamente el terror en lugares mal dominados. Lo usaron, en efecto, como instrumento psicológico para compensar la debilidad numérica y obtener ventajas militares. Las Casas (art. 7º) relata el terror desencadenado fríamente por los españoles en Cholula, México, aun cuando la ciudad no había ofrecido la menor resistencia. El solo propósito fue asegurarse por el miedo el sometimiento de la región. Por desgracia, ésta ha sido una táctica harto

frecuentemente usada en las guerras coloniales, internacionales y hasta civiles, incluso en pleno siglo xx. No podía faltar tampoco la lista de exacciones de vituallas imprescindibles para alimento de las tropas de ocupación, así como el relato de las formas apremiantes para mover a los remisos. En una economía de estricta subsistencia, como era la aborigen, una punción de cierta magnitud por ese lado, seguramente equivalió a la pérdida de una cosecha con el hambre y la mortalidad consiguientes. Efectos similares debió producir la movilización de la mano de obra masculina para obras militares, sin contar la utilización de los naturales como auxiliares en las campañas contra los pueblos vecinos. Las Casas (art. 6º) cuenta cómo se requisaron indios, en Nicaragua, para el transporte de madera de la selva a la costa, con la cual los castellanos construyeron la flota del Pacífico. Dentro del mismo orden de cosas está la reducción a la esclavitud de indios panameños para ser conducidos al Perú (1533). Son igualmente verosímiles las escenas relatadas acerca de las arbitrariedades cometidas con el fin de conseguir botín o rescate o aquellas que contienen violencias sexuales. Todo ello se halla dentro de la más estricta tradición militar de la época. También son imaginables el rosario de vesanias que encuentran su cauce espontáneo en toda relación de violencia. En cuanto a las destrucciones y matanzas de pueblos enteros de indios sedentarios pacificados por mano de parcialidades insumisas, ya fueran rebeldes o nómadas, lo cual ocurrió con alguna frecuencia durante las etapas posteriores de la dominación colonial (Sauer, 1934; Friede, 1963), hay que incluirlas en la misma categoría de hechos.

Pasados los años, cuando los conquistadores se habían asentado en los nuevos dominios de la corona castellana, la argumentación de los detractores del proceso colonizador se desplazó. De los alegatos de índole militar se pasó a los de orden económico. Fue entonces cuando apareció el tema de la explotación extenuante del nativo por el encomendero: las largas jornadas de labor, el ritmo y el esfuerzo agotadores y la alimentación escasa. Luego se inscribieron los abusos cometidos en las minas. Al igual que las acusaciones anteriores, éstas encierran un fondo de razón. ¿Cuáles no

serían, en efecto, los estragos producidos entre los mineros que una cédula de abril de 1549 prohibió el trabajo de los naturales en las minas de Nueva España? Luego la medida se extendió a Nueva Galicia y al Perú, pero obviamente no se aplicó en ningún lugar. Por el contrario, la mita y los repartimientos, consecuencias más que causas de la despoblación, se institucionalizaron más tarde.

Cuantos factores se han enunciado contribuyeron sin duda, en una proporción variable, al desgaste de la población nativa. No obstante, su influencia, si bien primera en el orden cronológico, no fue primordial. R. Mellafe (1965) ha escrito con razón: "La conquista en su expresión externa, bélica y política, y el trabajo minero, fenómenos constantemente esgrimidos como causantes de la disminución, son de influencia muy relativa en el desastre demográfico de la primera mitad del siglo XVI. Piénsese que cuando el trabajo de las minas se organiza, en forma masiva y obligatoria, la población indígena americana ha disminuido en más de un cincuenta por ciento."

En algún momento futuro hasta podrá cuantificarse el impacto demográfico del conjunto de factores heterogéneos que recubre la "teoría homicídica". Es de esperar que no transcurra mucho tiempo sin que se supere el estado actual de cosas. Basta con disponer de un número suficiente de pirámides de edades de aquella época. Se supone, en efecto, que las muertes de indios por mano de los conquistadores o por la explotación sobrehumana de los encomenderos habrían de haber afectado al segmento de la población masculina adulta, la que estaba en condiciones de empuñar las armas o de efectuar los trabajos más arduos, y en una medida menor a las mujeres, ancianos y niños. El ejemplo de Huánuco, antes mencionado (Hadden, 1967) y por ahora único, parecería justificar la fuerza de esta hipótesis. En 1562, los hombres de ese lugar que durante los primeros años de la conquista reunían ambas capacidades —la militar y la laboral— y que por la edad que tenían ya les faltaba motivo para ocultarse, eran muchísimo menos que las mujeres. La diferencia es muy considerable. Sin embargo, no existiendo de hecho un criterio muy estricto de la unión monogámica, la

fecundidad del grupo podría no haber sufrido demasiado. Quizá el aspecto juvenil de la población de Huánuco esté expresando que se halla operando allí ese mecanismo de compensación.

Por lo que respecta a toda América, en consideración a la prolongada caída habida a lo largo de un siglo, el último argumento induce a buscar causas que hayan incidido por igual sobre ambos sexos y sobre los diversos grupos de edad, es decir que atacaron íntimamente a la fecundidad del grupo. La razón de la familia nuclear empleada últimamente por Cook y Borah (1960) en sus cálculos evidencia una drástica reducción de la fecundidad en el México del Quinientos. Esa dimensión de la familia no aseguró siquiera el reemplazo natural de las generaciones. Por lo tanto, la tasa de declinación anual utilizada por los mismos autores (Cook y Borah, 1957) no indica necesariamente óbitos efectivos, sino en parte también un *manque à gagner.*

EL DESGANO VITAL

¿Cuáles fueron las razones de la menor fecundidad? De acuerdo con su género agrupémoslas en dos: por un lado las de orden psicológico y, por el otro, las socioeconómicas. La distinción es a efectos taxonómicos, puesto que no se trata de niveles alternativos o excluyentes. Es frecuente en cambio que se necesite de la intervención del otro nivel. Así, una situación social o económica tiene que traducirse en un estado psicológico antes de impulsar una determinación.

Si la morfología de la población, al cabo fácilmente objetivable, no se conoce bien, ¡qué no será de los estados psicológicos que influyeron sobre ella! Cabe presumir el ánimo de los naturales sólo por reacciones extremas que han dejado un recuerdo impactante, pero nunca alcanzaremos su intimidad, pues lo veda la falta de testimonios literarios del pueblo oprimido. Las fuentes españolas dejan entrever, con todo, la fuerte impresión producida por la conquista en la conciencia de los indios. En la forma irreversible y desmedida en que se operó, se comprende que provocara el desaliento de los naturales. La vista del hundimiento, tan brusco

como imprevisto, de su concepción del mundo, sus creencias y sus costumbres, no podía por menos que suscitar entre los indios una sensación de desamparo total. Tenían la impresión de haber sido dejados de la mano de sus dioses. Repentinamente se hallaron inmersos en un mundo del que no eran partícipes y les abandonaron las ganas de vivir. La huida, el desarraigo, con la ruptura consiguiente de los lazos familiares y comunitarios, fueron recursos instintivos ante la presencia ofensiva e ineludible del invasor. La embriaguez, que tanto se difundió entonces al decir de los testigos, fue un recurso menor. En cambio, los suicidios se sitúan pasada la raya de la desesperación. Eran, al parecer, frecuentes por malos tratos, por trabajo abrumador o para escapar al tributo. Kubler (1942) cita incluso un caso singular y extremo, el de un hechicero quien logró inducir a una multitud de indios a cometer suicidio. La anécdota nos lleva al campo más amplio de la frustración colectiva. Los síntomas de ésta van desde la continencia y el aborto regular al infanticidio, cometidos con el deliberado propósito de apresurar la desesperación de la tribu. "Los cristianos han destruido y desterrado de estas pobres gentes la natural generación", decía a propósito de Cuba Fray Pedro de Córdova (véase Guerra y Sánchez, I).

EL REACONDICIONAMIENTO ECONOMICO Y SOCIAL

Los conductos por los cuales las nuevas condiciones imperantes provocaron la reducción de la población indígena fueron también múltiples. Pasada la época de las primeras expediciones durante las cuales se contentaron con vivir del país, los españoles, una vez asentados más o menos definitivamente, trataron de conseguir los alimentos de su país de origen. No era hora de sobrevivir, sino de gozar de cuanto habían soñado o de cuanto estaban acostumbrados a disfrutar. La dieta de un país meditarráneo se basaba en una serie de artículos desconocidos en el Nuevo Mundo, en particular el trigo, el vino, el aceite, la carne y el dulce (miel o azúcar). El ganado y el azúcar encontraron en las Indias condiciones óptimas para su desarrollo. El primero —el trigo— no tanto. En cambio los otros dos

siguieron siendo suministrados por la Península. Las plantaciones de caña se extendieron rápidamente por las tierras calientes propicias y, junto a ellas, aparecieron también las de algunos pocos productos de exportación muy codiciados en Europa, como las materias tintóreas y el cacao. Estos cultivos intensivos desplazaron a la economía y a la población nativas. La baja de esta última fue tan acentuada que tuvo que ser reemplazada por mano de obra importada. En cuanto al trigo, primero se intentó que los indios dedicaran parte de sus tierras a su siembra y que usaran del producto para pago del tributo, mas, vista su repugnancia a cultivarlo y su baja productividad, se prefirió luego un sistema más directo a cuyo fin se repartieron entre los conquistadores tierras de labranza. De esta manera la propiedad indígena comenzó a ser invadida, pero nada de esto fue comparable con la multiplicación incontrolada de la ganadería en algunas zonas.

El ganado menor (puercos, cabras y ovejas "de Castilla") se incorporaron pronto a la economía de los indios, pero el crecimiento realmente sorprendente fue el del ganado vacuno y los yeguarizos. El terreno mostró ser particularmente propicio. En Cuba ocuparon rápido las tierras vacas por la desaparición de los indios. En la meseta central y en los llanos septentrionales de México se multiplicaron vertiginosamente y otro tanto, desde luego, aconteció en el Río de la Plata. En las extensiones semidesiertas del país de los chichimecas o en la Pampa, tierras muy periféricas, la reproducción del ganado no causó inconveniente alguno, sino tal vez lo contrario, pues facilitó la transformación de su género de vida a un nomadismo ecuestre; pero en las zonas densamente pobladas, el ganado mayor constituyó un azote comparable con las pestes que asolaron a la población a lo largo del siglo XVI. No era raro que el ganado bagual o el de las estancias de españoles vecinas invadiera las sementeras (las milpas en México) y devastara las cosechas. Según uso de Castilla, por lo demás, las rastrojeras tenían que permanecer abiertas a los animales y esta imposición contribuyó a que las asolaran con mayor facilidad. Por una acción recíproca, el crecimiento de las estancias restaba recursos a los pueblos de indios, en tanto que el despo-

blamiento de las comunidades, consecuencia en parte de ese fenómeno, las incitaba a corroerlas sacándoles tierras. Chevalier y luego Simpson han estudiado de mano maestra este reacondicionamiento de la tierra en México.

El vuelco hacia nuevas actividades productivas fue sin duda un instrumento indirecto de reordenación social, de expropiación en favor de los privilegiados, pero naturalmente hubo otros menos mediatos, tales como las mercedes, las compras y las usurpaciones. En la segunda etapa de dominación, aplacada la sed de botín, de vasallos y de metales, cuando habían derrochado lo primero, sentido la fuerza compresora de la realeza en materia de encomiendas y se había disipado para muchos el espejismo de las minas, entonces los conquistadores, hombres al fin procedentes de un medio rural, recordaron las ventajas económicas y el prestigio que otorgaba la posesión de la tierra. En principio todos los bienes vacos eran, como en Castilla, de realengo. En tal carácter, la corona adquirió los dominios del Estado o del monarca, los destinados al sostén del culto y los de los jefes desaparecidos en la guerra. Con el objeto de fomentar la instalación de españoles, las autoridades virreinales o municipales otorgaron generosas *mercedes* a los nuevos pobladores. Muchas de esas propiedades estaban estratégicamente situadas, en proximidad de las propias encomiendas, de modo que el encomendero-propietario extrajo cómodamente de ellas la mano de obra necesaria para su explotación.

Aunque se inició así el proceso de apropiación, no todo el traspaso de dominio se hizo por este cauce. También hubo compras. Chevalier ha puesto de manifiesto por lo que respecta a México un fenómeno que había pasado inadvertido: de cómo la antigua nobleza indígena se había adueñado, a favor del desorden de los primeros tiempos, de las tierras de los *calpulli* o comunidades así como de los dominios de Moctezuma y de los templos. El auge nobiliario fue en resumen fugaz, pues responsabilizados de la recaudación fiscal, cuando disminuyó la población, los señores tuvieron que completar el tributo de su propio peculio, lo que evidentemente provocó su ruina. En ese momento los pobladores españoles pudieron comprar a muy bajo precio

esas propiedades. En otras ocasiones, los conquistadores hicieron uso de su posición dominante para compelir a los indios a la venta o lisa y llanamente la usurparon so capa legal o no. Toda la intervención vigilante de las autoridades virreinales y de los religiosos no pudo trabar esta acción que, en el siglo XVII, fue legalizada a cambio del pago de una "composición de tierras".

Valiéndose de todos estos procedimientos y muchos otros, los nuevos ocupantes de la tierra desalojaron a los indios de los suelos más feraces y los arrinconaron en las márgenes menos codiciadas de su antiguo habitat. En esta forma se constituyeron dos economías yuxtapuestas, una indígena de parcelas diminutas y rendimientos menguantes y otra de explotación lata y carácter expansivo. La propensión al crecimiento de la propiedad de los nuevos colonos se basó en la mejor calidad del suelo y por ende de su capacidad económica, así como en la capitalización y en la abundancia y bajo costo de la mano de obra que procuraron encomiendas y repartimientos. ¿Es acaso dudoso que, en la competencia entre ambas economías, la segunda no llevara las de ganar?

La modificación del medio económico no pudo por menos que alterar el comportamiento biológico del grupo por él afectado: produjo mayor mortalidad y también menor fecundidad. A causa de las analogías o de las preguntas que suscita, premítasenos traer un ejemplo tardío dos siglos posterior a la época a que nos referimos. Es muy particular; diríase que se trata de un caso límite. Al mismo tiempo es más puro en el sentido de que las variables que intervinieron son pocas y fáciles de aislar y sus consecuencias, negativas e involuntarias, no aprovecharon a nadie. Al contrario fueron lamentadas, pues demostraron el fracaso de una intención.

Aschmann ha estudiado las misiones de la Baja California central durante el siglo XVIII y ha quedado sorprendido por los desastrosos efectos desde el punto de vista demográfico. La aglomeración en las misiones jesuíticas (luego de la expulsión, franciscanas) dislocó el equilibrio dietético y morbílico de los indios recolectores y cazadores inferiores de la región. Esa ruptura con la vida pasada los afectó grandemente; ahora bien,

tampoco los misioneros supieron crear las condiciones para contrarrestar una tendencia tan manifiesta, como fatal. Los recursos económicos y humanos de la misión fueron mal aprovechados. En una zona de posibilidades muy limitadas por la aridez del suelo, los religiosos dedicaron al cultivo del algodón parte de las mejores tierras de regadío para abastecimiento de una manufactura local, que les permitiera implantar el uso hasta entonces desconocido de la vestimenta. No sólo eso, la dieta fue limitada al estricto nivel de subsistencia con el objeto de crear excedentes que proporcionaran los medios para erigir los sorprendentes monumentos religiosos que adornan aquellos páramos. Por otra parte desaprovecharon el potencial de la mano de obra femenina condenando a las mujeres a tareas no económicas. Con todo este derroche, la región no estaba en condiciones de sustentar una densidad igual a la de los tiempos prehistóricos. Por añadidura, las epidemias se encarnizaron sobre la pobre gente que prácticamente se extinguió. Las misiones hubieron de ser abandonadas. Antes Cook había demostrado que el supuesto crecimiento de las misiones de la Alta California ocultaba en realidad una mortalidad fuertísima, sólo compensada por la continua afluencia de neófitos.

Las conclusiones de Aschmann corresponden a la tesis general sostenida previamente por Sauer (1935) y por Cook (1937 y 1940). Sauer había escrito un tiempo atrás con respecto al Noroeste de México: "Con la mejor de las intenciones, los misioneros, al 'reducir a los indios en pueblos compactos y juntarlos regularmente para el culto, la instrucción y el trabajo en común, los expusieron al contagio de las enfermedades europeas". Esta parece haber sido también la situación en Brasil (Freyre, 1.1).

El ejemplo de la Baja California central incita a reflexionar acerca de qué consecuencias tuvieron en otros tiempos problemas como los trasplantes de pueblos efectuados de un lugar a otro por razones económicas, políticas o religiosas, así como el derroche de mano de obra empleada en actividades no reproductivas. También cabe plantear en qué medida los servicios, repartimientos, mitas y otros regímenes de trabajo, incluso llevados a cabo en condiciones normales, contribuyeron

a descomponer la economía indígena, y por esa vía, atacaron su vitalidad. Sería oportuno poseer un cuadro de las migraciones provocadas por el desarrollo de la minería y los monocultivos de plantación o las realizadas con fines poblacionistas. Algunas de ellas cubrieron grandes distancias como el traslado de tlaxcaltecas a Nueva Galicia. El cambio, en el medio geográfico, sobre todo la subida o el descenso en altitud, solieron ser perjudiciales. Kubler (1942) y luego Borah (1951) han sugerido por otra parte que el grandioso programa arquitectónico, ejecutado por las órdenes monásticas de México entre 1530 y 1570 con gran exaltación y sin medida, pudo representar un gran desgaste humano, que la crisis posterior a esos años obligó a frenar. Fray Toribio de Motolinía llegó a llamar a la reconstrucción de nueva planta de la ciudad de Tenochtitlán "la séptima plaga", ya que enorme fue su costo en vidas.

LAS EPIDEMIAS

Hemos dejado para lo último la consideración de la causa fundamental según el parecer de la mayoría de los autores contemporáneos, las epidemias. Los españoles notaron su propagación y recurrencia casi regular, registraron numerosos datos al respecto, y apreciaron su gravedad; pero el fenómeno de ninguna manera los tomó de sorpresa. Las epidemias eran moneda corriente en la Europa de entonces. Trataron sí de aplicarles los remedios sanitarios en uso allí, mas, a la hora de ordenar los motivos de la caída experimentada por la población indígena, la familiaridad con la peste les impidió concebir la importancia particularísima que revestía en este caso, y, como dice Kubler (1942), llamaron más su atención los aspectos sociales del problema. En nuestros días, la perspectiva ha ido girando hasta atribuírseles importancia máxima.

El origen de las epidemias es con plena evidencia extracontinental. A nuestro modo de ver, su intensidad no fue independiente de las condiciones económicas y laborales difundidas tras la conquista y, por consiguiente, también del déficit alimenticio.

En opinión de Cook (1946 *b*), al cabo de siglos los

indios habían desarrollado una gran inmunidad y resistencia a los agentes patógenos difundidos antes de la invasión atlántica y, por ende, estaban bastante libres de males. Así como se recuerdan grandes mortandades por hambre, no se guarda memoria de epidemias. Los primeros contactos con los conquistadores propagaron toda suerte de enfermedades europeas desconocidas. Muy pronto se agudizaron éstas cobrando la forma de pestilencias. Al año siguiente de la toma de Tenochtitlán estalló la primera de carácter agudo y de dignóstico complejo. Las epidemias alcanzaron máxima intensidad en las zonas tropicales, islas y márgenes del mar Caribe (Cook y Borah, 1960) y costa del Océano Pacífico (Sauer, 1935). En esta área, el derrumbe demográfico ocurrió prácticamente en una generación. Entre tanto los españoles apenas fueron tocados por ellas, señal de su inmunidad. En las tierras altas, los indígenas resistieron en cambio algo mejor. Allí el proceso fue más lento, aunque también muy mortífero. Una parte de la población autóctona consiguió, sin embargo, sobrevivir. El tifus y una variedad de calenturas, que los aztecas llamaron *matlazahuátl* y *cocolitzli* respectivamente, junto con la viruela y la peste bubónica fueron los males más corrientes. En México se reprodujeron con una intermitencia casi decenal como indican las fechas de su estallido: 1535, 1545, 1563, 1576, 1588, 1595, 1610 y 1617. La de 1576 fue particularmente grave y amenazó la economía novohispana. De otras regiones de América no consta una secuencia regular, pero no faltan testimonios de su difusión.

Si una epidemia compromete la capacidad reproductiva de la generación siguiente y de la subsiguiente al podar, junto con los viejos y los enfermos, el grupo en edad de procrear y a los niños que configuran la promesa para el porvenir, la sucesión a intervalos frecuentes acumuló efectos cada vez más nefastos y redujo la población a otras dimensiones. Las nuevas pestes superponían sus secuelas a las que el grupo reiteradamente afectado venía arrastrando de las anteriores —el caso de una generación "hueca" vuelta a atacar en la edad de procreación— o se abatían sobre otro hasta entonces inmune: por ejemplo el nacido después de una peste. En cualquiera de ambos casos trababan

la normal recuperación que sucede a una crisis. En el primero, la peste deprimía más al primer grupo; en el segundo mochaba el resalte que había lucido la pirámide de edades hasta ese momento y en el que cabía cifrar todas las esperanzas. A fuerza, pues, de hundir más o de recortar los peldaños sobresalientes, la masa y el potencial dinámico se reducían a otras proporciones.

La desaparición de los indios llegó a alarmar a la sociedad dominadora. El virrey Velasco el Mozo escribió en 1594 a Felipe II: "creçe cada día tanto la gente española y las labores, obras y edifiçios públicos, seglares y eclesiásticos, y los yndios van en tanta disminución, que se padece gran trabajo en querer sustentar tanta máquina con tan poca gente" (citado por Chevalier).

Borah (1962) se ha preguntado si el caso americano sirve de modelo para comprender qué impacto produjo la expansión europea sobre los demás pueblos colonizados. Primero, revisó rápidamente lo ocurrido en el Africa negra, en el Lejano Oriente y en las islas del Pacífico tras la ocupación europea y concluyó, que de las tres regiones consideradas, la única que presenta analogías con el Nuevo Mundo es la última. En las tres, la colonización dio lugar a un cúmulo de violencias y suscitó igual grandes trastornos económicos y sociales en la sociedad primitiva. Ahora bien, mientras que en Africa negra y el Lejano Oriente no hubo una catástrofe demográfica equivalente, en las islas del Pacífico y en América sí. Faltó en Africa no obstante la sangría que supuso la secular trata de negros.

La razón de la diferencia es, en opinión de Borah, que las enfermedades difundidas por los blancos en las dos primeras regiones no degeneraron en grandes pestilencias en virtud de que las poblaciones autóctonas seguramente habían adquirido cierto grado de inmunidad a ellas a consecuencia de contactos indirectos muy seguidos. Destaca el caso de las islas Filipinas, dominio español al mismo título que América, donde los nativos no padecieron descenso parecido en su número. El archipiélago se encontraba, en efecto, en relación permanente con China, y por su intermedio, en contacto con el mundo de la morbidez euroasiático. El caso del

Nuevo Mundo no es pues general. Su peculiaridad prueba el aislamiento en que vivió. Tal idea no contradice la opinión manifestada al comenzar el capítulo acerca de posibles contactos transpacíficos. Con Asia, los vínculos habían existido en tiempos remotísimos, pero habían cesado temprano; en cuanto al Pacífico, la coincidencia en el orden sanitario entre esa región y América no quita que los haya habido hasta épocas relativamente cercanas.

En resumen, podemos afirmar los siguientes puntos: que la población indígena se redujo de manera rápida y drástica a raíz de la Conquista y que el descenso no fue parejo en todas partes. Ocurrió en primer lugar y con mayor intensidad en la región del Caribe y en las costas bajas tropicales, luego en las tierras altas de las cordilleras y planaltos andinos, más poblados, y por último en la periferia no sometida de los dominios hispanos. Allí los indios conservaron su régimen de vida y sólo sufrieron impacto semejante cuando se reanudó la expansión territorial durante el siglo XVII o el XVIII. En segundo lugar las enfermedades europeas, contra las cuales los nativos carecían de anticuerpos, parecen ser el responsable principal. El desajuste socioeconómico de aquella etapa incrementó la susceptibilidad de los indios a las enfermedades y les restó física y moralmente vitalidad.

Una perspectiva clara del asunto trasciende a la importancia que pueda tener un tema como éste para la propia demografía. Interesa quizá más a la recta intelección de la historia toda de la colonización americana. Problemas fundamentales de la misma, como la forma de la dominación, el mestizaje y el modo de explotación encuentran aquí si no una respuesta completa, buena parte de su explicación. La catástrofe demográfica facilitó el dominio efectivo y sin intermediarios del pueblo conquistado por parte de una minoría que pudo prescindir de esta manera de las primitivas instituciones al contrario de lo ocurrido en otras partes del mundo. Asimismo, independientemente de que en otros imperios el cruzamiento de las razas fue desalentado, es indudable que el mestizaje sólo por esta razón llegó a desempeñar un papel significativo y a producir la fusión de pueblos que ha fracasado en los demás ensayos

de asimilación, intentados únicamente en un plano estrictamente institucional o cultural. En tercer término, la despoblación proporcionó suficiente cantidad de tierras yermas y desbarató el régimen de vasallaje representado por las encomiendas como para que se articulara el régimen de latifundio característico de América sobre la base de la esclavitud o del peonaje.

LA INMIGRACION IBERICA Y AFRICANA

Hace años el Archivo de Indias de Sevilla proyectó publicar un fichero de todos los emigrantes al Nuevo Mundo que constan en los papeles que custodian sus anaqueles. Fruto de este propósito han visto la luz tres volúmenes que abarcan los embarques registrados durante medio siglo, de 1509 a 1559 (véase *Catálogo de pasajeros a Indias*). En total comprende unas 15.000 papeletas y un número mayor de personas. La lista es incompleta pues faltan años enteros y desconoce, como es obvio, el número de los que pasaron en forma clandestina. La cantidad de éstos no fue nada desdeñable. El esfuerzo ha tenido la virtud de despejar las esperanzas puestas en esa documentación con fines estadísticos, aunque ofrece buen material desde un punto de vista cualitativo. Además, de los años de que hay mejor registro cabe deducir un orden de magnitud a partir del cual es lícito conjeturar entre qué límites fluctuó una emigración por cierto poco numerosa (Friede, 1951).

En 1574, el cosmógrafo y cronista de Indias J. López de Velasco llevó a feliz término el encargo que le había sido encomendado. Culminaron así varios años de labor. Para cumplir a satisfacción había consultado con toda libertad la documentación disponible y contó principalmente con los papeles de la Real Hacienda en lo atinente a los tributos. Su *Geografía y descripción universal de las Indias* brinda la primera estimación general de la población del continente. La base de sus cifras generales está constituida por una cuenta pormenorizada que él estableció de las cabezas de familia (vecinos o tributarios) que moraban en unas 9.000 poblaciones de indios y en 200 pueblos de españoles. La suma total de los españoles da unos 26.000 vecinos dispersos por

todo el hemisferio que, a razón de 6 personas por cada vecino, representaban unos 160.000 españoles.

El factor 6 por el que hemos multiplicado el número de vecinos (siguiendo a Borah, 1951), parece alto, pero su elección está fundada en diversas consideraciones. La calidad de vecino excluye a los españoles dispersos en pueblos de indios o al frente de estancias rurales de otros españoles residentes en los pueblos o ciudades. Tampoco comprende al clero. La familia del vecino, además del núcleo básico, solía contar con una parentela a su cargo o más o menos a su servicio, amén de los criados. En cuanto a la prole es seguro que fue numerosa. Entre los 160.000 españoles debieron figurar en cambio so capa de tales bastantes blancos no puros, hijos de vecinos, socialmente tenidos por metropolitanos. La distinción, más que racial, era social y estos elementos pertenecían efectivamente al estrato dominante de la sociedad.

Borah (1951) ha encontrado una serie de errores parciales en los cómputos de Nueva España que, corregidos, elevan el número de vecinos de 6.114 a 10.061, o sea en más de un 60 por ciento. No es seguro que las demás circunscripciones del Nuevo Mundo requieran iguales reajustes, pero aunque así fuera, la relación entre la población blanca y la nativa no cambiaría sustancialmente. Cualquiera sea la cifra exacta, los españoles representaron un porcentaje ínfimo de la población de las Indias, aunque se incluyeran los pocos millares de portugueses diseminados a lo largo de las costas del Brasil. La importancia del grupo inmigrado estaba, más que en su número, en la posición que ocupaba dentro del nuevo ordenamiento. Desde una perspectiva demográfica conviene notar finalmente que la tendencia de los blancos fue inversa a la de los aborígenes. Su progresión a lo largo del siglo se debe tanto como a la continua arribada a puertos de Indias de nuevos contingentes, a la mayor vitalidad del grupo.

Roto por obra de la Conquista el aislamiento del hemisferio con los continentes situados al este allende el océano, no tardó en llegar a las playas americanas un grupo étnico igualmente transatlántico, pero no europeo. El negro de Africa vino a Indias no por voluntad propia, sino arrastrado en la servidumbre de las pri-

meras expediciones. Aun en calidad de esclavo, integró las huestes de los conquistadores de tierra firme a modo de auxiliar. Por consiguiente, el contacto inicial con el aborigen solió ser violento. Sin embargo su papel como tal no fue sino ocasional y muy subsidiario; la finalidad principal de su traída fue de índole económica y perduró incluso después de la emancipación de las naciones americanas.

Antes que la prédica del Padre Las Casas en favor de los indios propusiera la sustitución de los naturales por esclavos africanos, los negros habían empezado a reemplazar en las Antillas a la mano de obra aborigen en franca declinación. La despoblación intensa de las tierras bajas del continente y la implantación de ellas en las grandes explotaciones en monocultivo, para las cuales los africanos demostraron particular aptitud, concentró a éstos en las cálidas regiones tropicales de América. En las zonas serranas templadas, donde estaban localizadas las minas y se disponía de brazos indígenas abundantes, su empleo resultó menos necesario. Esta grosera generalización de su distribución geográfica no quita que el negro llegara a todos los rincones del continente y fuera utilizado en las actividades más diversas, por ejemplo en las propias minas y en las haciendas ganaderas; mas, siendo mercadería cara, su uso quedó restringido por la rentabilidad de su trabajo.

El negro, en algunos casos símbolo de status para su amo cuando empleado en tareas domésticas, fue ante todo un bien de capital y su importación se rigió por las reglas del comercio y los estímulos de la coyuntura. Igual que sucedió con las demás ramas del comercio, el Estado ensayó criterios sucesivos antes de sistematizar un régimen de importación. Las primeras licencias concedidas a conquistadores, a oficiales reales destinados a Indias o a funcionarios del Consejo o de la Casa de la Contratación establecidos en Sevilla, tuvieron por objeto premiar servicios extraordinarios prestados a la corona y, en otros casos, abonar con la otra mano gastos o servicios ejecutados en el descubrimiento o exploración de las nuevas tierras, tales las otorgadas a Hernán Cortés o a Francisco Pizarro. Pero al crecer el interés comercial de la operación, la expedición de licencias adquirió un sello mercantil, y la autorización de im-

portar "piezas de Indias", como se decía entonces, comprados en Sevilla, se amplió a la trata directa desde Africa hasta los puertos habilitados del nuevo continente, de modo principal los del archipiélago antillano, Veracruz, Portobelo y Cartagena.

En el orden étnico y geográfico la procedencia de los negros fue muy variada. Aparte de algunos berberiscos, no propiamente negros, que fueron excluidos pronto para prevenir el riesgo de que difundieran su credo musulmán, la mayor parte de los esclavos salió durante el siglo XVI de las costas occidentales (Guinea) e islas del Atlántico (Cabo Verde), de la Costa de Oro y de la franja del Golfo de Guinea al norte del río Congo. Fueron los negros conocidos en América por *mandingas*, *minas* y *congos*, de contextura física y nivel cultural muy distintos.

Apremiada por compromisos financieros, la corona castellana estableció a fines del siglo XVI un régimen monopolista para la internación de negros esclavos en Indias. El *asiento* era por tiempo y cantidad limitados a cambio del sustancioso derecho estipulado. Este régimen predominó durante el siglo XVII. Los primeros en beneficiarse fueron los hombres de negocios portugueses.

Se ha intentado calcular el número de negros introducidos en América. Sobre la base del tonelaje de los 1.207 buques negreros entrados en puertos americanos de 1551 hasta 1640, Mellafe (1964) ha estimado posible una cantidad de unos 350.000 en ese período. La suma de las licencias concedidas y de los asientos suscriptos durante el mismo lapso asciende sólo a 100.000. La diferencia da una idea de la magnitud del contrabando. El total de entradas debió ser sin embargo mayor. A la cifra anterior hay que agregar los importados durante el primer siglo de la Conquista, los desembarcados de manos extranjeras so pretexto de "arribada forzosa", más todos los ingresados en Brasil a partir de 1538 que bien pudieron sumar un cuarto de millón. La segunda mitad del siglo XVI registró el momento de mayor auge. La crisis económica secular declarada a partir de 1620 deprimió este comercio por largo tiempo en los dominios españoles. De 1640 a 1651, la trata estuvo incluso suspendida oficialmente.

Aparentemente fueron bastante más los africanos entrados en siglo y medio que los propios ibéricos. Téngase en cuenta que la cifra de los negros es neta por falta de retornos, mientras que entre los peninsulares no era raro el regreso. La gravitación general de uno y otro estrato siguió empero líneas divergentes. Los negros se reprodujeron mal debido a una desigual distribución de los sexos en cada cargamento y a una mayor mortalidad por causa de las condiciones de salubridad, nutrición y trabajo que padecían. De los españoles acabamos de afirmar precisamente todo lo contrario.

El negro intervino igual que los peninsulares en la mezcla de razas característica de América. El mulato resultó de la cruza del blanco con la negra; la unión del negro con la india fue menos frecuente: produjo el zambo.

Resta consignar la llegada por imperio de las mismas circunstancias de emigrantes de origen asiático. De 1565 a 1597, es decir entre la expedición de Legazpi que unió a México con Filipinas y la prohibición de la trata de orientales por Felipe II, entraron esclavos chinos por el puerto de Acapulco, cabecera del comercio hispano con Manila.

Por fuerza no fueron muchos. Nueva España retuvo a la mayoría, pero en ocasiones fueron vendidos hasta en el Perú.

LA CONCENTRACION

Así como la Conquista obligó a un reordenamiento económico y social del continente, así también remodeló la distribución de los habitantes en el espacio. No aludimos a la despoblación relativamente mayor de las tierras bajas, tema ya tratado, sino que nos referimos a una suma de desplazamientos de comarca a comarca o de corto radio.

Contra lo que pudiera parecer de primera intención, el asiento de los actuales pueblos de indios dispersos por América pocas veces tiene relación con el de la época precolombina. No es que la movilidad del período independiente o del presente haya desbaratado los emplazamientos originarios. El fenómeno viene de más

atrás. Nada comparable hay en los siglos posteriores con el revoltijo de hombres, instituciones e ideas ocurrido durante los primeros tiempos de la dominación española. La Conquista provocó, en efecto, movimientos masivos de concentración de indios en pueblos construidos de nueva planta. Una mayoría de nativos dejó de este modo de habitar sus primitivas aldeas. Por eso la lista de los despoblados asedia cada página de las antiguas relaciones.

El abandono de lugares ocupados en forma continua durante generaciones y generaciones fue motivado en lo fundamental por el efecto de las mortandades del siglo ya conocidas; pero raro fue que la peste diezmara una aglomeración entera. Mutilada la vida comunitaria, los sobrevivientes no estaban capacitados para reanudar por sí solos la antigua actividad y hubieron de buscar en la compañía de otros grupos, víctimas de las mismas desdichas, los recursos colectivos para reconstruir juntos una nueva comunidad. Avanzado el proceso de progresiva descomposición, los propietarios y encomenderos españoles alentaron la concentración de los restantes, e incluso contribuyeron a la fundación de pueblos nuevos en lugares antes no habitados, pero que la conveniencia del momento daba por indicados. El propietario ganaba en la operación a dos puntas. Generalmente conseguía instalar a proximidad de su estancia, siempre necesitada de peones, una reserva de mano de obra. Por otro lado, la reubicación dejaba libres una serie de tierras permanentemente codiciadas para ensanchar o redondear sus dominios.

Antes que las circunstancias impulsaran en la práctica a este género de soluciones, los religiosos habían adoptado en forma deliberada una política semejante, aunque con propósito distinto. El objeto que guiaba a las órdenes monacales, era la persecución del ideal remoto y esquivo de elevar la condición de los indios. Tanto la evangelización, como la dotación de una organización política superior a imagen de las comunidades castellanas, dos de las vías por las que intentaban conseguir ese elevado propósito, requerían efectivamente que los indios dispersos fueron reunidos en pueblos. La conducción paternal de los frailes y el ejercicio de las funciones públicas que la legislación les reconocía, ha-

bían de encaminarlos hacia ese logro. Hasta la traza urbanística y el estilo arquitectónico de los nuevos pueblos, típicamente hispanos, estaba al servicio de aquel intento de asimilación. En estos pueblos, podadas las raíces de los ritos locales y bajo estrecha vigilancia, la prédica del nuevo credo resultó más eficaz. Las reducciones o misiones constituyeron variantes del mismo plan que acentuaban el aspecto religioso del ensayo.

El modelo español, usado para procurar la aglomeración de los indígenas, ostentaba el sello de una vieja civilización urbana de tipo mediterráneo y renacentista por añadidura. Tal característica sugiere la imagen de un proceso de urbanización. Sin embargo, no es admisible esto sin más, habida cuenta que faltan una serie de condiciones. Lejos de crecer, el volumen global de la población urbana debió menguar a la par que los indígenas, si no más, puesto que las epidemias se ensañaban con los núcleos aglomerados más que con los dispersos. La desaparición de muchas grandes ciudades indias en nada quedaba compensada por la fundación de pueblos de congregación, de escala muy inferior. Estos no nacieron para satisfacer nuevas funciones exigidas por la presión demográfica, sino bajo el signo evidente de librar una batalla en retaguardia, pues venían a evitar la desintegración total de la sociedad indígena que se hubiera producido de no haberse corregido la dispersión. Por todas estas razones preferimos hablar simplemente de concentración.

Si en muchas ocasiones la gran ciudad indígena desapareció, en la mayoría de los casos sus funciones fueron transferidas a la ciudad española. Unas veces los conquistadores impusieron a la antigua el trazado en damero a la renacentista; otras construyeron una nueva a la orilla de la misma. Los ejemplos de Cuzco y Trujillo caracterizan una y otra solución. En general hubo gran concordancia entre el emplazamiento de las precolombinas y de las hispanas, al menos en las regiones pobladas más densamente.

La colonización española siempre exhibió un signo marcadamente urbano. Fuera de las tradiciones culturales que debieron pesar bastante, es evidente que no podía ser de otra manera. De lo contrario el puñado de hombres llegados a Indias hubiera quedado tenue-

mente diluido en la inmensidad geográfica del continente y, a la postre, éste los hubiera absorbido. Si mantuvo el carácter diferencial es porque fue eminentemente ciudadana. La necesidad de compartir el poder, el idioma, los gustos y el ocio con gente de su mismo linaje movieron además a los españoles a convivir unidos. Aun cuando la atención de sus intereses los retuviera parte del tiempo aislados en sus tierras, procuraron tener casa abierta en la capital o en los pueblos más cercanos, según se tratara de poderosos latifundistas o de hacendados menores, y acudieron a residir en ella cuantas veces las circunstancias se lo permitían. La propensión fue tan fuerte que, cuando la posesión de las tierras estuvo plenamente asegurada, cundió entre ellos el absentismo. Ahora bien, si la inclinación espontánea no bastaba, la propia autoridad se encargaba de estimular la vinculación. Así, en el Norte de México, quienes vivían en sus estancias por ordenanza tuvieron que adquirir casa en la villa y ocuparla, cuando menos, durante las principales fiestas del año.

Exceptuadas las capitales, el promedio de vecinos de un pueblo de españoles era en 1574, según la lista de López de Velasco, de unos 50 o poco más. Aun sumando una capa generosa de indios de servicio o de personas no avecindadas, esta cantidad se coloca muy por debajo de cualquiera que las pautas internacionales actuales admiten como mínima para caracterizar una ciudad. Habría que pensar, sin embargo, si el criterio estrictamente cuantitativo cuadra en este caso. Las funciones políticas, administrativas, económicas y religiosas indican su fuerte propensión a ser centro urbano. La villa era ya punto de convergencia en todos estos órdenes de áreas rurales de un radio de muchas leguas en su derredor.

Si la tendencia de la población de raíz hispana fue la de crecer y la de concentrarse, sus ciudades hubieron de aumentar no obstante las condiciones adversas que comenzaron a manifestarse a principios del siglo XVII. La sima en la que se hundió a la sazón la masa indígena parece haberles alarmado, pero no trabado su desarrollo. El repliegue económico de 1620 en adelante en lugar de disgregarlas, las fortaleció. Perdidos los horizontes anteriores que ofrecían las actividades agrope-

cuarias y mineras, muchos españoles prefirieron las rentas y empleos seguros que brindaba la administración. La venalidad de los oficios, impuesta por entonces, había puesto a disposición de sus fortunas los cargos públicos, que naturalmente se desempeñaban en las capitales. Por lo demás el caso carece de originalidad. Por las mismas razones, la propia Europa, víctima de igual crisis, en lugar de ver perecer los centros urbanos florecidos al calor de la bonanza del siglo anterior, presenció su reafirmación.

Sobre la base de los datos suministrados por la *Geografía* de López de Velasco y el *Compendio* de Vázquez de Espinosa, Hardoy y Aranovich (1967) acaban de elaborar dos listas de ciudades de 1574 y 1629 respectivamente, o sea con medio siglo de distancia entre ambas. Las listas abarcan todo el continente, Brasil excluido naturalmente. De la comparación resalta el hecho que decenas de ciudades aparecieron entre una y otra fecha. En concreto 72. Regiones enteras, como la cuenca del Plata, mal representada en la obra de López de Velasco, se incorporan en la de Vázquez de Espinosa. Se trata de expansiones tardías. Pero hay también centros nuevos en zonas conquistadas de antiguo (dejando a un lado las omisiones accidentales de López de Velasco) que están revelando una multiplicación efectiva de ciudades.

Hay casos en que es asombroso el crecimiento demográfico de las ciudades. Los puertos, las capitales administrativas y ciertos núcleos mineros del Alto Perú fueron los que gozaron de un incremento mayor. La Habana, por ejemplo, pasó de 60 a nada menos que 1.200 vecinos entre ambas fechas. Cartagena de Indias multiplicó 6 veces su población, y Guayaquil 4. México, la ciudad más populosa del continente, de 3.000 pasó a ostentar 15.000 vecinos, poco más o menos 90.000 habitantes, cifra impresionante para la época aun a escala mundial. Lima por su parte los multiplicó casi por 5; Quito por más de 7; Tlaxcala por 10; Mérida y Puebla por 6; Guadalajara y Cuzco por 4. En cuanto a Potosí y la Plata crecieron 10 veces, sin contar con el típico alud humano producido en un centro minero como Oruro. Fundada esta ciudad en 1607, tres lustros después cobijaba a 1.000 vecinos.

Si no en la proporción indicada, la mayoría de las ciudades creció. Unicamente muy pocas y por circunstancias muy particulares mermaron. Las arrastraron consigo las crisis económicas locales, la guerra o los accidentes. En Chile, la sublevación araucana condenó a las villas del sur que hubieron de ser evacuadas, y restó empuje a las restantes de la capitanía. De los centros dependientes de una actividad exclusiva, cuando periclitó la producción local básica, lo mismo que habían brotado antes como un hongo, así de rápido fenecieron. Un percance semejante es perfectamente compatible con un proceso general de crecimiento. Los núcleos más afectados fueron las villas mineras y los reales de minas diseminados por el rumbo norte de Nueva España, Nueva Galicia y Nueva Vizcaya: Guanajuato perdió, por ejemplo, la mitad de sus vecinos. En el actual Salvador, San Miguel y Sonsonate decayeron por causas naturales —movimientos sísmicos e incendios—, pero en buena medida también por culpa de la conquista del mercado del cacao guatemalteco por el procedente de Guayaquil. En Perú, Huánuco y Arequipa igualmente menguaron. Arequipa por el terremoto de 1600.

III

EL CRISOL

De los comienzos del segundo tercio del siglo XVII a igual momento de nuestro siglo, o sea durante tres centurias, se extiende un dilatado período de la historia de la población iberoamericana. Sorprenderá que saltemos por encima de las barreras de la periodización consagrada y que recubramos con un manto único a fases históricas que en otros órdenes de cosas ostentan un signo muy distinto, incluso opuesto. Es que el compás de la estructura demográfica se mueve con mayor pausa que el de la vida política y económica, siempre más nerviosas. Esta consideración dista de pretender que el período reviste un tono uniforme. Al contrario, reconoceremos dentro de él etapas bien diferenciadas; mas, de acuerdo con ciertos criterios, todas ellas comparten una serie de características comunes que no se encuentran ni antes ni después. El criterio fundamental en que se basa nuestra división en períodos descansa en la dinámica del crecimiento de cada momento. Durante el período de la Conquista, no hubo tal crecimiento, sino lo opuesto, en tanto que la naturaleza de la explosión demográfica contemporánea dista de semejarse a la de cualquier aumento registrado dentro de los límites cronológicos indicados.

Este período luce un papel singular dentro de la historia de la población americana. A lo largo de tantos años se disciernen tres etapas principales: la primera

es de estabilización después de la tremenda depresión de la Conquista; la segunda es de expansión dentro del nuevo sistema demográfico y la tercera, de carácter antitético, corroe la sociedad antes instituida para dar paso a una nueva situación. La diferencia entre la primera y la segunda es sobre todo de índole cuantitativa, mientras que factores cualitativos importantes separan la tercera de la segunda.

Las fases de estabilización y expansión actuaron como crisol de los tres troncos humanos que han poblado la América ibérica. Durante la tercera, el continente acogió nuevos componentes para una aleación más rica de elementos.

Antes de entrar en materia veamos la evolución del continente en relación con la población mundial. En el cuadro siguiente reproducimos los cómputos muy conocidos de Carr-Saunders (1939). La parte superior ofrece los valores absolutos, continente por continente, entre 1650 y 1933, o sea en grandes líneas el tiempo que abarca este capítulo; en la parte inferior figuran los valores relativos. La categoría América latina está representada *grosso modo* por el renglón Centro y Sudamérica. La reproducción de las cifras es a título indicativo y no porque las hagamos nuestras. La información parcial es demasiado escasa, y aun la que se posee, demasiado controvertida como para que haya seguridad, aun concediendo amplio margen al error, de que los cómputos globales sean correctos. Por lo demás no parece verosímil la caída que se indica entre 1650 y 1750, pues contradice las evidencias que daremos más adelante acerca de la tendencia de la época.

POBLACION DEL MUNDO: 1650-1933

(en millones)

Continente	*1650*	*1750*	*1800*	*1850*	*1900*	*1933*
Europa	100	140	187	266	401	519
Norteamérica	1	1,3	5,7	26	81	137
Centro y Sudamérica	12	11,1	18,9	33	63	125
Oceanía	2	2	2	2	6	10
Africa	100	95	90	95	120	145
Asia	330	479	602	749	937	1.121
Total del mundo	54	728	906	1.171	1.608	2.057

PORCENTAJES DE LA DISTRIBUCION

Europa	18,3	19,2	20,7	22,7	24,9	25,2
Norteamérica	0,2	0,1	0,7	2,3	5,1	6,7
Centro y Sudamérica	2,2	1,5	2,1	2,8	3,9	6,1
Oceanía	0,4	0,3	0,2	0,2	0,4	0,5
Africa	18,3	13,1	9,9	8,1	7,4	7,9
Asia	60,6	65,8	66,4	64,9	58,3	54
	100	100	100	100	100	100

Con todas sus imperfecciones, el cuadro pone no obstante de manifiesto algunos hechos que conviene tener presentes y sobre los cuales caben pocas dudas: primero, que de 1650 a 1850 la población de América latina representó una proporción baja de la mundial, entre un 2 y un 3 por ciento del total, aproximadamente; segundo, desde esa fecha en adelante el peso del subcontinente se hizo cada vez mayor, es decir que creció a un ritmo superior al del promedio mundial; y en tercer lugar que, en relación con Norteamérica, a la que llevaba al principio mucha delantera, la distancia se fue acortando hasta que, al empezar nuestro siglo la situación se había invertido y la población norteamericana sobrepasaba a la del resto del hemisferio junta. Esta ventaja fue, sin embargo, muy transitoria. En 1933, la distancia se había acortado a favor de América latina y, en años muy recientes, esta región ha vuelto a aventajar a Norteamérica.

LA ESTABILIZACION

Cortas son las noticias del dicatero siglo XVII. Así lo califica Miranda. Poco es en verdad cuanto se sabe de la población de la época. Con el *Memorial y noticias sacras y reales del imperio de las Indias occidentales* (1648) de Juan Díez de la Calle se cierra por más de un siglo la lista de intentos sucesivos por estimar la población global de las Indias. A partir de entonces faltó aliento para tamañas empresas y lo que quedó fue un conjunto espaciado de ensayos parciales de fines del siglo XVII y de la primera mitad del XVIII hasta que, en el último cuarto del siglo, la corona se consi-

deró capaz de proyectar y de llevar a cumplimiento recuentos periódicos de sus súbditos. Al censo mandado hacer en España por el conde de Aranda en 1768 corresponde el que ordenó confeccionar diez años después en Indias el ministro del ramo, Gálvez, y que bien puede llamarse el primer censo de América.

En realidad, el Estado español nunca abandonó la ambición de averiguar con regularidad y puntualidad el número de habitantes de sus dominios, pero le faltaron recursos para imponer su voluntad. Fruto de su insistencia son los trabajos parciales como la *Razón* de la Audiencia de Guatemala de 1682, la memoria acerca de Nueva España contenida en el *Teatro Americano* de José Antonio de Villaseñor y la *Descripción del Virreinato del Perú* de Cosme y Bartolomé Bueno, las dos últimas publicadas en 1748 y 1774, aunque se hicieron bastante antes. También por mandato se recopilaron los padrones de las misiones jesuíticas del Paraguay que jalonan más de un siglo y que, una vez elaborados, permitirán reconstruir el movimiento efectivo de la población propio de tan singular experimento. Son los de Blásquez de Valverde de 1657, de Ibáñez de Faría de 1676, de Vázquez de Agüero de 1735 y de Larrazábal de 1772, los que el Archivo General de la Nación, de Buenos Aires, custodia (Véase Sánchez-Albornoz y Torrado, 1965). De iniciativa privada en cambio, se conservan asimismo algunos recuentos como la *Descripción Geográfico-Moral de la Diócesis de Guatemala* de 1770, hecha por el arzobispo Cortés y Larraz.

Hemos mencionado estos documentos a título ilustrativo ya que son los más conocidos, pero no son ellos los únicos disponibles. Son millares los que se ocultan a prueba de imaginación y de paciencia. El propio Miranda acaba de demostrar cuánto facilita la imaginación del historiador el descubrimiento de una fuente inesperada. Lo que hasta ahora ha trabado en parte los hallazgos, ha sido la obsesión de encontrar estados amplios y sucesivos, cuando el movimiento de la población tanto puede indagarse por ellos, como a través de la morfología de muestras relevantes. Recuentos de almas con fines religiosos, padrones de tributarios con propósitos fiscales, libros parroquiales, archivos hospi-

talarios, pleitos, todos ellos testimonios indirectos pero primarios, yacen a la espera de un investigador.

¿Cuáles son las conclusiones a las que llega la revisión de los datos a nuestro alcance? En un momento incierto del siglo XVII, distinto según las regiones, la caída de la población indígena cesó. El retroceso general había terminado por lógica un instante antes cuando el crecimiento de la población blanca y mestiza empezó a compensar las pérdidas cada vez menores del sector indígena. Luego los naturales estabilizaron su número y poco a poco, muy lentamente, comenzaron a recuperarse.

En 1657, según el empadronamiento de las Misiones de Blázquez de Valverde, la reducción de San Carlos contaba con 815 familias, 3.239 personas y 619 tributarios. La relación de familia a personas es del orden 1:3,9 y la de tributarios a personas de 1:5,2. La diferencia de 1,3 representa el número de reservados, es decir los indios mayores de 50 años, más el cacique y los hijos primo y segundogénitos, los alcaldes, regidores y pajes, así como algunos administradores, cantores, mayordomos y sacristanes. Por lo visto, cuatro personas o casi componían la familia nuclear tipo; era la estricta cantidad necesaria para asegurar el reemplazo de las generaciones. La población de las reducciones se encontraba, pues, estabilizada. Unos ochenta años después, en 1745, el empadronamiento de Vázquez de Agüero consigna las cifras siguientes para las misiones de la Candelaria y de la Concepción. De la primera son: almas 2.990, familias 692, tributarios 550; de la segunda: almas 5.320; familias 1.273; tributarios 1.052. A las familias les corresponden los factores 4,7 y 4,1 respectivamente en relación con las almas; a los tributarios 5,4 y 5. Comparada la razón de los tributarios de 1735 con la de 1657 apréciase que no ha variado; la de la familia sí. Haber franqueado la barrera del factor 4 indica una mejoría de la capacidad vital del grupo; el aumento es empero poco elevado. Que las misiones pasaran de una población total de 41.508 a 73.762 entre 1857 y 1735 no se debe en consecuencia al crecimiento vegetativo. La subida, que por cierto alcanzó un tope máximo —nunca recuperado después— pocos lustros antes de la confección del padrón de Váz-

quez de Agüero, más representa éxitos de la evangelización que condiciones vitales excelentes. La extensión del grupo censado representa un triunfo y supone motivo de satisfacción para los misioneros, pero desde el punto de vista demográfico tiene escaso interés.

Nuevo indicio de que la masa de los indios se estabilizó o aumentó ligeramente, lo proporcionan los padrones de tributarios de la alcaldía mayor de Sonsonate, la cual comprendía el territorio de los actuales dos departamentos occidentales de la República de El Salvador. Los recuentos fueron levantados entre 1672 y 1681 y fueron incorporados luego a la *Razón* de la Audiencia de Guatemala citada (Barón Castro, 1942). Los naturales de Sonsonate ascendían entonces a 4.964 individuos, pocos más que los 4.673 contados en 1549-1551. El significado de este pequeño aumento es, sin embargo, muy superior al de la corta diferencia que hay entre los números. En efecto, no sólo la población ostentaba con aparente tesón el mismo nivel al cabo de más de un siglo, sin haber cedido nada de terreno, sino que sería más lógico decir que había recuperado ya cuanto había bajado seguramente después de 1551, debido a las razones comunes que afectaron a todos los aborígenes y acerca de las cuales nos hemos explayado en el capítulo precedente. En el caso de Sonsonate consta, además, según hemos referido pocas páginas antes, que los terremotos y la crisis cacaoera redujeron la población española urbana a principio del siglo XVII; sorprendente sería que hubieran eludido a los indios. La población índígena mostraba pues signos de un repunte temprano. Rosenblat (I, 1954) afirma que en Quito los síntomas son incluso anteriores, de fines del siglo XVI.

En cuanto a México, las liquidaciones por alcaldías mayores o corregimientos del medio real de tributo que los indios pagaban para la fábrica de las catedrales muestran igual progresión. Miranda (1963) los ha estudiado y sostiene que, entre el cómputo inicial –hecho en año incierto al finalizar la primera mitad del siglo XVII– y los registros de fines del siglo, se aprecia un aumento del 32 por ciento en el arzobispado de México, de un 19 en el de Puebla y de un 53 en el de Michoacán. El promedio general para las tres circunscripciones es

del 28 por ciento. Su población sumaba entonces más del millón, cantidad igual a la que Borah atribuye a todo México central en 1605.

De la comparación de los cómputos relativos a Perú de 1628, reunidos por Vázquez de Espinosa, con los del censo levantado en época del virrey Superunda en 1754 (N. D. Cook, 1965), no se deduce incremento alguno de la masa indígena en más de un siglo, sino lo contrario. Sin embargo, observada la tosca división por edades contenida, las cifras de 1754 no son desalentadoras. En la mayoría de las provincias, nótase una dimensión mayor del grupo de los jóvenes y un peso menor en el total de los viejos. Ambas son señales claras de una mayor vitalidad de la sociedad dieciochesca, que en esas condiciones había vencido la fatal inclinación, había estabilizado el sustrato básico de su población y quizás había empezado a recuperarse.

Aparte del restablecimiento demográfico, el siglo XVII presentó un conjunto de desplazamientos humanos. Miranda (1963) ha puesto de relieve en el mismo trabajo cómo los indios sedentarios fueron atraídos por el Bajío, antigua posesión de los nómades chichimecas. En algunos puntos de esta región la población llegó a triplicarse casi. Esa migración suscitó la fundación de pueblos nuevos o el desdoblamiento de algunos viejos de los que fueron separados antiguos lugares de su jurisdicción para ser dotados de un rango administrativo apropiado a su nueva dimensión. Esta corriente revistió un carácter poco perceptible, pero firme a lo largo de la segunda mitad del siglo. Sonada y explosiva fue, en cambio, la carrera hacias las Minas recién descubiertas en el interior paulista al despuntar el siglo siguiente. Trataremos la cuestión más adelante. Lenta y espontánea, nada estimulada por espejismos, sino simple actitud defensiva, fue la deserción de las costas de Cuba por sus habitantes en dirección del interior de la isla. Sólo los puertos bien guardados se salvaron de la huida. Fue la inseguridad reinante en el litoral por obra de los corsarios la que invitó a abandonar esa zona. Consignaremos por último un curioso movimiento hacia el interior del continente, episódico y de poca relevancia numérica: el de los esclavos negros fugitivos. En algunas ocasiones llegaron a constituir nutridas co-

munidades independientes, como el famoso *quilombo* de Palmares, en Pernambuco. Hechos de esta naturaleza dotaron a los *sertones* del Nordeste brasileño de su fondo *cafuzo* o *caboré*, nombres distintos para designar la misma mezcla del negro con la india (Freyre, 1. I). El fenómeno no es exclusivo del Brasil.

Naturalmente no todos los desplazamientos fueron inducidos en esta forma espontánea. Las entradas de los capitanes de rescate en procura de mano esclava, tierra adentro en la capitanía de São Paulo o en los *sertones*, sembraron la destrucción entre las comunidades de naturales de una amplia franja del interior del Brasil. Se cuentan por cientos de miles los indios cazados durante el siglo XVII por las *bandeiras* paulistas y arrastrados hacia el litoral. Hay que medir los efectos de esta política no sólo por las capturas de "piezas", sino por la desintegración provocada en la economía y en la familia de los aborígenes. A mediados del mismo siglo, también en Chile se efectuaban *malocas* para someter indios insumisos a la esclavitud al igual que en los llanos de Venezuela, avanzado ya el siglo XVIII. Por su parte en la gobernación del Tucumán siguió menguando el sustrato indígena, seguramente hasta el primer cuarto de la centuria siguiente. Los dos levantamientos calchaquíes (1630-1665) arruinaron extensas zonas de la región y el extrañamiento consecutivo dispersó a parcialidades enteras hasta los confines de Buenos Aires y de Santa Fe. De los pueblos sometidos y transferidos por la fuerza a nuevos lugares dentro de la región han quedado algunos padrones seriados. Su análisis revela unidades familiares muy reducidas a partir de las cuales es ilusorio esperar una recuperación rápida.

El torpor de la vida arriesgada pero sin brillo del São Paulo finisecular fue sacudido de repente por las nuevas del descubrimiento de minas auríferas en el norte de la capitanía. Al igual que en ocasiones similares, un tropel de toda ralea se precipitó hacia el lugar y una región antes poco habitada vio erigirse de la noche a la mañana importantes centros urbanos. En poco menos de un par de decenios Villa Rica alcanzó unos 100.000 habitantes, convirtiéndose así en una de las ciudades más populosas del continente. A consecuencia

del aluvión humano y de las riquezas sacadas a raudales del subsuelo, la región se separó de São Paulo y obtuvo título de capitanía. Crecimiento tan repentino no pudo hacerse sobre la base exclusiva del aporte local. Por más que los paulistas intentaran retener para sí el nuevo Pactolo prohibiendo la entrada de gentes extrañas, ya fuera procedentes de otros puntos de Brasil como del propio Portugal, era inevitable que los emigrantes acudieran en masa. Tales fueron los ramalazos de la emigración que la metrópoli prohibió el paso de los regnícolas a las colonias. La hostilidad de los paulistas contra los forasteros derivó en una verdadera lucha armada: la *guerra de los emboabas* o extranjeros (en lengua tupí). El único contingente que los paulistas estaban dispuestos a aceptar era aquel con el que no arriesgaban compartir los beneficios de los descubrimientos y que les dotaba por el contrario de los medios para explotarlos. Nos referimos a los esclavos negros. Si entre 1539 y 1630 la entrada de negros en Brasil se había contado por millares por año y si los holandeses se habían limitado a introducir en el Nordeste unos 2.000 de promedio anual durante la época de su dominación (1630-1653), en los primeros decenios del siglo XVIII, en plena euforia aurífera y diamantífera, fueron decenas de miles los que llegaron año tras año a las playas brasileñas. En 1718, 35.094 esclavos negros fueron conducidos a Minas; claro que no todos ellos eran recién desembarcados.

Basta lo que acabamos de ver para comprender que las pautas de la migración exterior no habían cambiado entonces con respecto a las del período precedente. Quitando el corto paso de los holandeses que únicamente dejaron vestigios en algunos linajes nordestinos, la mayoría de los inmigrantes siguieron siendo peninsulares y africanos. Los últimos con una escala intermedia, a veces, en los establecimientos neerlandeses e ingleses del Caribe.

Levantada la prohibición de importar esclavos a los dominios españoles de Indias que rigió, como hemos consignado en el capítulo anterior, de 1640 a 1651, las sucesivas experiencias comerciales, realizadas durante la segunda mitad del siglo XVII, no dotaron a esos territorios de un caudal regular, ni abundante, de manos

serviles. El fracaso de la administración directa y de los contratistas, la mudanza frecuente de asentistas en busca de un mejor rendimiento, denotan no incapacidad general, sino carencia de oportunidades. Ni siquiera la constitución de la Real Compañía Francesa del Golfo de Guinea, a quien le fue concedido el privilegio de la introducción (1701), mejoró la situación. De las 600 piezas que estaban autorizadas a introducir anualmente en Buenos Aires, sólo entraron un promedio de 215 (Studer, 1958). La coyuntura de este comercio, fiel a la general, no fue nada propicia. Los negreros se quejaban de que las factorías africanas no surtían de "piezas" suficientes y que habían de recurrir a los intermediarios holandeses. La diferencia entre los requerimientos del Imperio hispano y la oferta de las distintas empresas fiscalizadas por la corona fue suplida por el comercio intérlope. Fue ésta la época de oro de los negreros holandeses, quienes hicieron grandes fortunas no sólo con estas ventas sino con la introducción, al socaire de la trata clandestina, de gran cantidad de mercaderías de igual procedencia. La forma en que llegó buena parte de los esclavos no permite evaluar su número, pero el promedio debió ser menor que antes. Al comenzar el siglo XVIII se abrió para ellos un nuevo puerto de entrada: Buenos Aires. El repunte económico que se apreció poco después en toda América y la concreción del asiento con la compañía inglesa tras las paces de Utrecht mejoraron la demanda y la oferta de africanos. El aprovisionamiento aumentó.

En cuanto a los europeos no hay señales de que llegaran tampoco muchos. Su incremento en números absolutos y en relación con los demás grupos raciales se debió a su fuerte crecimiento diferencial. La única inmigración relativamente masiva de labradores estuvo destinada a Cuba y procedió de las islas Canarias. También fueron canarios los pobladores que vinieron a establecerse en 1726 en el recién fundado Montevideo. El censo de la campaña de Buenos Aires, levantado en 1744, registra en el grupo de edad correspondiente una fuerte inmigración por la misma época (Moreno, ms.).

De las ciudades, la comparación de las obras de Díez de la Calle y O'Crouley ha permitido a Borah

(1951) poner de manifiesto el progreso sostenido de los lugares de México, de donde se conservan datos. Entre 1646 y 1776, el número de vecinos españoles registrado en Durango se multiplicó por 29, en Puebla por 13, en Valladolid por 10, en San Bartolomé y Oaxaca, punto más, punto menos, en torno de siete veces; las demás cuanto menos duplicaron en 128 años. Sólo Parral, Cualiacán y Acapulco o permanecieron estacionarias o decayeron, pero fueron las menos.

VECINOS ESPAÑOLES DE CIUDADES DE MEXICO: 1646-1774

Ciudades	*1646 Díez de la Calle*	*1774 O'Crouley*
Durango	120	3.500
Puebla	1.000	13.000
Valladolid	250	2.500 ..
San Bartolomé	40	300
Oaxaca	600	4.100
Zacatecas	500	2.800
Veracruz	500	1.300
Tlaxcala	200	400
Parral	250	300
Culiacán	80	80
Acapulco	150	8

De otras regiones del hemisferio sólo se poseen por ahora cifras erráticas sobre las que resulta arriesgado aventurar la evolución urbana. No cabe duda que las ciudades siguieron creciendo y que, aparte del papel desempeñado por los españoles, tanto peninsulares como americanos, lo tuvieron considerable la extensión de las capas mestizas y el aumento de la servidumbre negra. A mediados del siglo XVII, Lima parece haber alojado ya más negros que españoles. La Habana no cejó en su rápido ascenso. Potosí es el caso contrario. En su momento de mayor gloria, hacia 1650, alcanzó a tener unos 160.000 habitantes, situándose en la cúspide de las ciudades de América. La crisis minera los redujo en 1705 a una cuarta o quinta parte.

Hace años que Besio Moreno (1939), antes de que

se difundiera este género de estudios, tuvo la visión de reconstruir los movimientos vitales de la ciudad de Buenos Aires sobre la base de los registros parroquiales. Gracias a su empeño existe una serie continua desde 1645 hasta 1938. Es esta una circunstancia única y muy afortunada. Por encima de los lógicos altibajos, percíbese una clara, inflexible, pero lenta, tendencia al alza. La obra contiene por añadidura un caudal de noticias sobre las epidemias del lugar. De las Actas Capitulares y otros documentos extrajo la fecha y duración de las mismas, así como las causas atribuidas por los contemporáneos. La lista, bastante larga, traduce el grado de inseguridad e insalubridad que soportó la gente de la época. He aquí los años: 1605, 1609, 1620-21, 1638, 1642-43, 1675, 1687, 1694, 1700-05, 1717-20, 1734, 1742. Besio Moreno detectó además en los registros de óbitos varios episodios no consignados en las fuentes secundarias, pero claramente cuantificables y que bien pueden atribuirse a pestes o a hambres. Tuvieron lugar en 1652-3 y en 1670. El primero dio 446 y 224 fallecimientos sobre un promedio de 132 durante el septenio anterior y el segundo, más benigno, 176 sobre un promedio de 149 durante la década precedente. El ejemplo porteño no es nada excepcional. Consta la difusión de las epidemias de sarampión de 1694 y de la peste bubónica de 1718 a 1720 en el interior de la Audiencia de Buenos Aires (respecto de Córdoba, véase F. Garzón Maceda, 1917, III). Valparaíso registró picos de mortalidad concordantes en 1687, 1694, 1706, 1713 y 1718 (Thayer Ojeda, 1934). Hay también memoria de epidemias parecidas en Yucatán en los años 1628, 1651, 1692 y 1725-27, y en Venezuela en 1658, 1667 y 1687. Del Perú se recuerdan las de 1700 y 1718-19. La ciudad de México perdió entre 1736 y 1737 40.157 personas según los registros parroquiales (Rosenblat, I). Hasta las aisladas Misiones del Paraguay no se vieron libres de estos males. En 1676, la viruela hizo estragos entre ellas. Un estudio atento del problema descubriría más ejemplos y coincidencias sorprendentes que indicarían vastos movimientos de difusión. Es este un capítulo de la historia de América por hacer casi por entero

Por lo que respecta a las hambres es aun menos lo

que se conoce. Borah (1951) ha recogido testimonios de las de 1623-25 y 1690 en México. Es demasiado poco para la importancia que este factor limitativo tuvo sobre el crecimiento de la población, en particular sobre el de la indígena, siempre más vulnerable.

En conclusión, la fase de estabilización es bastante compleja, pero por desgracia la mayor parte de sus matices se hallan todavía por descubrir.

LA EXPANSION

Al promediar el siglo XVIII, el orbe entero presenció el desarrollo de sus fuerzas productivas y el correlativo de la población. No está muy clara, al menos se discute, qué relación causal existió entre ambos órdenes, si fue la economía o la población la iniciadora del movimiento, pero la concomitancia se halla desde luego ampliamente reconocida. A diferencia de momentos de expansión anteriores, Europa, pionera del cambio, no se contentó con crecer en grado mayor o menor, sino que modificó el ritmo y el modo de obtener el crecimiento natural. Varió pues la naturaleza de la expansión y de esta alteración surgió un desarrollo sostenido hasta nuestros días. El proceso puesto en marcha ha hecho saltar todas las barreras que limitaban antes la dimensión de la población mundial. Desde entonces ésta no ha vuelto a tropezar con ningún techo fijado por la disponibilidad de recursos alimenticios que trabara su propensión a crecer. Dato importante: la humanidad ha obtenido el incremento con menor esfuerzo biológico. Efectivamente, aumentar no ha significado para las mujeres mayor número de alumbramientos. Una contracción pronunciada de la mortalidad liberó grandes contingentes antes perdidos en los primeros años de la vida; luego, sobrevenida la baja de las concepciones, el descenso aún más rápido de la letalidad compensó con creces la caída de la natalidad. Crecimiento continuo mediante bajas tasas vitales, he aquí un giro único y sorprendente de la historia de la población. Por su carácter explosivo se conoce a este fenómeno por la "revolución demográfica".

La difusión por el mundo del proceso de cambio ni fue directa, ni inmediata. Faltaba en el resto el clima

que lo generó y, en tales condiciones, era lógico que subsistieran las pautas tradicionales. Las demás partes del mundo sólo se percataron de la revolución demográfica en forma refleja, ocasionalmente, antes de experimentar por sí misma los efectos explosivos llegado el momento propicio para la misma. Durante el siglo XIX, América latina se expandió al tiempo que los países más avanzados, pero su crecimiento ni por su intensidad ni por su naturaleza es comparable con el de éstos, aunque tampoco haya sido del todo independiente. América latina no se hallaba humana, social y económicamente aislada, por más que durante un siglo su estructura demográfica siguiera respondiendo a pautas en general antiguas. La intensidad del mismo no se produjo por exigencias únicamente autónomas.

Al respecto conviene distinguir dos tipos de procesos demográficos ocurridos en la región y derivados de las dos formas económicas predominantes a la sazón en el agro: la agricultura de subsistencias y la de exportación. Ambas convivieron en muchas partes, pero en otras existió sólo la economía de autosuficiencia. Para ilustración de cada una téngase en mente para la primera a la gran cantidad de campesinos indígenas de la cordillera andina y de la Sierra Madre, por no citar sino un par de ejemplos palmarios, y por el otro lado a los cultivos tropicales o la producción pecuaria de las regiones costeras, destinados al mercado mundial. En el primer sector, el crecimiento se dio dentro de las reglas de la demografía de una sociedad agraria orientada hacia el autoconsumo y tuvo por límite la disponibilidad de recursos alimenticios. En la medida en que la catástrofe demográfica del siglo XVI dejó yermas gran cantidad de tierras, la reconquista del suelo para el cultivo tenía por delante un amplio margen de extensión. En el segundo, la falta de comunicaciones impidió una estricta división del trabajo a escala regional de modo que ciertas tierras hubieron de ser sacrificadas a la producción de subsistencias, aunque la mayoría fuera dedicada a la actividad exportadora. Por influencia de esta actividad el crecimiento económico y humano dependió mucho allí de las oscilaciones de la coyuntura internacional. Estas operaron no sólo alentando o deprimiendo el despliegue del potencial bio-

lógico de los habitantes de la región, sino suscitando la formación de polos de atracción o repulsión de migrantes. En una tesis que permanece en gran parte inédita, Lisanti (1962-63) demuestra cómo los avances y retrocesos de la población de una región de característico monocultivo como fue São Paulo, dentro de una tendencia general de crecimiento, estuvieron sujetos a las fases de impulso y contracción de la economía mundial de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Distinguido el dinamismo, fuerte y rápido en algunos territorios, lento y débil en otros, la división del continente según densidades, que establecimos en el primer capítulo, pierde interés. La diferencia de comportamiento tendió a acortar las distancias iniciales. En efecto, ya que la mayor parte de las zonas de altas densidades en los albores de la Conquista se mantuvieron dentro de la economía de autosuficiencia, no fueron ellas las que registraron los mayores aumentos. En cambio, tierras poco pobladas como habían sido las costas atlánticas, aun cuando no llegaron a alcanzar la densidad de las anteriores, se anotaron tasas de crecimiento muy elevadas. De este modo el eje demográfico de América empezó a desplazarse del Pacífico hacia el Atlántico.

La dualidad explica cómo, a causa del peso del sector de autosuficiencia, la tónica de conjunto del continente fuera muy tradicional hasta un momento muy avanzado. Al mismo tiempo se comprende que la revolución demográfica europea se sintiera primero en determinados puntos antes que en otros. Las contradicciones suscitadas por esta influencia figurarán en este capítulo al tratar la tercera fase del período: la descomposición de la estructura demográfica tradicional.

En lo que respecta a las fuentes, las de esta época son más numerosas y su índole es variada. Ante todo disponemos de los censos levantados en las postrimerías de la dominación española y de los primeros confeccionados por las autoridades independientes. Se trata de documentos todavía de carácter preestadístico. El cuadro siguiente resume el estado de nuestros conocimientos y está sujeto a correcciones. Sólo comprende a los de índole general y, por lo mismo, excluye a los provinciales y locales, bastante numerosos. No nos cons-

CUADRO PROVISIONAL DE LOS PADRONES LEVANTADOS ENTRE 1770 Y

	Capitanía Gral. de Cuba	*Virreinato de Nueva España*	*Capitanía Gral. de Guatemala*	*Virreinato de Nueva Granada*
1770				-(1770) Guirior
	-(1775) de la Torre		-(1778) Mayorga	-(1778) Flórez
1780				
1790				-(1781) Caballero y Góngora
	-(1791) Las Casas	-(1791) Revilla Gigedo		
1800				
1810				-(1803) Mendinueta
	-(1817) Cienfuegos			
1820				
	-(1827)			-(1825) Santander
1830	Vives			Censo de la
		-(1831) México		
				-(1835) 2º Censo Nac. de Colombia
1840	-(1841)			
				-(1843) 3er. Censo Nacional
1850				

Y CENSOS GENERALES DE POBLACION 1850 EN HISPANOAMERICA

Capitanía Gral. de Venezuela	*Virreinato del Perú*	*Capitanía Gral. de Chile*	*Virreinato del Río de la Plata*
	-(1776) de Croix	-(1777) Jáuregui	-(1778) Vértiz
	(1790) Taboada		
	-(1813) Abascal	-(1813) Congreso	-(1813) Asamblea Constituyente
Gran Colombia Padrones (1830)		-(1832) 1er. Censo Nacional	
(1837-38) (1840)			
(1844) (1847)		-(1844) 2º Censo Nacional	

ta la conservación de la documentación correspondiente o siquiera si fueron levantados en forma efectiva e íntegra en todo el territorio; es más, en algunos casos, hemos presumido su existencia por meros indicios. No obstante el carácter provisional del cuadro, parece significativo y de utilidad.

En él figura la fecha principal del relevamiento efectuado y la autoridad particular que lo ordenó. Las columnas siguen las grandes divisiones administrativas de fines del período colonial. Si bien faltó un recuento completo para toda América, se evidencia una clara intención con esta finalidad hacia 1778. Nótese que, en la década del 90, recrudeció el interés por este tipo de información reuniéndose sobre todo la de Nueva España. México no había en efecto levantado el censo general anterior. Es curioso también cómo en la mayor parte de la América meridional española se efectuó un censo en 1813, tanto en las regiones emancipadas como en las que permanecían en poder de los realistas. En la ciudad de México, el Ayuntamiento constitucional ordenó igualmente un censo ese año.

Del censo de 1813 se ha realizado, aunque circunscripto a la provincia de Córdoba, el único análisis censal efectuado con ayuda de las más modernas técnicas mecanográficas (*Instituto de Estudios Americanistas*, en prensa). El éxito del experimento abre amplias perspectivas sobre la calidad y sobre la posibilidad de rápida elaboración de este género de documentos.

Constituye asimismo fuente preciosísima la nutrida documentación fiscal. Nos referimos sobre todo a las matrículas o revistas quinquenales de indios, estudiadas en lo que concierne a México por López Sarrelangue (1963), a Perú por Kubler (1952) y a la Intendencia de Salta por el equipo del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad del Litoral (inédito). Al parecer, Ecuador posee una serie de padrones digna de ser analizada (Paz y Miño, 1936). Los del Alto Perú se hallan en la misma espera en Buenos Aires.

Los censos eclesiásticos forman recuentos igualmente nominales. Se tiene conocimiento de los levantados por el obispo Martí en Venezuela entre 1782 y 1784, el de la diócesis de Caracas de 1809, el de Honduras de

1791 y el del obispado de Concepción de Chile, pero son muchísimos más. Los estados de ánimas de las misiones (Cook, 1940) o de los curatos (González Bofill, ms.) constituyen asimismo una fuente importante. Para el estudio de la dinámica de la población son imprescindibles otros documentos religiosos: los registros parroquiales de bautismos, defunciones y matrimonios (N. Sánchez-Albornoz, 1967).

Ténganse en cuenta por último las estimaciones particulares. Por el aliento de la exactitud que las anima, presiden todas ellas las contenidas en las obras monumentales del barón de Humboldt *Ensayo político de la Nueva España* (1811) y *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo* (1816-1830). Añádanse los cálculos u observaciones de Navarro Noriega para México (1810), de Juarros para Guatemala (1807), de Azara para el Río de la Plata (1793) y de Rugendas para Brasil (1835).

Que Hispanoamérica y Brasil participaron de la onda expansiva de la población mundial y que la suya aumentó considerablemente a la sazón no cabe duda alguna. Permítasenos certificar esta opinión con la indicación de los estudios que la confirman, lista larga y quizá enojosa, pero que es necesario conocer. Todos los autores citados concuerdan en señalar el mismo fenómeno en el campo que les ha tocado estudiar de cerca, de donde resulta legítimo concluir que el proceso fue general. López Sarrelangue (1963) ha tratado el siglo XVIII en México. Lisanti (1962-63) ha unido el final del siglo XVIII con la primera parte del XIX únicamente en la capitanía de São Paulo. Brito Figueroa (1966), Barón Castro (1942), Higuita (1940), Paz y Miño (1936) y Difrieri (Aparicio y Difrieri, 1961) han trazado la evolución respectiva de Venezuela, El Salvador, Colombia, Ecuador y Argentina desde fines del siglo XVIII hasta el siglo XX. Pérez Cabrera (Guerra y Sánchez, 1952) ha comparado simplemente los censos de la isla de Cuba con el mismo resultado y N. D. Cook (1965) ha resumido, en fin, lo que concierne a Perú.

Sólo circunstancias políticas parecen haber quebrado la regla del crecimiento. La masa de indios confiados a las misiones jesuíticas del Paraguay y del Uruguay se

dispersó al pasar a manos de la administración de Temporalidades después de la expulsión de la orden; otro tanto ocurrió en ambas Californias a la vista de los frailes dominicos o franciscanos (véase Aparicio y Difrieri, 1961, Cook, 1940, Aschmann, 1959, respectivamente). De la posible incidencia de las guerras de la emancipación sobre el crecimiento demográfico se conoce también poco. A creer los alegatos del gacetero realista José Domingo Díaz (J. V. González, s.a.), el estallido de la "guerra a muerte" costó a Venezuela nada menos que 221.741 vidas entre las víctimas de la guerra y cuantas hubiera ganado de haberse mantenido la tendencia anterior. Las pirámides de edades de Caracas y de otras ciudades acusan por otra parte una muesca significativa, en 1822, entre los 25 y los 29 años. Asimismo registran un número de mujeres mucho mayor que el de los hombres. Ambas observaciones confirman la magnitud de esa catástrofe (Brito Figueroa, 1961, I). Quizás el desorden de la campaña de la Banda Oriental haya tenido efectos semejantes en el Uruguay. De cualquier manera no es probable que la emancipación causara demasiadas víctimas en los demás territorios. De las luchas civiles posteriores, nada se sabe.

Descartando estos episodios es un hecho que la población aumentó bastante en términos generales. Importa establecer ahora por qué y cómo lo hizo. De la causa, hemos opinado en las páginas precedentes al distinguir a grandes rasgos el crecimiento diferencial en las zonas de agricultura de subsistencia y en las plantaciones de exportación. En cuanto a la manera, exige una descripción de la dinámica de aquel período.

En ninguna parte hallaremos una información mejor al respecto que la que ofrece hoy por hoy el caso argentino. De este país se disponen de muestras múltiples de las que seleccionaremos tres, a nuestro modo de ver correspondientes a otras tantas circunstancias más o menos comunes en el continente. No creemos que la complejidad de situaciones que se registraron en América puedan resumirse en tres, ni convendría establecer una analogía con criterio demasiado estrecho entre las muestras argentinas y las equivalentes del resto del hemisferio; pero sí estimamos que las escogidas ostentan suficiente representatividad como para

intentar algunas generalizaciones. La dificultad mayor reside en que el análisis de las muestras ha sido hecho con criterio disímil. Esto dificulta la comparación entre sí de los datos.

Los puntos geográficos elegidos son por un lado Jujuy en 1778, región serrana tierra adentro, poblada con densidad relativa por una masa de campesinos indígenas en una forma en que en suma recuerda a muchas regiones del Altiplano o del Bajo Perú, por el otro a la ciudad de Buenos Aires en igual fecha, cabecera desproporcionada de una llanura monoproductora de ganado, muy poco habitada, pero muy relacionada con el exterior, diríase casi cosmopolita. En alguna medida representa a los centros urbanos del litoral. En tercer término viene la provincia de Córdoba en 1813, en una posición intermedia entre ambas.

La población de los curatos de la campaña de Jujuy presenta una pirámide de edades regular de base muy ancha, mayor que la observada en la ciudad capital, con una buena retracción en el grupo de edad de los 10 a 19 años (Rasini, 1965). La proporción de los muchachos de ambos sexos en los veinte primeros años de su vida es, para toda la provincia, del 49,4 por ciento del total. Habida cuenta de que sólo el 4,6 por ciento sobrepasa los 60 años es evidente que estamos en presencia de una población de aspecto juvenil. En cuanto a la retracción indica a las claras una fuerte mortalidad infantil. En general este era un mal pavoroso en aquella época. Thayer Ojeda (1934) ha observado en un período corto que hasta un 80 por ciento de las defunciones de Valparaíso eran de párvulos. Todos los rasgos anteriores configuran para Jujuy una morfología demográfica de tipo antiguo. Es propio de ella una natalidad y una mortalidad elevadas con un crecimiento moderado. En este caso se observa que el matrimonio bastante tardío de los hombres —entre 20 y 29 años la mitad de ellos permanece soltera— y la pronta viudez de las mujeres —más de una quinta parte de las de 40 a 49 años son viudas— restringieron la capacidad genética del grupo. El promedio de hijos por matrimonios, excluidas las parejas sin descendencia, era de 2,7. Esta cifra revela una condición sana, pero no una vitalidad desbordante para la época. En

efecto, la familia nuclear tipo, sin contar los individuos que encabezaban por sí solos una unidad censal, era de 4,1.

En la ciudad de Buenos Aires, Moreno (1965) ha descubierto una pirámide regular de base igualmente ancha, seguida de idéntico estrechamiento. La población blanca, mayoritaria en el puerto, era en proporción un poco mayor que la española de Jujuy (48,7 por ciento contra 43,1 en el Norte) y otro tanto ocurría con el segmento de viejos (4,8 por ciento contra 3,7). El promedio de hijos por familia era, en cambio bastante más elevado: 3,2.

La provincia de Córdoba ofrece el aspecto más dinámico de los tres ejemplos elegidos. Con un porcentaje parecido de viejos de más de 60 años (4,2 por ciento) ostenta por el contrario una población juvenil mucho más extensa (55 por ciento), tanto en lo que concierne a los párvulos de 0 a 9 años que, en Córdoba, eran el 32 por ciento de la población contra sólo 30,5 en Jujuy, como así también por el peldaño de los 10 a 19 años (22,9 y 18.5 por ciento en uno y otro lugar respectivamente). (Véase *Instituto de Estudios Americanistas.*) Más aún, si comparamos el índice de fecundidad de la provincia del interior y el de la ciudad a orillas del Plata, es decir el número de niños de 0 a 4 años que tenían cada mil mujeres de entre 15 y 49 años, verificaremos que el de las españolas americanas de Córdoba era mas alto. Cada mil tenían 602 niños contra 538 de las porteñas blancas. Otro tanto ocurría entre la población de color: 542 contra 453. De paso diremos que el índice de fecundidad de las negras de Córdoba era muy bajo (313 por mil), mientras que el de las indias era asombrosamente alto, nada menos que de 671.

La distinción hecha en el párrafo anterior invita a pasar al tema de la fecundidad diferencial de los grupos étnicos en que se dividía la sociedad colonial. Del ejemplo de Buenos Aires se deduce con toda claridad que el grupo blanco, que componía el estrato social superior, poseía una fecundidad más alta que la de los negros y demás grupos de color. En Córdoba, la clase alta se comportaba de igual manera en relación con las capas bajas de la sociedad. Por una razón desco-

nocida, las indias lucían sin embargo una fecundidad más elevada. Más que general esta circunstancia parece anómala. En Jujuy, la población india, mayor en número que en Córdoba y mayoritaria en el conjunto de la provincia por cuanto ascendía al 57,2 por ciento del total, disfrutaba sólo de 2,6 hijos por matrimonio (excluidas las parejas sin descendencia) contra 3,2 de los españoles. La prole de éstos era pues igual a la de sus congéneres de Buenos Aires.

Estas consideraciones habrán de tenerse presentes al tratar luego las variaciones de la composición étnica de América, puesto que demuestran que el marcado incremento relativo de los blancos que se observa entonces, antes que por inmigración, se produjo a causa de la mayor fecundidad del grupo hispano, sin descartar tampoco los casos debidos al cruce de la barrera de color. La mayor capacidad reproductiva de los blancos se explica sin lugar a dudas por las mejores condiciones socioeconómicas de que gozaba el estrato alto, en particular para la supervivencia de los párvulos.

Conclusión general de la comparación de estos tres casos: las zonas centrales y litorales ostentaron mayor vitalidad que las andinas. Este punto, más las migraciones que veremos pronto, explican que el eje de la población de América meridional se desplazara, como observamos antes, en dirección del Atlántico.

Los datos extraídos de los censos no bastan para decribir en forma cabal la estructura demográfica de la época.

El cálculo del crecimiento intercensal al que los historiadores propenden en primera instancia, más los diversos indicadores de la fecundidad, nunca llegan a sustituir por completo cuanto expresa una tasa de crecimiento vegetativo formada por sustracción de la mortalidad a la natalidad. Las tasas respectivas se obtienen relacionando los valores absolutos de la población censada con los de los movimientos vitales que en aquellos años únicamente figuran en los registros parroquiales. El significado del crecimiento vegetativo varía según proceda de uno u otro tipo posible de comportamiento biológico. Ya se ha dicho que la demografía de tipo antiguo se caracteriza por altas tasas de natalidad y letalidad. De la escasa información de que

se dispone al respecto por el momento se desprende que así fueron efectivamente las tasas. Este es el cuadro más revelador de los ejemplos conocidos:

TASAS DE NATALIDAD, MORTALIDAD Y CRECIMIENTO NATURAL DE LA POBLACION DE LA CAPITANIA DE SÃO PAULO

Años	*Natalidad*	*Mortalidad*	*Crecimiento vegetativo*
1777	43,3	27,7	15,4
1782	41,6	25,9	15,7
1797	46,9	25,9	21,0
1803	47,8	25,1	22,7
1813	43,1	21,2	21,9
1815	47,0	21,5	25,5
1829	43,6	25,6	18,0
1836	52,6(?)	28,9	23,7

Fuente: Lisanti, 1962-63.

Las tasas de natalidad y mortalidad, expresadas como es habitual por mil habitantes, equivalen a las que se encuentran en muchas regiones en vías de desarrollo. En la medida en que no se trata de promedios, sino de las correspondientes a años particulares, algunas tasas bien pueden contener alguna anomalía, pero la tendencia general es bastante clara. El crecimiento natural es altísimo: de 1765 a 1797, del orden del 3 por ciento anual y, entre 1797 y 1836, ligeramente inferior, del 2,6.

Mediante los libros parroquiales cabe establecer el crecimiento en otra forma. Veamos los del puerto de Valparaíso (Thayer Ojeda, 1934). El promedio de los niños bautizados en la parroquia de 1797 a 1801 pasó de 201 a 319, en 1817-21, y a 1.455 entre 1836 y 1840. El incremento es de un 58 por ciento entre los dos primeros quinquenios y nada menos que del 356 entre los dos segundos. La misma diferencia de tiempo separa prácticamente a unos y a otros. No sabemos por estos datos qué número de habitantes tenía Valparaíso entonces, aunque sí podemos presumirlo de manera aproximada, pero de lo que no cabe duda es que Valparaíso aceleró su crecimiento después de la

emancipación. El mayor aumento proporcional de las sepulturas (de 102 por ciento durante el primer intervalo a 461 en el segundo — contra el 58 y 356 por ciento respectivamente de los bautismos) indica además que el puerto era receptáculo de inmigrantes. Ultima anotación a partir de los libros de Valparaíso: las sepulturas de párvulos solían concentrarse en los meses de verano del hemisferio austral (noviembre-marzo), señal de una predisposición a las enfermedades gástricas, mientras que las defunciones de los adultos y ancianos ocurrieron más bien en invierno, probablemente a causa de una propensión de estas edades a las afecciones pulmonares. Esta observación además de revelar la vigencia de un movimiento corto estacional, que sin duda existe también en el orden de las concepciones, nos lleva derecho a la cuestión de la incidencia sobre el desenvolvimiento de la población, no sólo de las condiciones sanitarias corrientes, sino de las extraordinarias como son las epidemias.

De esta época, más cercana a la nuestra, contamos con más información al respecto. Besio Moreno seguirá sirviéndonos de guía a través de este terreno enmarañado. Durante el período virreinal y los comienzos del independiente, Buenos Aires sufrió mortalidades por causas epidémicas debidamente registradas en el movimiento de defunciones durante los años, 1796, 1799, 1803, 1809, 1817, 1823, 1829, 1843 y 1847. En Córdoba fueron particularmente agudas las de viruela de 1823 y 1833 y Valparaíso padeció distintas epidemias reveladas por el mismo procedimiento en 1783, 1803, 1822, 1832-33, 1840 y 1846. La viruela, el sarampión, la disentería y la fiebre tifoidea fueron los flagelos más comunes. Las grandes epidemias de origen tropical —cólera y fiebre amarilla— azotaron el Caribe temprano, pero no llegaron al cono sur hasta la segunda mitad.

De la ciudad de México disponemos además de un estudio detallado de cinco epidemias, sin contar el primitivo y terrífico matlazahuátl o tifus de 1737-39 (Cooper, 1965): son el tifus de 1761-62 que coincidió con una epidemia de viruela, la viruela de 1779-80, la peste de diagnóstico incierto (¿difteria?) de 1784-87 que unió sus efectos calamitosos a los de la hambruna de esos mismos años, el brote de viruela de 1797-98

y las fiebres de 1813. Importa destacar que, de los males que habían causado los mayores estragos durante la Conquista y la Colonia —el tifus y la viruela—, el primero perdió buena parte de la virulencia que tuvo durante más de dos siglos. Las epidemias de 1761-62 y el brote de 1813 no fueron comparables con el matlazahuátl de 1737-39 y los terribles del siglo XVI. En cuanto a la viruela, empezó a controlarse primero a base de la inoculación, tímidamente ensayada en 1779-80 y con mayor difusión en 1797-98, y, luego de la expedición de Francisco Javier de Balmis por América, mediante la vacuna.

Balmis zarpó de La Coruña en 1803 al frente de un equipo de médicos y de enfermeros llevando consigo los cultivos de virus pertinentes. Su recorrida duró siete años. Aun así no pudo visitar personalmente toda América, pero de su expedición se desgajaron ramas que llegaron a lugares más apartados de los dominios españoles, incluidas las islas Filipinas, transportando la vacuna y adiestrando a los facultativos locales en las operaciones de la misma. Este programa sanitario de envergadura continental tuvo a largo plazo honda repercusión por cuanto difundió conocimientos y prácticas entre el público y los profesionales. Hizo inclinar el platillo de la balanza al poner sobre él el peso del respaldo oficial en favor de los celosos funcionarios y médicos progresistas que, desde tiempo atrás, venían bregando por mejoras en el orden sanitario los cuales tropezaban a menudo con el escepticismo, la indiferencia o la resistencia de colegas y autoridades locales. Ahora bien, los efectos de la propagación de la vacuna fueron por fuerza limitados. Se circunscribieron a los puertos y a las grandes ciudades y aún dentro de ellos a los sectores más esclarecidos, mientras que su difusión entre las capas más bajas, no obstante su gratuidad, resultó más difícil y lenta. La viruela siguió pues brotando esporádicamente durante el siglo XIX aunque sin el carácter catastrófico de antes.

Es muy cierto que los habitantes de las zonas rurales estuvieron menos expuestos al contagio en razón de su dispersión, pero los de las ciudades gozaron en cambio de mayores recursos para combatir y vencer las enfermedades. Desde el punto de vista demográ-

fico, la disminución relativa de la virulencia mitigó las bruscas oscilaciones del volumen de las generaciones, pero no acabó con las manifestaciones endémicas que cercenaban con regularidad la población. En qué medida el desmoche de los picos de mortalidad alentó a la expansión demográfica es una pregunta que carece aún de respuesta.

El mestizaje

La conocida fecundidad diferencial de los grupos raciales, fruto no de una mayor o menor capacidad genética sino de las condiciones de vida y sociales que disfrutaban, invita a no pasar por alto en el orden demográfico a la heterogénea composición humana del continente.

A mediados del siglo XVIII el proceso de miscegenación se hallaba ya bastante adelantado. Lo que en un principio no había suscitado resistencias, había alcanzado entonces un desarrollo tan considerable en algunas partes que amenazaba sumergir al estrato blanco dominante y, en virtud de los progresos realizados en otros órdenes, a nivelar la sociedad. Se entiende pues que los monopolizadores de los privilegios esbozaran una resistencia reforzando las diferencias sociales, basadas en condiciones económicas, con una serie de signos exteriores como el de la pigmentación de la piel. Añádase a esta típica reacción señorial la propensión clasificatoria propia de la mentalidad ordenancista y racionalizadora de la época que, en otros cielos, produjo un Lineo. Nada extraño tiene entonces que apareciera esa complejísima nomenclatura de las *castas de mezcla*, que los artistas Ignacio de Castro y José Joaquín Magón, ambos de Puebla, representaron plásticamente en cuadros muy conocidos. Cada una de las principales mezclas posibles a partir de los tres tipos puros recibió un apelativo propio. Los nombres de *mestizo, mulato* y *zambo* no necesitan aclaración y son suficientemente expresivos por sí mismos los de *tercerón, cuarterón, quinterón* y *octavón.* Pero ¿quién recuerda hoy el significado preciso de nombres como *castizo, morisco, calpanmulata, chino, lobo, jíbaro, albarrazado, combujo, barcino, puchuel, coyote, harnizo, gálfarro, genízaro,*

albino, grifo, jarocho y sambahigo o los más pintorescos de *salta atrás, tente en el aire, no te entiendo, ahí estés,* etc.? Para mayor confusión, según las regiones hubo también denominaciones particulares para algunos de los subtipos. En Brasil el empleo de nombre exclusivos a cada región fue más frecuente que en Hispanoamérica: *curiboca, caboclo* o *mameluco* designaron por igual la descendencia del portugués y de la india.

La distancia ha borrado en nosotros los matices, pero no es seguro tampoco que los contemporáneos los usaran de ordinario y con precisión. Los distingos de la lista anterior más bien parecen un entretenimiento de leguleyos, pero sin asidero en la vida diaria. En el habla corriente se preferían expresiones eufemísticas y más vagas como las de *morenos* y *pardos* por negros y mulatos. Pardos eran a veces hasta los propios negros y otras los mestizos. Naturalmente donde se prestó mayor atención a estas diferencias fue en las grandes ciudades como Lima o México. La confusión podía hacer peligrar la estratificación en ellas antes que en las zonas rurales bajo el dominio indiscutido y bien marcado del señor feudatario.

En la práctica, la discriminación legal fue menos rígida que lo que aparentaba ser. Pudo obtenerse incluso la dispensa de calidades a cambio de una contribución pecuniaria: las *gracias ak sacar*; la tendencia fue a la disolución de las castas y a burlar el intento de acentuar las diferencias. No obstante siguió siendo lo suficientemente fuerte e incómoda para amplios sectores como para que el movimiento emancipador enarbolara la bandera de su abolición, cuando olvidó de hacerlo con la esclavitud. La supresión de las calidades después de la Independencia no fue siempre inmediata. En Perú, el sistema impositivo siguió basado hasta 1854 en la antigua división racial como lo ha puesto de manifiesto Kubler (1952). El *tributo de indios* cambió de nombre en 1815 por el más eufónico de *contribución de indígenas*, pero siguió gravando a la misma categoría de personas hasta que los ingresos producidos por la exportación de guano permitieron al erario suprimir la carga. El gobierno republicano estableció además la impopular *contribución de castas* antes inexistente.

Muy desigual fue la distribución de los tres troncos humanos y de las castas en el espacio americano. En primer término consideraremos los casos en que la población blanca predominaba en número sobre los demás sectores. La cuenca del Plata, en su acepción más amplia, desde el sur paranense de la Capitanía de São Paulo hasta la Banda Oriental y de ahí hacia el Oeste hasta Córdoba, pasando por la campaña de Buenos Aires, y luego Paraná arriba hasta Corrientes, constituyó el área más extensa y de hegemonía más marcada. Se trata de una extensión de cerca de un millón de kilómetros cuadrados, incluido el bolsón indígena de las Misiones. He aquí algunas evidencias. En 1778, los habitantes de ascendencia blanca de la campaña de Buenos Aires eran el 75 por ciento del total. En la misma fecha, en la ciudad ascendían hasta el 84 por ciento. Ambas proporciones son mayores que las que ostentó Montevideo que, en 1781, registró como blanca a un 72 por ciento de su población. Así el sustrato negro era mayor (20 por ciento). En la provincia de Córdoba, prevalecían los españoles de una manera más atenuada. Del padrón de 1778 se desprende que constituían la primera minoría con un 40 por ciento, contra un 12 de los indios y un 48 de las castas y negros sumados. En 1813, adquirieron la mayoría absoluta —el 57 por ciento—, indicio éste de una afluencia externa (Endrek, 1966). En Corrientes, el componente blanco oscila entre un 65 y un 75 por ciento según las zonas, de acuerdo con los datos suministrados por el censo provincial de 1814 (Maeder, 1963). Chile parece haber contado en esa época con abundante población blanca en su región central. Según el censo de 1778, la mayoría era de esa naturaleza a menos que las cifras comprendan a bastantes mestizos. En Venezuela, en las vertientes de la cordillera de Mérida, y en Costa Rica aparecen bolsones blancos. La visita del obispo Martí de 1772 revela que en la circunscripción del actual Estado venezolano de Trujillo el 70 por ciento de los habitantes eran españoles y criollos de igual procedencia. En Venezuela también el predominio blanco se atenuó entre la población volante y pastoril de los Llanos. En los centrales y occidentales, blancos y pardos estaban emparejados con un 31 por ciento aproxima-

damente cada uno; en el interior, los porcientos son 28 y 26 respectivamente. En orden de magnitud seguían a ambas capas los indios en el primer ejemplo y los negros en el segundo. Idéntica igualdad entre blancos y pardos existió en los valles centrales, mientras que en las costas occidentales y centrales así como en las tierras bajas del Centro prevaleció el mestizaje (Brito Figueroa, 1966, I).

Por lo que respecta a Cuba, los blancos se destacaron sobre un fondo africano y no indígena como en la mayor parte de las demás regiones. El censo levantado por el marqués de la Torre en 1775 arroja las cifras siguientes: 172.620 habitantes de los cuales 96.540 blancos y 53.247 negros. Esto representa un 55 por ciento de los primeros y un 30 por ciento de los segundos. El resto es mulato (Guerra y Sánchez, 1952, II). La gran importación de esclavos africanos, que trataremos en seguida, disminuyó el peso de los blancos en la isla, pero nunca al punto de hacerlos perder el primer rango, como ocurrió en Jamaica o Haití, donde ingleses y franceses quedaron reducidos al 10 y al 8 por ciento de la población en la década de 1780.

En virtud de la propensión de los españoles a residir en los centros urbanos, donde se acumulaban riquezas y funciones administrativas, las ciudades solieron ostentar mayor proporción de blancos que sus respectivas circunscripciones. Así, la ciudad de Quito, ejemplo muy característico de esta situación, contaba con un 63 por ciento de blancos contra un 32 de indios, un 3 por ciento de castas y un 2 de esclavos (entiéndase de negros). Mientras tanto en la provincia se daban las condiciones inversas: 27, 68, 4 y menos de uno respectivamente (Paz y Miño, 1936). La ciudad española de Quito parecía pues un islote en medio de un mar de indios que predominaban en las zonas rurales. México reproducía una situación parecida. La capital era mitad española y mitad india o mestiza, sin la presencia de muchos negros o mulatos. En el resto del país, los indios eran en cambio los más.

Los indígenas gozaban de preeminencia sobre los demás componentes de la población en dos tipos de regiones. En las tierras fronterizas, el indio seguía siendo rey, pues la colonización no había traído allí grandes

contingentes de europeos, si es que los había. Solían ser territorios mal pacificados y a veces hasta inexplorados que se extendían por Texas, Coahuila, Nuevo México y ambas Californias, es decir la franja septentrional de las posesiones españolas, también por el Chaco y la Amazonia en el interior del subcontinente austral así como por la mayor parte de las pampas y de la Patagonia. Los indios predominaban allí por inercia, pero a causa de su corto número y de su bajo nivel cultural no estaban en condiciones de mantener su ventaja en otras condiciones como las que creó luego la afluencia repentina de migrantes.

Otra era la posición de los indios a lo largo de la cordillera vertebral del continente y en el área guaraní en el Oriente. Aun cuando la presencia española había puesto pie allí desde hacía siglos y había ejercido una dominación efectiva, los aborígenes seguían prevaleciendo. Sus altas densidades originales habían preservado al grupo no obstante las calamidades que se habían abatido sobre ellos, y pese a la tentación del mestizaje. México y Centroamérica conservaron un neto predominio del estrato indígena hasta bien adentrado el siglo XIX cuando la "ladinización" terminó por imponerse tanto en el orden cultural como étnico. En la provincia de San Salvador de la Capitanía de Guatemala, pongamos por ejemplo, según la información levantada por Antonio Gutiérrez y Ulloa en 1807, los indios constituían el 64 por ciento de la comarca compuesta por el propio partido de El Salvador, más los de Olocuita, Zacatecoluca, Gotera y Coxutepeque, precisamente los más densamente poblados del país. El resto de las personas eran mestizos y los blancos un puñado (Barón Castro, 1942). En Perú y en el Alto Perú, luego Bolivia, igual mayoría del substrato aborigen. No sólo eso. Durante los últimos años de la Colonia y el primer medio siglo de vida republicana, los indios del Perú aumentaron tanto en números absolutos como en términos relativos. Este hecho, sin embargo, evidencia igual una progresión vegetativa que una convención de la movilidad social (Kubler, 1952). En partes del Noroeste argentino los indios siguieron siendo numerosos. En las listas nominales del padrón de Jujuy de 1778, Rasini (1965) ha contado un 57,2 por ciento

de indios, un 19 de mestizos y un 13 de los restantes, amén de un 10,7 por ciento de indeterminados que con toda verosimilitud fueron indios o mestizos.

En cuanto al mestizaje fue preponderante en las márgenes de la gran reserva indígena formada por el Altiplano y la cordillera andina de América del Sur, tanto en las costas del Pacífico como hacia el norte en franjas del antiguo virreinato de Nueva Granada, así como también en la banda de contacto de los Andes con la llanura pampeana. En la costa central y meridional de Perú, según Kubler (1952), los indios eran menos de la mitad en 1795. En la sierra la mayor parte. Igual contraste entre sierra y costa se repite en Ecuador. A fines del siglo XVIII, las castas libres de la provincia de Guayaquil ascendían al 48 por ciento, mientras que los indios eran sólo un 30 (Paz y Miño, 1936). Acabamos de tratar el caso de la ciudad y la provincia de Quito. Más al norte, en Medellín, el censo de 1778 arroja un 27 y un 35 por ciento de mestizos y de mulatos respectivamente. En Antioquía, también en la futura Colombia, treinta años después (1808) los indios habían desaparecido casi por completo (4,5 por ciento), en tanto que los mestizos y los mulatos representaban el 57,7 del total; los blancos constituían una cuarta parte (Parsons, 1961). En cuanto al Noroeste argentino, a pesar del fondo indígena percibíanse fuertes rasgos africanos. En Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y Salta, el 64, 54, 52 y 46 por ciento de la población era negra o de casta con copiosa sangre de este origen (Comadrán, 1958-59). Sin llegar a tanto Cuyo ostentaba un tercio de habitantes negros o mulatos.

Todas estas cifras deben ser tomadas con precaución y como aproximadas. La comparación entre lugares tan distantes pretende poner de relieve la difusión de ciertos rasgos gruesos, pero sobre los que no hay en detalle plena certeza, ya que los criterios de clasificación de las personas en una u otra categoría empleados por cada uno de los empadronadores del continente no fueron homogéneos. Tampoco la agrupación de los datos de base siguió una regla uniforme, como el lector habrá podido apreciar por sí mismo. Unicamente análisis desagregativos de las fuentes primarias podrán

resolver en algunos casos el problema de las agrupaciones indebidas; el primero no tiene enmienda.

Quitando las islas del Caribe en poder de ingleses, franceses y holandeses la única área de Iberoamérica de franco predominio africano fue Brasil. Según la relación hecha por los capitanes generales y gobernadores al rey de Portugal hacia 1818, la colonia tenía muy pocos habitantes, apenas 3.417.900. Es probable que los funcionarios se hayan quedado cortos. De éstos, 1.728.000 eran negros esclavos y 159.500 libres, es decir que entre ambas categorías representaban el 52 por ciento de la población. Brasil tenía además 202.000 mulatos y esclavos y 426.000 mestizos, mamelucos y mulatos libres. Los indios sumaban 259.400 y los blancos 843.000, casi una cuarta parte.

Durante medio siglo, antes de la fecha de ese informe, Brasil había introducido gran cantidad de esclavos para las plantaciones o las minas. La expansión de los monocultivos exportadores de producciones tropicales, en respuesta a una creciente demanda europea, exigió más brazos, mientras que los propietarios de las explotaciones disponían por la misma razón de mayores recursos financieros para hacerlos venir. Las regiones del Brasil que mayor proporción de esclavos tenían en relación con sus habitantes eran las productoras de algodón y azúcar o las ricas en minerales. Según la estimación de Veloso de Oliveira de 1819 (Ramos, 1944), en Maranhão, zona típicamente algodonera, dos tercios de la población era esclava; en Alagoas, azucarera y algodonera, el 38 por ciento; en São Paulo el 32. La cuenca aurífera de Goyas tenía un 42,5 por ciento de sus habitantes en la misma condición; en Minas Gerães sólo el 27. Ahora bien, medido en términos absolutos era esta capitanía la que mayor número de esclavos poseía.

Después de 1820 y hasta la prohibición del tráfico de esclavos en 1850, la entrada de éstos en el Brasil registró cifras récord. Se calcula que desembarcaron en ese lapso alrededor de un millón trescientos mil. Sólo durante el quinquenio anterior a la abolición de la trata, el promedio osciló entre 50 y 60 mil por año.

El florecimiento de este infame negocio en el siglo XVIII y comienzos del XIX no fue exclusivo del Brasil. Las mismas causas operaron en los demás lugares, pero

la mayor libertad de que gozó el tráfico negrero en las posesiones portuguesas, determinó que fuera allí más intenso. Brasil fue además centro reexportador. Buena parte de los esclavos introducidos en el Río de la Plata procedían de esa colonia. Buenos Aires se erigió a su vez en punto de redistribución. A su puerto llegaron en tránsito aquellos cuyo destino último lo constituyeron las costas del Pacífico.

Además de Brasil y el estuario del Plata, las zonas receptoras de esclavos fueron las islas y las costas continentales del Caribe. En cuanto a la procedencia, el Golfo de Guinea siguió siendo un abastecedor tradicional, las "piezas" de Angola dejaron de ser novedad y la provisión más reciente vino de la costa oriental de Africa, en particular de Mozambique.

La afluencia al área del Caribe fue considerable. Cuba ofrece un buen ejemplo. La medición del fenómeno será, sin embargo, indirecta. Veamos los censos:

POBLACION NEGRA Y MULATA DE CUBA

Años	*Negros esclavos*	*Negros libres*	*Mulatos esclavos y libres*
1775	41.607	11.640	22.833
1791	72.455	20.266	46.021
1817	166.843	54.376	91.984

Fuente: Guerra y Sánchez, 1952.

La diferencia en más que se observa entre 1791 y 1775, dividida por el número de años que separa ambos censos, da un promedio de 2.000 esclavos negros por año y, entre 1791 y 1817, de unos 3.000. Ambas cantidades de ninguna manera expresan simple crecimiento vegetativo, tanto más cuanto que la fecundidad negra solía ser baja y la letalidad elevada, sino que evidencian una migración desde el exterior. Las cifras representan mínimos por la notoria transferencia operada de una a otra categoría. Las manumisiones y la hibridación sobrepasan cualquier incremento natural previsible del grupo. En el fondo traducen una gran movilidad del sector de mano de obra servil.

El gran aflujo de africanos no pudo por menos que

modificar la posición relativa de los grupos étnicos de la isla. Los blancos, que prevalecían en forma absoluta en 1775, según hemos visto, no eran en proporción ya tantos en 1795. Eran el 49 por ciento de la población contra el 34 de los negros y el 17 de los mulatos. En 1817, blancos y negros casi igualaron: 43 y 40 por ciento respectivamente. Desde entonces, la relación entre ambos se mantuvo con pocas variantes hasta que, en 1861, los primeros retomaron la delantera. El censo arrojó un 57 por ciento de blancos. El análisis del censo de 1841 hacía por cierto previsible ese repunte. En efecto, en ese momento la masa de negros esclavos había quedado congelada por la reciente confirmación de la ilegalidad de la trata. Desde entonces la esclavitud tuvo que contar con su propio caudal para crecer, pues sólo el contrabando la alimentó de manera esporádica. Dentro de este universo cerrado, únicamente el 21 por ciento de los esclavos de la isla tenía menos de 15 años. Entre los blancos, esa edad en la que estaba depositado el futuro de la generación siguiente, alcanzaba en cambio a constituir el 41 por ciento. Segunda consecuencia del cierre de la entrada de esclavos, más la falta de incentivos para la inmigración española, fue la reducción de la alta tasa de crecimiento de que había gozado la isla. De 1827 a 1841, Cuba creció a razón de un 3 por ciento anual, mientras que de 1841 a 1861 se redujo a un 1,9. Aunque alta, esta tasa era evidentemente inferior (Guerra y Sánchez, III y IV, 1952).

La emigración africana empezó a disminuir después de la abolición de la trata. La primera en decretarla fue la Junta Suprema de Caracas en 1810; siguieron las declaraciones del congreso chileno en 1811 y del Triunvirato que gobernaba el Río de la Plata en 1812. Cinco años después, en 1817, convino Fernando VII en eliminarla de los dominios todavía en poder de los realistas. Finalmente, en 1850, Brasil acordó acabar con este tráfico. La supresión no llegó sin embargo a ser efectiva hasta bastante después, por cuanto contrariaba a bastantes intereses. Hubo rectificaciones y contramarchas que reclamaron nuevas declaraciones. Aún las leyes definitivas en este sentido fueron burladas por medio de entradas clandestinas, hasta que la abolición de toda clase de esclavitud, nación tras na-

ción, restó incentivos al contrabando. Brasil fue el último país en cancelar la esclavitud. Lo hizo muy tarde, en 1890 y sólo tras haber agotado todas las instancias contemporizadoras (Ley de vientres de 1871).

La segunda ola de migración intercontinental trajo a América españoles y portugueses a sus respectivas colonias y, luego de la emancipación, a algunos europeos occidentales. Esta corriente, de gente en general con algunas calificaciones, constituye una etapa exploratoria para la inmigración masiva que vendría en el último cuarto del siglo XIX y en el XX. De la inmigración de fines del período colonial diremos que, aparte de la espontánea que acudió a los puntos habituales de recepción, vinieron varios contingentes en cumplimiento de un plan de la corona para asentar colonos donde no había establecida todavía una dominación efectiva. Tal fue el caso no coronado de éxito de las colonias patagónicas.

Hay que completar el cuadro de las migraciones con los desplazamientos internos de región a región y del campo a la ciudad. Cuba conoció a partir del último tercio del siglo XVIII el fenómeno inverso al repliegue hacia el centro antes señalado. La periferia fue efectivamente recolonizada desde el interior hacia la costa. Asimismo se establecieron en la isla los refugiados de Florida y de Santo Domingo, al paso que otros marcharon a Venezuela. En este país también, el mayor incremento relativo de las regiones litoraleñas indica quizá un desplazamiento de los hombres de la ceja montañosa a la costa. Entre 1825 y 1839, las provincias de Maracaibo, Coro, Cumaná y Barcelona aumentaron más que el promedio de toda la nación (Codazzi). Colombia y São Paulo presenciaron, en cambio, un proceso de colonización interior en el valle de Cauca, en el primer caso; en el valle del Tietê y a lo largo de la ruta de las tropas hacia el sur, en el segundo.

En la cuenca del Plata, una vastísima llanura por partes casi desierta vio extenderse tras las huellas de los hatos de ganado una población de la que surgía en lugares convenientes un pueblo al servicio de la economía pastoral. Los testimonios muestran a esa zona

como un receptáculo de los excedentes humanos que acudían a cumplir con los más rudos trabajos desde Santiago del Estero, Córdoba, Cuyo y las decadentes Misiones. Todos estos ejemplos y otros muchos configuran la contraimagen de una sociedad inmóvil y adormecida.

Así como la expansión económica tuvo sobre todo un carácter agropecuario, la de la población fue eminentemente rural. Circunstancias locales fueron las que determinaron que ésta adoptara una u otra línea de desenvolvimiento. En ocasiones se produjo a través de llanos y selvas una dispersión sin puntos de apoyo hasta una etapa ulterior en que, a instancias del comercio y de la sociabilidad, brotaron en forma espontánea pueblos y villas. Otras veces, el fenómeno resultó inverso: la fundación de un lugar por cualquier motivo alentó la apropiación y explotación consiguiente de las tierras incultas de la comarca. Fue ésta otra modalidad de penetración. En las zonas de ocupación más antigua, más bien parece que fueron las aldeas las que aumentaron de tamaño y, por encima de cierto límite, tendieron a desdoblarse. El nuevo núcleo emprendía entonces una trayectoria propia. Cualquiera haya sido el modo de progresar la instalación humana, en general crecieron las necesidades de servicios y, por consiguiente, algunos centros favorecidos por su ubicación sobrepasaron a los de su mismo rango y asumieron funciones más complejas.

Sustentadas directamente sobre estos núcleos y de manera indirecta sobre la población rural entera, se desarrollaron las ciudades. Unas disfrutaron de rango provincial y otras de territorial, luego nacional. Lógicamente el progreso favoreció a los antiguos pueblos de españoles y, en Brasil, a los establecimientos equivalentes. Antes aceptamos a unos y a otros en la categoría de ciudades sólo en consideración a la escasez de legítimos centros urbanos, mas entonces la mayoría ostentaba ese título no ya nominalmente por gracia real, concedida por cierto con bastante liberalidad, sino que lo había ganado con pleno merecimiento. Eran éstas efectivamente ciudades por sus dimensiones y por la creciente especialización de los grupos sociales y de las funciones desempeñadas.

Dentro de una tónica general, es obvio que el destino de cada una siguió rumbos diferentes. Hubo algunas que decayeron como, por ejemplo, Potosí que, casi en tres cuartos de siglo, siguió menguando hasta contar solamente con 22.622 habitantes en 1779. Es el caso de un centro minero en decadencia. En realidad situaciones como ésta no fueron muy frecuentes. Otras ciudades permanecieron estacionarias o ganaron muy poco. Así ocurrió en la propia capital del virreinato del Perú. De las 52.627 habitantes computados en 1791 a los 56.284 que fueron inscriptos en Lima en el recuento del virrey Abascal en 1813, la progresión fue lentísima. En las demás solió ser rápida. La ciudad de México creció un 48 por ciento en 30 años. De los 112.926 habitantes del censo de Revilla Gigedo de 1790 pasó, en 1820, a los 168.846 consignados por Humboldt. La Habana por su parte experimentó una subida todavía más fuerte, parecida a las de Caracas y Buenos Aires. De los 51.307 habitantes registrados en el censo de Las Casas (1791) alcanzó a tener 84.075 en 1817. Caracas, de 24.187 en 1772 saltó a unos 42.000 en números redondos en 1812, no obstante las pérdidas considerables ocasionadas por el terremoto de ese año. La capital del Plata, de 24.363, bajo Vértiz (1778), alcanzó en el censo mandado levantar por Rivadavia en 1822 los 55.416 habitantes. Medido año por año el incremento de Buenos Aires resultó mayor que el de Caracas y La Habana. Es curioso, sin embargo, que mientras que Caracas aceleró con el tiempo su crecimiento, ya que de 1759 a 1772 aumentó de 18.986 a 24.187 habitantes, es decir algo más despacio que durante el período consecutivo, Buenos Aires se anotó una velocidad bastante pareja, algo más rápida antes que después de su erección a capital del virreinato. En efecto, de 1750 a 1778 la población aumentó de 13.840 a 24.363 habitantes, o sea un 75 por ciento en 28 años contra el 110 en los 44 siguientes. Buenos Aires, Caracas y La Habana, las tres cara al Atlántico, eran cada una cabecera mercantil de zonas exportadoras en ascenso. Esta característica común demuestra, pues, que la integración dentro de las corrientes comerciales mundiales fue el factor principal del desarrollo de las ciudades y no la expansión del sector de autoconsumo.

En la cúspide de la escala figuraron México, Río de Janeiro (135.000 habts. en 1820, según Humboldt) y La Habana; en un peldaño inferior Lima, Buenos Aires, Caracas y Santiago de Chile (alrededor de 40.000 habitantes), además de alguna otra. En tercer término aparecen situadas ciudades como Quito (28.451 hbts. en 1778) y Potosí y, luego, las capitales de provincias de las que a simple título de ejemplo citaremos San Salvador (12.054 hbts. en 1807) o Córdoba (10.587 en 1813).

LA DESCOMPOSICION DEL MARCO TRADICIONAL

A mediados del siglo pasado, en unos países más temprano que en otros, culminó la fase de ajuste interno consecutivo a la emancipación. Las repúblicas hispanoamericanas superaron entonces las convulsiones políticas y territoriales de los primeros años de su vida independiente y, a pesar de que las agitaciones no faltaron después, entraron en una fase más constructiva de su organización institucional y administrativa. Intentos como la Gran Colombia y la Federación centroamericana habían fracasado dando paso a una multiplicidad de Estados. En otras partes, Bolivia, Paraguay y Uruguay habían logrado desgajarse del primitivo territorio rioplatense en tanto que México había sido amputado de Texas, Nuevo México y la Alta California. El fraccionamiento territorial había pues culminado a la sazón y, mayormente, las nuevas naciones habían quedado reducidas a sus límites actuales.

Fijadas las fronteras y renovada la administración pública, los Estados estuvieron en condiciones de aplicarse a la recolección de datos con una finalidad eminentemente práctica. Además de la riqueza necesitaban conocer la población del país. Comenzáronse, pues, a levantar los primeros censos nacionales. Entre los años 1860 y 1880, Uruguay, Costa Rica, Argentina, Guatemala, Brasil, Venezuela, Perú y Honduras —por orden cronológico— confeccionaron sus primeros censos de alcance nacional. Chile y Colombia, que habían inaugurado antes esa práctica, no dejaron pasar la ocasión para efectuar por su parte algún otro entonces. Otro tanto hicieron, en situaciones distintas, Cuba y Puerto

Rico. Por consiguiente, la mayor parte del continente entró en esa época, por lo que a demografía se refiere, en la era estadística. La implantación, algunos decenios después, del Registro Civil, completó el cuadro de información básica de aquellas repúblicas en la materia.

Por desgracia la iniciativa no fue general. Algunas naciones esperaron hasta principios del siglo actual para comenzar la recopilación regular de estadísticas; otras pocas se demoraron incluso hasta mediados, hace apenas más de tres lustros. No obstante los retrasos, las imperfecciones propias de la inexperiencia y el excesivo espaciamiento de los censos, adviértese una mejoría relativa, aunque apreciable, en la información demográdica disponible.

Organización interna y apertura hacia el exterior anduvieron a un tiempo. Para lograr los objetivos de progreso interno las propias fuerzas no parecían bastar y la apertura necesitaba a su vez encontrar una base propicia en el orden interno. En la medida que trajo prosperidad a corto y medio plazo, ésta contribuyó por su parte a afianzar esa organización. En esa época se dio pues un juego de influencias recíprocas que apuntaban en la misma dirección. Esta circunstancia correspondía por lo demás perfectamente con la coyuntura internacional. La expansión de los países más industrializados se hizo sobre la base de la integración de las áreas periféricas a sus economías en calidad de proveedoras de materias primas y de mercados para los productos manufacturados. América latina se contó como una de ellas. Por el mismo conducto se transmitieron también a esa región parte de los cambios introducidos en el orden demográfico por la revolución industrial aunque manteniéndose en ella una estructura socioeconómica muy distinta de la de las naciones más desarrolladas. Esta fue precisamente la situación contradictoria que le tocó vivir a la región, y que en buena parte arrastra todavía en la actualidad, aun cuando haya sido bien lógica dentro del tipo de relación establecido.

La integración y consolidación institucional y territorial paradójicamente vino acompañada por una descomposición del orden tradicional en el campo de la

demografía. La irrupción masiva de europeos principalmente no sólo modificó la composición étnica triangular —ibéricos, indígenas y africanos—, sino que permitió la conquista de espacios hasta ese momento libres (gran parte de la Pampa y la Patagonia), aceleró el ascenso demográfico del litoral atlántico e impulsó con velocidad procesos como el de la urbanización a la cual América latina era de por sí bastante propensa. También debieron desempeñar algún papel, aún no esclarecido, sobre la modificación de las pautas de comportamiento vital. Quizás haya que atribuirlo a las condiciones socioculturales diferenciales en que vivían los inmigrantes en comparación con la gran masa americana, mas, si acaso, hubo de influir en los ámbitos limitados en que prevalecían éstos. Las pautas se modificaron más bien a instancias de los cambios ocurridos en los modos de vida sobre los que influyeron la elevación de los ingresos, así como causas exógenas: la asimilación de los progresos sanitarios y edilicios realizados en otras partes.

Además de la inmigración y de la alteración de las pautas vitales, uno de los factores que más contribuyó al cambio en este orden de cosas fue el desarrollo de los medios de transporte. El tendido de los ferrocarriles a fines del siglo XIX configuró la primera etapa. El ferrocarril abrió una brecha profunda en el aislamiento de las regiones. La intercomunicación se aceleró. Comarcas condenadas a la autosuficiencia encontraron facilidades para colocar sus productos fuera de ellas, aunque en reciprocidad hubieron de sacrificar sus artesanías no siempre en aras de las manufacturas nacionales, o mejor dicho por lo general a las extranjeras. Las regiones se especializaron de acuerdo con sus rendimientos y la facilidad de aprovisionamiento tendió a borrar de las más aptas el sector agropecuario de subsistencia. Hasta donde alcanzaban las líneas, el ferrocarril invitaba a un profundo reordenamiento de la vida rural. El nivel de actividad de las zonas productoras especializadas se elevó y considerables contingentes procedentes de otros lugares del continente y del exterior fueron atraídos hacia ellas. Por este conducto el ferrocarril estimuló pues la movilidad espacial de la población. En realidad polarizó las corrientes hacia de-

terminados puntos. La vía férrea también hizo rentables muchos yacimientos y, por ende, llevó a ellos ocupación y hombres.

Si se observa un mapa ferroviario de América latina, se comprenderá que la repercusión de este medio de transporte hubo de ser, empero, limitada. Salvo en el Altiplano mexicano y sobre todo en el Río de la Plata, donde las vías entran sin dificultad en el interior, el resto son ferrocarriles costeros de escasa penetración. Muchas zonas se conservaron por lo tanto intactas y no sintieron los efectos de la revolución de los transportes hasta no hace mucho cuando la carretera llegó a ellas y el más versátil motor de explosión empezó a surcarlas regularmente. El automóvil o el camión llevaron consigo innegable beneficios económicos y sanitarios, a las comarcas más apartadas, pero también expectativas por condiciones de vida propias de la sociedad urbana. No estaría de más considerar el grado en que la revolución demográfica contemporánea está relacionado en la región con esta innovación tecnológica. Por lo que respecta a las actuales migraciones internas, el efecto del deslumbramiento parece indudable.

A continuación se publica el cuadro del posible número de habitantes de cada una de las repúblicas hispanoamericanas y del Brasil en las tres fechas indicadas: 1850, 1900 y 1950. Lo damos a conocer, como siempre, a título indicativo, sin responder de la exactitud de los cómputos. Los de la primera columna suelen ser aproximaciones muy redondeadas; la segunda columna está compuesta por lo general mediante cálculos regresivos efectuados por el Centro Latinoamericano de Demografía de Santiago de Chile (CELADE). Se exceptúan Brasil, México, Bolivia, Cuba y Puerto Rico que cuentan con datos censales de ese año o del anterior. En cinco de los países de menores dimensiones se han tomado, a falta de otros, los cómputos correspondientes a 1920. Por esta razón el total general de 1900 se halla decididamente peraltado. Las cifras de 1950 son naturalmente las más dignas de fe. En ese año la mayor parte de los países levantaron un censo de población y, los que no, lo hicieron en torno de esa fecha. Después de 1778 es el primer año para el que hay una información tan generalizada para toda

Hispanoamérica. En el cuadro hemos respetado la agrupación de los países en subregiones propuesta por Miró (1965).

COMPUTOS DE LA POBLACION IBEROAMERICANA
(en miles)

Naciones	*1850*	*1900*	*1950*
América Central Continental			
México	7.662	13.607	25.826
Guatemala	850*	1.450*	2.805
El Salvador	394	1.168*	1.868
Honduras	350	443	1.428
Nicaragua	300	448	1.060
Costa Rica	125	285	801
Panamá **	—	—	797
Caribe			
Cuba	1.186	1.573	5.508
Puerto Rico	400	953	2.218
República Dominicana	200	1.140*	2.243
América del Sur Tropical			
Brasil	8.000***	17.318	52.328
Colombia	2.243	4.148	11.679
Perú	1.888	3.791	8.036
Venezuela	1.490	2.344	5.004
Ecuador	816	1.930*	3.277
Bolivia	1.373	1.696	3.013
América del Sur Templada			
Argentina	1.100	4.743	17.189
Chile	1.287	2.904	6.073
Uruguay	132	809	2.195
Paraguay	800	699*	1.397
Totales	30.596	61.449	154.752

Fuentes: 1850: Barón Castro (1945); 1900 y 1950: Miró (1965).
* Estimaciones hechas por las Naciones Unidas para 1920, según Miró.
** Los cómputos de 1850 y 1900 van incluidos en Colombia.
*** Cruda aproximación.

Comparados los totales de 1900 con los de 1850 y los de 1950 con los de 1900, resalta a simple vista que, durante el primer período, la población de Amé-

rica latina casi duplicó su volumen, en tanto que casi lo triplicó durante el segundo. De 1850 a 1900, la tasa de crecimiento de la región fue del 1,2 por ciento anual, mucho más moderada que la actual que es bastante más del doble. De cualquier modo no es despreciable si se la compara con las de épocas anteriores. El incremento demográfico se produjo en forma desigual según países y zonas.

De todas las subregiones, la más favorecida fue, como era de esperar, la América del Sur templada. Uruguay y Argentina dieron un verdadero salto hacia adelante. El primer país sextuplicó el número de sus habitantes, mientras que Argentina los cuadruplicó y Chile los duplicó con creces. Este desarrollo explosivo está vinculado con la inmigración masiva que acudió de preferencia a esas naciones y a Brasil. De la América del Sur tropical fue efectivamente Brasil el país que se comportó en este punto de manera parecida a Chile. Del resto, Colombia superó el ritmo general de la región, mientras que Venezuela, Ecuador y Perú se quedaron rezagados. Bolivia creció francamente despacio (tasa 0,4 por ciento anual). El área del Altiplano peruano-boliviano parece haber constituido una zona de escasa presión demográfica. Sumergida por la gravitación en el total de la gran masa de la población mexicana, la subregión central continental se elevó a una tasa del 1,1 por ciento anual impresa por ese país, muy aproximada a la de toda América latina, a pesar de las notables excepciones. Costa Rica exhibió ya una tasa fuerte (1,5), mientras que Honduras una particularmente baja (0,4).

Pasemos por alto los guarismos nada seguros atribuidos a Puerto Rico y la República Dominicana para detenernos en Cuba. Allí el incremento estuvo muy por debajo del común a causa de las dos guerras devastadoras que padeció. La relación con estos acontecimientos está muy clara. Según J. Le Riverend (Guerra y Sánchez, 1952), la tasa de crecimiento anual que en el período intercensal 1841-1861 fue del 1,9 por ciento, o sea inferior según hemos dicho antes a la de 1827-1841, cayó bruscamente al 0,5 entre 1861 y 1877. Es sabido que la guerra de los Diez Años domina casi por entero la escena de ese lapso. Luego, durante el

intervalo siguiente, 1877-1887, la tasa repuntó tres décimos (0,8 por ciento) aprovechando el alivio proporcionado por la restauración de la paz. En las postrimerías del régimen colonial, durante el período intercensal que va de 1887 a 1899, y por lo tanto, comprende la segunda guerra de la Independencia (1895-1898), la tasa se derrumbó hasta el extremo de tomar un signo negativo. La registrada fue de -0,3 por ciento y la disminución en términos absolutos del orden de las 59.842 personas. Las pérdidas fueron en realidad superiores, por cuanto la caída se produjo desde niveles más altos que los de 1887, ya que entre esa fecha y 1895 las condiciones mejoraron y la población había seguido subiendo hasta la víspera del conflicto. Le Riverend estima las pérdidas en unas 200.000 vidas incluidas las bajas en acciones militares y las producidas a consecuencia de las malas condiciones imperantes en los "reconcentrados" ideados por el general Weyler y, a su modo, precursores de las aldeas concentradas de Argelia y del Vietnam.

A fin de apreciar debidamente los efectos demográficos de la guerra de Cuba, no estaría de más tomar en consideración la tasa de natalidad bajísima que padeció la isla durante el conflicto. De 1896 a 1899, la tasa fue año por año de 12,1, 8,9, 5,7 y 6,1 por mil respectivamente. No es pues de extrañar que, al terminar la lucha, la población infantil que arrojó el censo de 1899, fuera tan sólo un 8,32 por ciento del total, más o menos la mitad de la proporción que corresponde a una población de aspecto juvenil. La República hubiera padecido las consecuencias de la pérdida de esa generación a no ser por la Ley de Inmigración y Colonización de 1906 que abrió las puertas a los extranjeros. Los españoles acudieron en masa compensando con creces las repatriaciones producidas después de la paz de París y restableciendo a otro nivel la influencia peninsular en la isla.

El caso del Paraguay fue más lejos todavía. No sólo no aumentó entre 1850 y 1920, sino que contó al final con un volumen menor. A medio siglo de distancia del fin de las hostilidades, en 1920, Paraguay no se había repuesto aún de las pérdidas devastadoras provocadas por la guerra de la Triple Alianza. Es probable que

esa contienda, unida a los estragos que el cólera sembró entre los beligerantes, haya consumido más de dos tercios de la población paraguaya. Fue notoria la desaparición de la cohorte masculina adulta.

El tercer episodio violento que convulsionó a la sazón la demografía de una nación entera fue la revolución mexicana de la segunda década de nuestro siglo. La comparación de los totales del censo de 1921 con el del Centenario (1910) traslucen la gravedad de los hechos: contra el alza constante registrada hasta ese momento, la población mexicana sufrió de uno a otro censo una inflexión: de 15,1 millones bajó a 14,8 (Loyo, 1963). Junto con los efectos de la lucha social, sintiéronse los de la terrible influenza que asoló al país así como a otras partes del mundo. Sería de desear un estudio que fuera más allá de este tosco cotejo de cómputos globales y que lograra distinguir la gravitación de cada uno de los factores de la letalidad al tiempo que su incidencia región por región.

Hemos mencionado al pasar las catástrofes producidas por el cólera y la influenza, enfermedades que, junto con la fiebre amarilla fueron los mayores flagelos de la época. Detengámonos un momento sobre ellas.

Ninguna de las tres enfermedades fue privativa de América sino que, por el contrario, tuvieron el carácter de pandemias multicontinentales. El nombre alterno del cólera, morbo asiático, es suficientemente revelador de su procedencia. El cólera se hallaba en estado de endemia en Bengala. Allí solían originarse los brotes que luego se propagaban por toda la India y Asia meridional, alcanzaban por la vía del Mar Rojo Egipto y tomaban una ruta también marítima bien conocida hasta las costas del continente europeo. A partir de los puertos ganaban después el interior de los países y, principalmente de los mediterráneos, repartían hacia América donde llegaban cuatro o cinco años después de su estallido en el delta del Ganges. La cronología de los brotes más mortíferos (1867, 1884 y 1895) denota asimismo su origen. Dos años antes el morbo había azotado a Europa. En consecuencia, la profilaxis más elemental exigió la vigilancia de los buques entrados en puerto y el establecimiento de cuarentenas rígidas ante la menor sospecha.

En razón del periplo marítimo que seguía el morbo, los puertos americanos fueron los primeros lugares más afectados por el cólera. El aislamiento relativo y las distancias conspiraban contra su difusión en profundidad por el continente. No por eso dejó, sin embargo, de penetrar en él en busca principalmente de los centros urbanos. El cólera nunca llegó a instalarse de modo permanente en una comarca que, constituida en foco de infección, derramara la pestilencia por toda América: siempre dependió de su transmisión desde Europa. Lo inverso ocurrió con la fiebre amarilla.

Durante siglos, la fiebre amarilla se había manifestado en forma larvada en las costas tórridas y húmedas del Caribe, y de ahí se difundió hacia el norte y hacia el sur a las costas más templadas del continente, amén de cruzar el Atlántico en dirección de España y luego a otros puntos de Europa. Como demostró a fines del siglo pasado el médico cubano Finlay, el agente transmisor es el mosquito de la especie *Aedes aegypti* que sólo vive en medio de temperaturas elevadas. La fiebre se contagia asimismo de hombre a hombre, pero en este caso el período de exposición al riesgo es corto de manera que el aislamiento tiene un efecto eficaz. La lenta comunicación terrestre de otros tiempos y el régimen regulado del tráfico marítimo entre los dominios españoles y entre éstos y la metrópoli, así como la prohibición de comerciar con el extranjero, constituyeron una barrera natural contra la propagación de la pestilencia. Cádiz, detentador del monopolio comercial con Indias, pagó caro su privilegio: la fiebre amarilla lo visitó en 1705, 1730, 1733, 1744, 1753 y 1764 (Nadal, 1966). Decretada la libertad de comercio en el imperio español y acordada la facultad de tratar con las potencias neutrales, el azote entró en los demás puertos españoles y los de la costa este de Norteamérica. En Europa, se la tuvo por mucho tiempo por un mal andaluz. Con la intensificación del tráfico intercontinental después de la emancipación, la fiebre amarilla se extendió a puertos de Portugal, Francia e Italia hacia mediados del siglo XIX.

Por la misma época también, la fiebre amarilla alcanzó Río de Janeiro donde se instaló en forma endémica amenazando entorpecer el normal desenvolvimien-

to de la navegación entre el cono sur y el hemisferio norte. De Río se extendió primero a Montevideo (1857) y en seguida a Buenos Aires. El ataque más grave que sufrió esta ciudad fue en 1871 cuando la epidemia se cobró en cuatro meses unas 13.600 personas, es decir el 7 por ciento de los residentes en ella. Dos años después asoló Chile. Mejor conocida la etiología del mal, la severa vigilancia sanitaria internacional y la acción de las autoridades locales acabaron con las epidemias a comienzos de este siglo. Más difícil resultaría eliminar las manifestaciones endémicas en el área del Caribe. Brotes esporádicos han seguido apareciendo allí hasta hace pocos lustros.

Tanto el cólera como la fiebre amarilla fueron infecciones primordialmente urbanas y con preferencia por los puertos del litoral marítimo. El cólera logró extenderse por zonas urbanas, pero lógicamente se ensañó más con las ciudades donde la intrusión encontraba mayor aglomeración de gente. Por residir en el foco de infección, en los trópicos la población rural estuvo continuamente expuesta a la fiebre amarilla, mientras que en las regiones templadas a las que se extendió, al depender en cambio de su introducción por vía marítima, el interior no corrió igual peligro.

Sin que esto suponga menosprecio por la gravedad de aquellas epidemias desde nuestra confortable situación actual, lo cierto es que en virtud de su corto alcance los efectos demográficos fueron menores de lo que correspondería a la huella que dejaron en el ánimo de la gente de entonces. Los habitantes de las ciudades siempre han tenido mejores oportunidades de legar el testimonio de sus temores o sobresaltos. Diluidas las víctimas de las epidemias, por fortuna bastante esporádicas, en el total de la población de un país, éstas no alcanzan nunca proporciones muy importantes. En cambio, las que cobraban calladamente año tras año gran cantidad de vidas jóvenes eran las infecciones de disentería, sarampión, escarlatina, viruela, tuberculosis, fiebre tifoidea, etc.... Rara vez daban pie a que se las clasificara como epidemias, limitándose si acaso a brotar con algo más de virulencia que de ordinario. Estas enfermedades contagiosas afectaban a todo el territorio nacional y quizá más a las zonas rurales don-

de las condiciones de higiene solían ser más deficitarias. A ellas hay que agregar la incidencia de males no infecciosos, en particular los derivados de la desnutrición que, entonces más que ahora, padecían grandes zonas. Las hambres excepcionales fueron a veces más terribles que las propias epidemias.

He aquí pues el cuadro de la mortalidad de la época. Que ésta siguió siendo elevada hasta hace poco en términos de toda la región, lo demuestra el hecho de que, obtenida la victoria sobre ella, se produjo la explosión demográfica que estamos viviendo. La baja de la mortalidad es el factor desencadenante principal de la revolución demográfica contemporánea. Esta es reciente, pero se anunciaba antes con carácter precursor en algunos puntos. Las ciudades fueron las primeras en tener éxito en combatir a las enfermedades y a la consiguiente mortalidad. Una tras otra, al doblar el siglo, las urbes latinoamericanas construyeron sus redes cloacales y de agua corriente. Las mejoras edilicias fomentaron la salubridad general, gracias a lo cual la mortalidad urbana descendió mientras que la supervivencia de párvulos aumentó.

En América latina, hubo además un área que por características sociales y económicas muy particulares, nada comunes en el resto de la región, representó un papel piloto. Abrió una senda por la que transitarían luego otras. Primero contrajo la mortalidad y, al cabo de un tiempo, como suele ocurrir, empezó a decaer su fecundidad. Esta caída fue notoria ya en la segunda década de nuestro siglo. El área tendía a comportarse a semejanza de los países europeos, algunos de los cuales ya habían completado su evolución y otros, como las penínsulas mediterráneas, estaban bregando por acortar las distancias que los separaban de los más desarrollados. En ese momento, el área mostraba mayor inclinación hacia Europa que hacia el resto del continente. En efecto, por un lado en el orden económico, el país del Viejo Mundo más industrializado absorbía entonces la mayor parte de la producción agropecuaria, la que constituía la base de su prosperidad, mientras que por el otro de la península le vino la masa de población que necesitaba para su crecimiento. No es, pues, de extrañar que las pautas modernizadoras se di-

fundieran antes allí que en otras partes de América latina fuera de las ciudades. El lector ha adivinado que nos referimos a la cuenca del Plata, en concreto al Uruguay, a la provincia de Buenos Aires y a franjas de otras provincias argentinas lindantes con ella. Allí la mortalidad, y luego la natalidad, se contrajeron relativamente pronto a la mitad de lo que eran en casi todos los países latinoamericanos. A nivel nacional las tasas del Uruguay fueron las más bajas, pues el peso de las provincias atrasadas del interior gravaba aún bastante los promedios de la Argentina.

En punto a comportamiento vital, la descomposición de las pautas tradicionales se focalizó en dos formas: a escala regional, en el área del Plata y, en cada una de las naciones, en torno de las capitales.

Durante este período, en el proceso de urbanización se acentuaron características anteriores que sirvieron de base para el desarrollo futuro de las ciudades.

Básicamente el crecimiento urbano estuvo centrado en las ciudades capitales y alguno que otro centro urbano. Río de Janeiro tenía en 1890 una población estimada en 700.000 habitantes. En ese momento era la ciudad más importante de América. En 1940 su población se había más que duplicado. Buenos Aires, la segunda ciudad de América en importancia en 1890, creció más rápido que Río, a la que superó. Buenos Aires pasó a tener más de dos millones hacia 1940. Santiago pasó, en el mismo lapso, de 280.000 a los 696.000 habitantes. México de 575.000 a casi un millón y medio en 1940.

En cuanto a otras capitales menores también crecieron con un ritmo muy elevado. Por ejemplo, San Salvador de 20.000 habitantes llegó en 1930 a los 89.000. Tegucigalpa pasó de los 12.000 a los 47.000 habitantes en 1940.

También se desarrollaron centros urbanos secundarios al margen de las capitales de cada país. São Paulo es el ejemplo siempre citado de la típica ciudad "hongo", crecida de la noche a la mañana. En 1890 apenas sobrepasaba los 100.000 habitantes y hacia la década de 1930 superó el millón de habitantes. En un nivel inferior se sitúa lo ocurrido en la Argentina con la ciudad de Rosario entre 1880 y 1914. Mencionaremos

además Bahía y Pernambuco que hacia 1890 tenían poblaciones del orden de los 200.000 y 190.000 respectivamente, Valparaíso con 200.000, Medellín 37.000, Guayaquil 45.000, Córdoba 65.000, Puebla 110.000, Guadalajara 95.000, San Luis de Potosí 63.000, Zacatecas 60.000, León 25.000, Santa Ana (El Salvador) 30.000 y Paisandú 25.000.

Esta lista indica que a fines del siglo XIX se habían consolidado ya varios centros urbanos de importancia aparte de las capitales. El papel de estos núcleos era servir de centros de comercialización interna y exterior. Una gran parte eran puertos abiertos al exterior; su movimiento y su vida interna dependían de los circuitos de comercio y de su mayor o menor contacto con el mercado mundial. Puede afirmarse que en una etapa posterior sirvieron de estímulo para crear un mercado interno para las industrias locales. En este sentido la urbanización fue un proceso anterior a la industrialización y uno de los estímulos más importantes.

La inmigración masiva

En este dilatado período, las migraciones internacionales signaron algunas regiones de América y promovieron cambios profundos que habrían de proyectarse en el desarrollo futuro.

Si bien el proceso se inició alrededor de la mitad del siglo XIX, adquiere en la última década de este siglo y en la primera del siguiente un ritmo inusitado, ritmo que se mantiene sostenido hasta la crisis mundial de 1929-30. La cuenca del Plata, la costa y el sur de Brasil, y en menor medida, Chile y más tarde Cuba y México, fueron durante este período los lugares de destino obligado de esa inmensa masa de trabajadores, en su mayor parte europeos, que veían en estas tierras un futuro promisorio, difícilmente alcanzable en sus propios países.

Europa, que con su revolución industrial, tecnológica y cultural había convulsionado el mundo entero, arrastraba también sus propias frustraciones. Si durante siglos la población europea se había movido al ritmo que los excedentes agrícolas de una economía semice-

rrada permitía, y se halló por ende expuesta a enfermedades, pestes y plagas que diezmaban poblaciones enteras, las nuevas condiciones técnicas, científicas, sanitarias y culturales abrieron las compuertas que permitieron a una marea humana llenar las ciudades y los campos en busca de oportunidades ancestralmente nunca conseguidas. Las poblaciones de Gran Bretaña, Francia, Alemania y Países Bajos se duplicaron y hasta triplicaron en pocos años. La vida promedio de los individuos a partir de una dieta más adecuada y de las mejoras sanitarias también se alargó. Sin embargo, la industria, el comercio y el campo dejaron de crecer con la misma rapidez que la población. En el mercado de trabajo cada día aumentaban los brazos, no así las oportunidades. Dentro del progreso que significaba la revolución capitalista mundial, se fermentaba su propia corrosión: la industrialización y el desarrollo tecnológico de la agricultura creaban verdaderos ejércitos de desocupados y desarraigados.

Sin embargo, allende el mar, nuevos continentes despoblados y escasamente desarrollados cobraban nueva vida al ritmo impreso por la propia economía capitalista de la metrópoli. Así, los Estados Unidos, que se habían independizado de Gran Bretaña, habían iniciado un desarrollo económico vertiginoso y, a partir de la segunda década del siglo XIX, comenzaron a absorber gran parte de esa masa que Europa no podía retener.

Característico de las primeras oleadas de migrantes que se dirigieron a los Estados Unidos, fue su estructura étnica: más de 180 % de los migrantes europeos que llegaron a Estados Unidos entre 1820 y 1860 eran de origen irlandés, alemán e inglés.

No era, sin embargo, la tan mentada "afinidad étnico-cultural" la que canalizaba el movimiento. Las raíces deben buscarse en el desarrollo capitalista dentro del propio territorio de los Estados Unidos. Por otro lado, la masa migrante pertenecía a países en los cuales el desarrollo industrial había alcanzado un nivel considerable, pero no había penetrado con la misma profundidad en todos los sectores sociales. También generaron el desplazamiento de grandes masas campesinas las crisis agrícolas tales como la de Irlanda hacia 1846-1847,

conocida como la "hambruna de la patata", y la crisis agrícola del sudoeste alemán en el año 1848. Ambas, empujaron un alud de migrantes hacia los Estados Unidos.

Fundamentalmente, en razón del desarrollo norteamericano y de la ausencia de consolidación de las naciones luso-hispanoamericanas, así como el caos económico social que suscitó en ellas la lucha por la independencia, América latina no fue receptora de estos contingentes de origen germano y anglosajón. Sólo hubo una pequeña desviación a esta regla; son los casos de Brasil, Argentina y en menor medida Chile, que acogieron antes de 1850 a inmigrantes alemanes, irlandeses y suizos.

El mayor contingente inmigratorio de ese origen lo recibió el Brasil. Entre los años 1824 y 1859, acogió unos 20.000 alemanes que se dirigieron hacia el Sur a las zonas de Santa Catalina, Río Grande y Paraná. La mayoría de estos elementos se integraron dentro de la sociedad receptora y se mezclaron con los individuos nativos. En el censo de 1940, pudo comprobarse que un sexto de la población de Río Grande llevaba en sus venas sangre de estos colonizadores, el 40 % en Santa Catalina y el 12,6 % en Paraná, (Ramos, 1944). En Chile, fue propósito deliberado del gobierno practicar una política de colonización con elementos de las zonas más desarrolladas de Europa. Los intentos realizados dejaron como saldo un total de 1.800 alemanes que arribaron entre 1850 y 1870. Estos migrantes colonizaron zonas cercanas a Valdivia, La Unión y Osorno y fundaron la ciudad de Puerto Montt.

Durante esta etapa, también fue intención deliberada del gobierno de la Confederación argentina atraer individuos de los países mencionados. Fruto de esta política fueron algunas colonias agrícolas en las provincias de Santa Fe y Entre Ríos. La mayoría de estos contingentes que no sobrepasaban los 3.000 individuos, eran de origen suizo, alemán y francés; la mitad de ellos se radicaron en la colonia Esperanza de la provincia de Santa Fe. Asimismo, un contingente de irlandeses que no sobrepasaban el millar, se radicaron en la provincia de Buenos Aires durante la década del cuarenta; su actividad principal fue la cría de ovejas que, en ese

momento, comenzaba a convertirse en una actividad remuneradora.

También se incluye en esta corriente migratoria la fundación de la colonia galesa de la Patagonia en el año 1865. La colonia se extendió por el bajo valle del río Chubut en torno de Trelew.

De cualquier manera, estos contingentes europeos de origen anglosajón y germánico no eran comparables ni en importancia numérica ni por el impacto producido en las sociedades de destino, con los que arribaron a los Estados Unidos. Dentro de este período prealuvional, prosiguió la migración forzada de negros esclavos del Africa, a la cual nos hemos referido anteriormente.

La mitad del siglo XIX marca un hito muy significativo en el desarrollo del capitalismo mundial. Gran Bretaña, después de haber desarrollado intensamente sus recursos internos, se volcó de manera decidida a conquistar mercados, a realizar inversiones y a dominar espacios geográficos y rutas marítimas. Esta acción de la principal fuente de irradiación del desarrollo industrial, comercial y tecnológico, también afectó lugares estratégicos en América latina. Sus lazos comerciales y financieros se hicieron más complejos, en especial en relación con países que, como Argentina, recibió de ella el impulso de su desarrollo. En la etapa anterior, los Estados Unidos habían sido principales beneficiarios del influjo industrial inglés. Ahora, les tocaba a los países más recientemente incorporados a la órbita de ese complejo sistema entrar a competir en el destino de ese "progreso".

En la distribución de derechos y obligaciones que obtenían como socios menores en el reparto, tocaba a los países de América latina nutrir con alimentos los estómagos de los obreros europeos y con materias primas las máquinas, fruto de la más avanzada tecnología, para luego consumir lo que unos y otros producían. Como el negocio florecía, los capitalistas obtenían pingües negocios y había lugar para que los beneficios fueran invertidos en los países que aún vivían en medio de lanzas y carretas. Las inversiones ferroviarias, en industrias extractivas, y las flotas fluviales facilitaron la explotación de estos países de acuerdo con las

potencialidades de cada región, ya fueran ganado, cereales, azúcar, café o frutas.

A impulso de estas innovaciones, se crearon condiciones para la formación de mercados de trabajo. Sin embargo, los países americanos más favorecidos por esta corriente estaban demasiado despoblados para satisfacer la demanda creada por las nuevas condiciones. Europa hubo de concurrir de nuevo no ya con sus capitales, o su potencialidad técnica y científica, sino con su aporte humano. Brotó entonces una nueva corriente migratoria, en verdad una marejada, pero de distintas características étnicas a las que colonizaron en un principio Estados Unidos y Canadá. Al igual que en ambos casos, el origen de la mayoría de los migrantes era rural.

Los países mediterráneos, España, Italia, Portugal y Grecia, así como los de Europa Oriental, afectados por el proceso de desarrollo capitalista interno mientras que sus zonas rurales quedaban expuestas a la competencia desatada por los menores costos de la agricultura norteamericana, tuvieron necesidad de expulsar un gran contingente de migrantes. Lo hicieron hacia Estados Unidos, pero esta vez también hacia Sudamérica. No es que Sudamérica ofreciera mayor afinidad étnico-cultural con la nueva corriente.

Simplemente, América latina ofrecía oportunidades casualmente cuando existían saldos migratorios de ese origen. Por otro lado, Estados Unidos, satisfechas sus necesidades de mano de obra más urgentes, se aprestaba a aplicar medidas cada vez más restrictivas y más selectivas a la inmigración.

Es así como los países más beneficiados por el proceso de inmigración fueron Argentina, Brasil, Uruguay, Cuba y, en menor medida, Chile y México. En Brasil, entre 1852 y 1860 ingresaron en calidad de inmigrantes 121.747 personas, de las cuales 68.918, más del 50 %, eran de origen portugués. Confrontada con la cifra de las tres décadas anteriores —17.056— nos muestra con toda elocuencia el dinamismo del nuevo proceso. (Bates, 1957).

La secuencia completa hasta el año 1930 figura en el cuadro que se expone a continuación:

ENTRADA DE INMIGRANTES AL BRASIL
1851-1930

Período	*Número de inmigrantes*
1851-1860	121.747
1861-1870	97.571
1871-1880	219.128
1881-1890	525.086
1891-1900	1.129.315
1901-1910	671.351
1911-1920	797.744
1921-1930	288.607

Fuente: Bates, 1957.

La tabla muestra un ritmo creciente cuyo zenit se sitúa en la década del 90 para languidecer elocuentemente al llegar la crisis mundial de 1929-1930. Una inmigración libre, aun cuando el cuadro incluya, quizás hasta 1888, algunos negros esclavos, vino a suplantar y suplementar la mano de obra servil. Para tener una idea del origen y la frecuencia de acceso de los inmigrantes obsérvese la tabla siguiente, que aunque no cubre el mismo período considerado en el cuadro anterior, sirve de cualquier manera a fines de ilustración:

INMIGRACION A BRASIL, CLASIFICADA DE ACUERDO CON EL PAIS DE ORIGEN, 1884-1939

País de origen	*Número*	*% sobre el total*
Italia	1.412.263	34,0
Portugal	1.204.394	29,0
España	581.718	14,0
Japón	185.799	4,5
Alemania (incluido Danzig)	170.815	4,1
Rusia (incluida Ucrania)	109.502	2,6
Austria	85.790	2,1
Turquía	78.455	1,9
Polonia	47.765	1,1
Otros	282.216	6,7
Total	4.158.717	100,0

Fuente: Unesco (1955).

Adviértase que al iniciarse el proceso masivo dominaba la inmigración de origen portugués, luego éste se invirtió a favor de una italianización creciente del elemento ingresado. Otro hecho notable es el volumen de la migración japonesa, la cual comenzó alrededor de 1908 y se incrementó paulatinamente hasta llegar a convertirse en algunos años en la más importante.

De cualquier manera la inmigración portuguesa fue la más constante durante todo el período frente a la italiana y española, mucho más propensas a llegar en grandes oleadas, pero en forma más irregular.

En cuanto a la inmigración alemana continuó también con un ritmo bastante parejo, aunque tuvo algunas vacilaciones debido más a impedimentos políticos interpuestos que a razones económicas o sociales. Las autoridades brasileñas consideraban en efecto que no se habían integrado lo suficiente a la sociedad local. Aproximadamente un 85 % del contingente total de origen alemán continuó dirigiéndose a los estados más australes, en especial Rio Grande do Sul, Santa Catarina y Paraná, donde predominaba cierto tipo de explotación agrícola, cerealera y hortícola, más o menos intensiva basada en la propiedad individual, cuyos tenedores eran en su inmensa mayoría de origen teutón.

Nótese la participación de otros grupos provenientes de países distintos de los considerados hasta aquí, tanto de Europa como del Cercano Oriente. Sus aportes, bastante importantes, se produjeron sobre todo después de la Primera Guerra Mundial, a raíz de los reajustes económicos, sociales y políticos que se verificaron en los años inmediatamente posteriores.

De la totalidad de los inmigrantes considerados en el cuadro anterior, casi el 60 % se dirigió al estado de São Paulo que a la sazón estaba convirtiéndose en el estado más importante del Brasil merced al impulso de sus inmensas plantaciones cafetaleras, a sus incipientes industrias y a su intenso intercambio comercial. El resto se dirigió casi exclusivamente a los estados sureños eminentemente agrícola-ganaderos y a la ciudad de Río de Janeiro, donde se estaba generando un desarrollo del sector "servicios", pero no sólo a ese sector sino también a las industrias.

En la cuenca del Plata, aunque Argentina recibió

el mayor volumen bruto y neto de inmigrantes, Uruguay absorbió un aporte muy significativo en relación con su población nativa, pues el país oriental entró, también, en la órbita de la expansión de la economía mundial, primero por sus lanas y más tarde por los cereales y la carne congelada y refrigerada. Estos productos tuvieron, en efecto, una fuerte salida a los puertos europeos y sirvieron a la expansión de una economía hasta entonces muy rudimentaria. Así Uruguay, transformado en un "polo de desarrollo", absorbió rápidamente mano de obra europea que no se incorporó a las zonas rurales sino que permaneció en Montevideo y sus alrededores.

Según Oddone (1966), hacia 1870 el país contaba con 420.000 habitantes, de los cuales 102.968 eran de origen extranjero, o sea casi el 25 %. De esta manera, aunque no se tengan secuencias completas de los migrantes arribados, la proporción de éstos ya entonces da una idea de cuán fuertes debieron ser los aportes en años anteriores. Algunas cifras para la misma época del censo y para años posteriores, permiten ver, también, la intensidad del proceso.

Entre 1867 y 1869, arribaron 54.683 personas, 54.616 entre 1870-1872, 43.394 entre 1873 y 1875 y a partir de esta fecha, disminuyó ostensiblemente como consecuencia de la crisis económica, para recuperarse en los últimos años de la década del setenta. En la siguiente, la inmigración continuó con mucha intensidad, mas la emigración o retorno también fue importante. Por ejemplo, los saldos migratorios entre 1880 y 1885 año por año fueron: 2.363, 1.997, 4.937, 5.007, 5.915 y 8.950, lo que muestra un aumento en el volumen aunque dentro de magnitudes relativamente pequeñas. Durante el trienio 1887-1889 el país recibe la cifra máxima de la década, 45.502 personas, saldo de los ingresados y salidos.

Luego de la crisis de 1890 y hasta 1892, según el mismo Oddone, se produjo un saldo negativo de 3.931 personas, y hasta fines de siglo el ciclo migratorio se mantuvo estacionario.

El comienzo del siglo actual sorprende al país con un aporte migratorio sostenido tal como puede observarse en el cuadro siguiente:

CRECIMIENTO MIGRATORIO DEL URUGUAY, 1901-1915

Años	*Cifras absolutas*	*Promedios quinquenales*	*Años*	*Cifras absolutas*	*Promedios quinquenales*
1901	9.224		1908	20.769	
1902	7.960		1909	20.084	
1903	9.880		1910	18.015	18.559
1904	3.652		1911	24.467	
1905	13.099	8.763	1912	25.928	
1906	14.263		1913	28.504	
1907	19.663		1914	13.134	
			1915	9.033	20.213

Relaciónese el volumen total y la población del país y se tendrá una idea aproximada de la magnitud del fenómeno. Si se compara en números absolutos el aporte migratorio al Uruguay con el del Brasil y Argentina, resulta muy inferior, y sin embargo, el impacto en su estructura tiene implicaciones semejantes al registrado en ambos países. En efecto, aun cuando Uruguay, así como Argentina y Brasil, vivieron el "choque" migratorio según las características propias de cada país, los tres presentan una similitud muy elocuente: la concentración en ciertas áreas, en especial urbanas y en las zonas de influencia de éstas. Así, fueron Montevideo y sus alrededores, el litoral argentino y la costa oriental y sudoriental brasileña, las zonas que acogieron el alud migratorio, y en una medida muy inferior al resto de los respectivos países. Continuando con el caso uruguayo, Oddone observa que según el censo de 1908, sobre una cantidad de 1.042.666 habitantes, 181.222 eran extranjeros, cifra que constituye un 18 % aproximadamente del total. La ciudad de Montevideo tenía entonces 309.231 habitantes, de los cuales más de la mitad eran extranjeros, o sea que más del 80 % de los no nativos se habían instalado en el conurbano de Montevideo.

En cuanto a la distribución por nacionalidades, los italianos constituían el grupo más numeroso con 62.537 inmigrantes, seguido por los españoles con 54.885. Luego de la Primera Guerra Mundial se produjo una enorme

afluencia de nuevos grupos humanos. Así es como una oleada de balcánicos, bálticos, sirios y armenios, "inscribe en el medio una nota de inusitada diversificación cultural y religiosa" (Oddone).

Si en el caso argentino habíamos notado una preocupación apasionada por planificar el poblamiento del "desierto pampeano" por parte de los hombres de la Organización Nacional, faltó en la *élite* dirigente la energía suficiente y la provisión de medios para alcanzar dichos fines en un plazo inmediato. A partir de la década del cincuenta el poblamiento aparecía como la cuestión fundamental. Sin embargo, los proyectos de colonización no contenían las seguridades necesarias para que el enorme alud migratorio, en su mayoría de origen campesino, alcanzara la propiedad de la tierra y las condiciones mínimas para desenvolverse. Las particulares condiciones en que se desarrolló el sistema de tenencia de tierra, no permitió en términos generales el acceso a la misma sino por la vía del arriendo o el empleo de peón o jornalero.

Con todo, gracias a sus posibilidades potenciales y reales, la pampa húmeda alcanzó a partir de la década del cincuenta un desarrollo inusitado. La cría de bovinos y ovinos, luego la siembra de cereales y por último el nuevo impulso dado por el frigorífico está en la base de éste junto con el crecimiento de los transportes transatlánticos y el ferroviario. Estos acercaron los puertos europeos y el comercio constituyó el vehículo esencial en ese proyecto expansivo.

Dadas las condiciones mínimas para la instalación de nuevos habitantes, el país comenzó a recibir un volumen creciente de inmigrantes no sólo de Europa sino también de otras latitudes. Las secuencias y frecuencias con que lo hicieron pueden verse en el cuadro siguiente, donde también quedan consignados los saldos migratorios como consecuencia de la entrada y salida de extranjeros. Estas cifras están sujetas a correcciones, pues es difícil establecer la calidad de "inmigrante" de cualquier persona no nativa que tuvo acceso a un país.

Obsérvese cómo el verdadero "despegue" del desarrollo migratorio se produce en la década del sesenta, momento que coincide con la expansión cercalera de la zona pampeana y que va a adquirir contornos excep-

INMIGRACION Y EMIGRACION
EN LA REPUBLICA ARGENTINA, 1857-1924

Período	*Inmigración*	*Emigración*	*Saldos*
1857-1860	20.000	8.900	11.100
1861-1870	159.570	82.976	76.594
1871-1880	260.885	175.763	85.122
1881-1890	841.122	203.455	637.667
1891-1900	648.326	328.444	319.882
1901-1910	1.764.103	643.881	1.120.222
1911-1920	1.504.919	935.825	269.094
1921-1924	582.351	183.546	398.805
Totales	5.481.276	2.562.790	2.918.486

Fuente: Beyhaut y otros.

cionales en las décadas siguientes. El proceso continuó con ritmo creciente para menguar con energía en los últimos años del período. En Europa la expansión económica redujo entonces la expulsión de elementos que en malas condiciones de subsistencia hubieran abandonado su territorio. Brasil recibió también menos inmigrantes, pero en el caso argentino se manifiesta además un fenómeno sumamente llamativo: la "devolución" creciente de extranjeros. La complejidad de las circunstancias causales hace difícil establecer un orden de las mismas. No obstante, diremos que las dificultades de acceso a la tierra que frustraron los anhelos del campesino ávido de tierras y la expansión cerealera en el marco de los latifundios, que sólo requerían una inmigración estacional, llamada "golondrina", ejercieron efectos negativos para la permanencia de extranjeros.

El inmigrante que no podía o simplemente no quería permanecer en calidad de arrendatario ingresaba como asalariado para la siega de la cosecha y regresaba a su país para realizar la misma tarea, aprovechando la inversión de las estaciones en Europa y América del Sur. A veces hasta entraban formando cuadrillas de segadores y agavilladores procedentes de una misma región o pueblo europeo y venían contratados por una estancia o pueblo. A éstos tampoco las ciudades solían ofrecerles total o alternativamente oportunidades y, por eso, regresaban a su país.

A pesar de esto, el impacto de la inmigración sobre la sociedad nativa tuvo repercusiones enormes para la estructura social y económica del país. La relación numérica entre población total y extranjeros puede observarse en el cuadro siguiente:

POBLACION TOTAL Y CANTIDAD DE EXTRANJEROS POR 100 HABITANTES

Años	*Población total*	*Extranjeros por 100 hab.*
1869 (I Censo)	1.737	12,1
1895 (II Censo)	3.955	25,5
1914 (III Censo)	7.885	30,3
1920 (Estimación)	8.754	24,0
1930 „	11.746	23,5

Fuente: Germani, 1966.

Esto muestra hasta qué punto contribuyeron al crecimiento demográfico del país. Por otra parte, como el mayor grupo de inmigrantes estaban en edades activas, concurrieron también a su expansión reproductiva.

Otro fenómeno característico es la aglomeración en el Litoral así como en las grandes ciudades del país (Rosario, Córdoba, Mendoza, Santa Fe) y en especial en el Gran Buenos Aires, donde se concentró entre el 40 y el 50 % de la población extranjera total establecida en el período.

Hecho altamente significativo es el volumen ampliamente mayoritario de los italianos, que desde los inicios del proceso hasta la década del 900 constituyeron más del 50 %. Su importancia menguó en relación con los españoles durante la década siguiente.

Resulta significativa la duplicación de los franceses entrados a partir de la década del sesenta lo que presumiblemente se vincula con el fracasado movimiento de la Comuna así como con la crisis que afectó entonces a la economía francesa.

También por razones políticas, aun cuando no haya que descartar otros motivos, se observa un aumento del sector ruso, a partir de la primera década del siglo. Lo mismo cabe decir de los turcos.

A finales del período se tiende a una mayor diversi-

PROPORCION DE INMIGRANTES ENTRADOS A LA ARGENTINA POR NACIONALIDADES, 1857-1924

Período	*ital.*	*españ.*	*franc.*	*rusos*	*turcos*	*otros*
1857-1860	61,77	16,85	5,52	0,60	—	15,26
1861-1870	71,04	14,28	5,25	0,26	—	9,17
1871-1880	58,28	17,07	12,54	0,16	0,26	11,69
1881-1890	58,72	18,88	11,16	0,49	0,42	10,33
1891-1900	65,66	20,31	3,95	2,69	1,79	5,60
1901-1910	45,63	36,99	1,96	4,22	3,78	7,42
1911-1920	28,83	48,89	2,09	4,71	4,87	10,61
1921-1924	45,15	30,40	0,99	0,92	2,68	19,86

Fuente: Beyhaut y otros.

ficación cultural indicada por el rubro "otros", que incluye británicos, holandeses, portugueses, polacos, yugoslavos, suizos, etcétera.

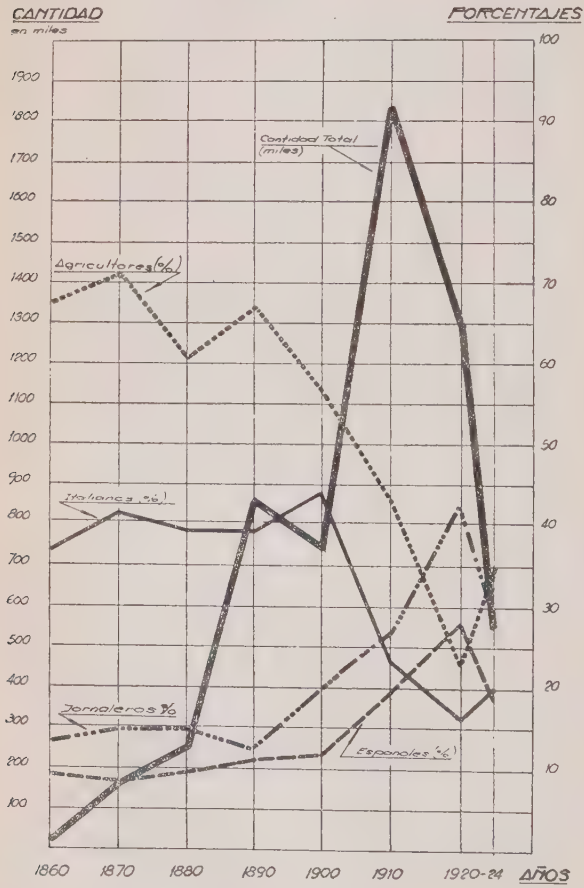
Volviendo a la inversión de la corriente predominante, que de italianos pasa a ser española, ésta ocurre cuando aumenta el volumen total de inmigración. Coincidentemente, la declaración de la profesión de los extranjeros se invierte también a favor de un número mayor de jornaleros (sin calificación) contra una proporción mayoritaria de agricultores al comienzo del proceso, según puede verse en el gráfico siguiente. Este fenómeno es explicado de la manera siguiente: "Las diferencias en la expansión y modernización de la agricultura en España e Italia, modernización que fue favorecida en este último país por el gobierno surgido del proceso de unidad política, determinaba la emigración en Europa de cierto tipo de población agrícola de las zonas de mayor atraso económico. Además, el comienzo de la expansión colonial de Italia ofreció mejores posibilidades de radicación a sus nacionales en las zonas de influencia. Esta situación, además de la participación italiana en la Primera Guerra Mundial, explicaría el mayor porcentaje de inmigrantes españoles en la época de la inmigración masiva..." (Beyhaut y otros, 1961).

En el vecino país de Chile, después de los primeros intentos colonizadores hacia la década del 80 comienza otra etapa de inmigración planificada por el Estado. Entre 1880 y 1891 arribaron al país unos 25.000 inmi-

INMIGRACION

TOTAL DE ULTRAMAR Y PROPORCION DE INMIGRANTES ENTRADOS POR NACIONALIDADES Y OFICIOS

FUENTE: Delhant y otros (1961)



grantes de muy variadas nacionalidades, preferentemente españoles, italianos, alemanes, suizos y franceses.

Estos grupos constituyeron un caso, bastante atípico, en América latina, de "inmigración dirigida porque si bien buena parte poblaron las ciudades, también colonizaron zonas inhóspitas hasta entonces de las provincias de Malleco, Cautín, Valdivia y Osorno. También, un grupo de colonizadores intentó con éxito establecerse en Chiloé. La crisis y revolución de 1891 puso fin a esta etapa que se reinició con nuevos bríos a partir de 1905, cuando el Congreso Nacional dispuso de créditos y facilidades. Si en la etapa anterior se fomentó el ingreso de agricultores con el objeto de crear una clase media campesina en los valles fértiles, luego se prefirieron obreros industriales calificados destinados a las industrias que entonces se estaban estableciendo. En el año 1910 se cierra esta política gubernamental y cesa también la entrada de extranjeros, que en un quinquenio habían alcanzado la suma de 22.000 aproximadamente. De aquí hasta la crisis de 1930 ingresaron al país poco más de 5.000 inmigrantes.

México representa más bien el caso de la mayoría de los países latinoamericanos no mencionados, o sea de población básicamente criolla. El censo de 1900 arrojaba unos 13 millones de personas de las cuales sólo 57.507 eran extranjeros. De éstos 16.278 eran españoles y 15.264 norteamericanos. La situación posterior no varió en lo sustancial; más bien el porcentaje de extranjeros tendió a disminuir como queda consignado en los censos de 1910, 1920 y 1930. Los españoles continuaron siendo el grupo extranjero más numeroso. Las cifras registradas por los censos mencionados son: 29.541, 26.675 y 47.239. Entre los años 1920 y 1944 el saldo migratorio neto arrojó la suma de 12.039, o sea menos de 1.000 unidades por año. Otro ejemplo de escasa inmigración europea lo ofrece, en Centroamérica, la República de El Salvador (Barón Castro, 1942).

Hemos dejado para el final el caso cubano, por la circunstancia de ser éste el último país independizado (1898) luego de casi cincuenta años de luchas por su liberación. Su larga sujeción a España hace que el movimiento de población entre ambos países tuviera características particulares. La medición de las migra-

ciones internacionales hasta su independencia resulta difícil por cuanto ciertos contingentes, como por ejemplo soldados españoles destinados a la isla, corresponden a una clase de relación demográfica particular entre metrópoli y colonia. El primer censo de la república registró un millón de cubanos blancos, medio millón de color y 157.055 extranjeros de los cuales 129.240 eran españoles.

El gobierno cubano promulgó en el año 1906 la Ley de Inmigración y Colonización que coadyuvó a consolidar el ingreso de extranjeros que entonces se estaba produciendo. No obstante el reciente enfrentamiento España reanudó en seguida una corriente migratoria muy intensa hacia la nueva república. El cuadro siguiente muestra la enorme afluencia extranjera y el neto predominio de los españoles, disputado únicamente por los antillanos –haitianos y jamaiquinos– y sólo superados en el quinquenio 1920-1924, que coincide, por otra parte, con una disminución notable de las personas desembarcadas.

EXTRANJEROS INGRESADOS A CUBA, 1902-1930

Años	*Españoles*	*Antillanos*	*Total*
1902-1904	61.153	856	73.028
1905-1909	148.147	4.839	173.945
1910-1914	142.921	8.892	184.131
1915-1919	147.092	84.550	262.822
1920-1924	224.540	136.136	224.540
1925-1929	54.826	74.920	164.080

Fuente: Informes Anuales de la Secretaría de Hacienda de la Rep. de Cuba.

Al no poder contar con los saldos netos, es difícil establecer con precisión si hubo un alto índice de radicación. Presumiblemente lo hubo, aun cuando no sería erróneo afirmar la existencia de un componente estacional. Ello sería congruente con la rápida expansión de la economía azucarera con posterioridad a la independencia, favorecida por una gran afluencia de capitales norteamericanos hacia ese sector. El aumento de la producción azucarera, entonces, no sólo favoreció el ingreso de una enorme cantidad de personas, sino tam-

bién la creación de una variante distinta de la "migración golondrina" de las zonas cerealeras.

Por último, hemos de mencionar un fenómeno migratorio de características excepcionales dentro de América latina: el aporte de chinos a Cuba, México y Perú.

Se considera que en Cuba en el año 1862 había 60.000 chinos aproximadamente, lo que configuraba un 4,4 % de la población total. Procedían en su mayoría de Shangai y Cantón. Eran reclutados en los puertos entre la parte más pobre de la población por empresas comerciales con destino a las plantaciones de caña de azúcar y café. En Perú, el fenómeno está mejor documentado. La introducción de chinos comenzó en 1854 cuando se abolió la esclavitud y se suprimió la contribución de indios, lo cual generó una crisis agrícola por falta de brazos. "Fue entonces cuando los agricultores pensaron en la mano de obra del Celeste Imperio. Se fletaron navíos que trajeron individuos de las capas sociales más bajas del pueblo chino, entre los que abundaban delincuentes y mendigos en los puertos"... "En la década de 1850 a 1860, llegaron al Perú unos 13.000 culíes y se calcula que murieron más de dos mil en las travesías. De 1860 a 1874, el número de chinos llegados se estima en 74.952 y en 7.677 el de los muertos en los viajes." (Beyhaut, 1964.) El aporte de chinos al Perú queda registrado en el censo de 1876 cuando conformaron el 1,9 % de la población total. La influencia cultural china se extendió a todos los niveles de la sociedad peruana. Los modismos y frases chinos incorporados al lenguaje usual de la población nativa lo demuestran.

IV

LA REVOLUCION DEMOGRAFICA

La determinación anterior de los ciclos de la población latinoamericana ha sido fundada en hechos estrictamente demográficos. Desde un punto de vista metodológico, esto significa separar en el tiempo fenómenos que tienen estructura y lógica comunes, sobre la base exclusiva de los movimientos de población y con prescindencia de otros contenidos históricos. El mismo criterio preside la formulación del nuevo período de que trata este capítulo.

Al ser la natalidad, la mortalidad y las migraciones, los tres factores básicos de la ecuación demográfica, cualquier modificación sustancial de uno de ellos repercute sobre los demás y sobre todo el organismo social. Por "modificación sustancial" entendemos un cambio en la intensidad y dirección de algunas de las tres variables, siempre que tienda a transformar el ritmo de crecimiento o de decrecimiento de la población anterior.

Pues bien, a nuestro modo de ver, hacia 1930 se produjo una verdadera ruptura, cuya consecuencia fue la presente revolución demográfica de América latina. En esta fecha coinciden dos fenómenos distintos, producidos en diferentes regiones de América latina y con distinta intensidad. Por un lado, un hecho de carácter exógeno: el efecto de las migraciones internacionales, cuyo aporte modificó sustancialmente el ritmo de cre-

cimiento de la población receptora. Y el otro de carácter endógeno: el descenso brusco de la mortalidad y el mantenimiento del ritmo de la natalidad.

Entonces se entrecruzan, pues, dos fenómenos que afectan a toda América latina y no sólo a una región particular. Las migraciones comienzan en fechas anteriores, mientras que el descenso de la mortalidad es un acontecimiento contemporáneo. El momento en que ambos se manifiestan con toda su intensidad supone el arranque de un nuevo proceso, que da lugar a un crecimiento ininterrumpido de un ritmo vertiginoso.

Consideramos toda el área participando de una serie de características étnicas, culturales, económicas e históricas —su pasado común—, que la hacen susceptible de tratarla como una región del Globo claramente diferenciable de otras regiones. No obstante el supuesto de que el área latinoamericana tiene una cierta homogeneidad etnocultural, desde el punto de vista demográfico su comportamiento no ha seguido el mismo cauce en todas las subregiones. Mientras el crecimiento acelerado de la región del Plata comenzó en la década de 1850 con la inmigración masiva, sus niveles de natalidad y mortalidad no empezaron a transformarse hasta fines del siglo XIX; en las demás áreas —cuyos aportes migratorios fueron relativamente escasos—, sólo cuando los niveles de mortalidad comenzaron a descender, sus poblaciones ostentaron un crecimiento veloz. Esto no nunca ocurrió hasta 1930. De cualquier manera, aun cuando operen fenómenos distintos en la base del crecimiento demográfico en cada región, la forma de manifestarse es sólo una: la revolución demográfica. Analizar sus elementos según ciertos diferenciales y sus comportamientos es el objeto de este capítulo.

La revolución sin duda se enlaza con hechos de carácter económico, social, científico y tecnológico. Sin embargo, lo importante y manifiesto es el aumento brusco del crecimiento de la población de los países de la región que llamaremos "irruptivo", para diferenciarlo del "gradualista" de los países europeos, producido a lo largo del proceso de industrialización.

Cuando es de carácter irruptivo, el proceso suele estar asociado a fenómenos exógenos, por ejemplo el uso intensivo de productos medicinales para controlar la

mortalidad a un bajo costo; en el caso gradualista el crecimiento está relacionado con condiciones internas y fundamentalmente con cambios en el potencial económico.

Confirma elocuentemente lo dicho, la comparación de las estadísticas de crecimiento de América latina con el resto del mundo. Durante el decenio 1920-1930, la tasa anual de crecimiento de la población latinoamericana era de 1,4 % y la del resto del mundo de 1,0 %. A partir de entonces, el ritmo de crecimiento aumentó y la tasa registrada, entre 1945 y 1959, ascendió nada menos que a un 2,5 % anual, con tendencia a crecer aún más.

En números globales la impresión resulta más fuerte. Se calcula que, en 1920, la población mundial era de 1.362 millones aproximadamente. De ella sólo 87 millones correspondían a América latina. Hacia 1960, la población mundial había aumentado en un poco menos del 70 por ciento, mientras que la de América latina había crecido en ese período en un 138 por ciento, o sea a más del doble. Mientras que, hacia 1900, la población había tardado casi cincuenta años en duplicarse, después de esa fecha requirió poco más de treinta años para lo mismo.

TASAS DE CRECIMIENTO DE LA POBLACION POR SUBREGIONES

Subregión	*Período*				
	1920-30	*1930-40*	*1940-50*	*1950-60*	*1960-65*
América latina total	1,8	1,9	2,2	2,7	2,8
América del Sur Tropical	1,8	2,0	2,3	2,9	2,9
América Central Continental	1,4	1,8	2,5	3,0	3,3
América del Sur Templada	2,4	1,7	1,8	2,0	1,9
Caribe	2,0	1,8	1,9	2,0	2,3

Fuente: Miró, 1965.

El crecimiento no ha sido parejo en cada una de las subregiones de América latina. Sólo en la década del 30, las tasas fueron bastante homogéneas, muy próximas unas y otras al promedio general. La desviación respecto de la media no sube a más del 0,2 % en ninguna subregión. En los demás períodos la diferencia fue, en cambio, mucho mayor. El cuadro siguiente pone de manifiesto los diferentes ritmos.

En la primera década es notable el fuerte ritmo de crecimiento de América del Sur templada, que supera en un 1,0 % a la América Central continental. Esta presenta, por cierto, la tasa de crecimiento más baja de todas. Sin lugar a duda, el impacto migratorio explica lo ocurrido en la primera subregión, no sólo por el aporte humano directo, sino por las derivaciones en el plano de la fecundidad.

El contraste tiende a emparejarse en el período siguiente, a consecuencia de un descenso del ritmo de la región templada y un aumento de las demás. En el período 1940-50, se observa el aumento brusco de la población de América Central continental, que pasa de tener el menor crecimiento en 1920-30, a gozar del mayor dos decenios después. Luego, se perfilan con nitidez dos niveles de crecimiento: uno comprende América del Sur tropical y América Central —con tasa de crecimiento casi igual— y el otro América del Sur templada y Caribe. La relativa igualdad dentro de cada uno de los niveles se rompió en el período siguiente, aunque se preservaron las mismas tendencias.

Veamos ahora el crecimiento de la población absoluta. Si volvemos a mirar el cuadro de la población total entre 1900 y 1950, se confirma el crecimiento muy rápido, casi violento, de todos los países de la región, exceptuados El Salvador y Ecuador, cuya información inicial data en realidad de 1920 y no de 1900. En cada país, la población por lo menos se duplica, llegando a triplicar, cuadruplicar y hasta casi quintuplicarse, como en el caso de Cuba. Estos hechos coinciden con lo que expresan las tasas.

A fin de profundizar en el modo de crecimiento, analicemos también los niveles de natalidad y mortalidad. Para abreviar y en virtud de la calidad de la información disponible, limitaremos la observación a

EVOLUCION DE LA NATALIDAD Y MORTALIDAD EN OCHO PAISES DE AMERICA LATINA

(tasas por mil)

Años	MEXICO		COSTA RICA		CUBA		PUERTO RICO		COLOMBIA		VENEZUELA		ARGENTINA		CHILE	
	Nat.	Mort.	Nat.	Mort.	Nat.	Mort.	Nat.	Mort.	Nat.	Mort.	Nat.	Mort.	Nat.	Mort.	Nat.	Mort.
1899-1909								28,0								
1899-1910							40,5									
1900-04	46,5		46,9						43				41,0		44,7	
1905-09	46,0		48,2						44				40,0		44,6	32,5
1910-14	43,2		48,9						44				40,3		44,4	
1911-13				25,0								22,0		16,8		31,0
1915-19	40,6		44,7						44,1				36,1		43,3	
1910-19								23,9								
1910-20							40,4									
1920-24	45,3		44,9						44,6			21,7	34,3		42,2	
1921-25		25,5		23,1										14,4		30,3
1925-29	44,3		46,2						44,9				32,4		43,8	
1926-30		25,6		21,1								18,9		13,3		25,8
1920-29								22,2								
1920-30							39,3									
1930-34	44,5	25.6	45,7	22,1		11,3	40,6						26,8	11,6	40,5	23,9

1931					32,9									
1935-39	43,5	23,3	45,0	20,0			39,1				24,0	11,6	36,6	23,3
1939						9,8								
1930-39								19,7						
1940-44	44.2	22,1	44,9	18,3			39,6				24,1	10,3	36,4	19,8
1943					31,0	10,6								
1941-46									44					
1945-49	44,4	17,8	45,1	14,0	30,5	8,3	41,0				25,1	9,6	35,7	17,2
1940-49								14,5						
1945-50									44-47	17-21	44-48	16-20		
1950-54	44,9	15,5	49,2	11,6	28,1	6,7	36,6				25,1	8,7	33,8	13,6
1955-59	45,9	12,5	50,0	9,6	25,4	6,4	33,7				24,0	8,6	36,0	12,6
1955-60									43-36	14-17	45-50	10-15		
1950-59								8,0						
1960-62						6,8					22,3	8,1	34,8	12,0
1960	46,0	11,5	50,2	8,6	29,6		31,7	6,7						
1961					32,2		31,0	6,7						
1962					35,1		31,1	6,7						

Fuente: Carmen Miró, 1965.

países típicos de cada región. Aun cuando los datos estén en general sujetos a rectificación o confirmación futura como consecuencia de los distintos proyectos de estudios emprendidos al respecto; tal como están cabe establecer algunos rasgos capitales y tendencias de cada una de las áreas aludidas.

De la región de América central continental, México y Costa Rica duplicaron y casi triplicaron sus habitantes. Son ejemplos de crecimiento acelerado de una población cerrada, sin aporte migratorio importante. A lo largo del período, las tasas de natalidad no se han modificado esencialmente; la tendencia en los últimos años más bien es a aumentar que a disminuir. En cuanto a las defunciones, su número es relativamente alto y con tendencia permanente a disminuir con rapidez después de la posguerra. En el caso de México los nacimientos disminuyeron entre 1910 y 1920, a consecuencia de la revolución; superadas estas cruentas alternativas, los niveles de la natalidad volvieron a recuperarse.

En el Caribe se presentan dos situaciones: la de Cuba que casi quintuplicó su población y la de Puerto Rico que la duplicó. Cuba vio disminuir su natalidad, presumiblemente antes de 1930, y luego la mantuvo en el mismo nivel. También su tasa de mortalidad fue muy baja en relación con la de los demás países de América y tendió a disminuir velozmente después de la Segunda Guerra Mundial. La razón del rápido crecimiento de Cuba debe buscarse entonces en su relativamente alta natalidad, su baja mortalidad y un aporte migratorio importante. Es de presumir que una de las razones de la alta natalidad haya sido que los inmigrantes —españoles y antillanos— no modificaron las pautas corrientes. En efecto, los españoles registraban una de las tasas de natalidad más altas de Europa y los antillanos lo mismo en América.

En cuanto a Puerto Rico, gozaba éste de una alta tasa de natalidad, pero fue reduciéndose en la posguerra a consecuencia de una fuerte campaña de control de nacimientos, emprendida por el gobierno y por centros experimentales de carácter científico. Las defunciones tuvieron una reducción muy rápida, siendo ésta más veloz que la de los nacimientos.

Dentro de la América del Sur tropical, Venezuela y Colombia ejemplifican, junto con México y Costa Rica, niveles muy altos de natalidad, con tendencia a mantenerse y aún en la actualidad, a elevarse antes que a disminuir. La mortalidad se inclina positivamente a disminuir, en especial a partir de la década del cuarenta y en mayor grado en las siguientes.

En América meridional, Argentina y en menor medida Chile y Uruguay, presentan una situación más parecida al modelo europeo, que a los demás países latinoamericanos, con la excepción de Cuba.

Argentina tiene una natalidad muy alta, prácticamente hasta la crisis mundial de 1929-30, con propensión a bajar; la disminución se acentúa en los años siguientes. Más notoria y brusca fue la baja de mortalidad a comienzos de siglo, continuando en niveles muy bajos.

Chile repitió el mismo proceso, pero más tarde, inicia el descenso hacia 1930-40. Aun cuando mantiene en la actualidad pautas similares de mortalidad, la natalidad es mayor que la de Argentina, pero al mismo tiempo es más baja que la de México, Venezuela o Brasil.

LA POBLACION LATINOAMERICANA DESPUES DE 1950

Muchos, si no casi todos los datos sobre la población y los niveles de mortalidad y natalidad del período anterior son estimaciones. A partir de 1950, la información mejoró y tendió a homogeneizarse. Para ese año las organizaciones panamericanas planearon el Censo de las Américas, que se llevó a cabo en la mayor parte de los países del continente, con ligeras diferencias en su ejecución. A raíz de esto, los estudios demográficos cobraron un gran impulso y se constituyeron muchos centros de investigación. Preocupación fundamental fue la de uniformar los registros para lograr una mejor preparación y elaboración de los datos, con vistas a su comparabilidad.

Entre 1950 y 1960, la población de América latina creció en un 31,1 por ciento; siendo el crecimiento de la subregión Sur tropical de 33,9 %; el de la Central conti-

nental de 35,06 por ciento; el del Caribe de 22,3 % y el de la Sur templada de 22,3 por ciento. (Miró, 1965.)

Estas cifras reafirman las dos tendencias observadas en el curso anterior: crecimiento aceleradísimo de América central y tropical y propensión a la estabilización de las subregiones Caribe y Sur templada.

Los índices de mortalidad y natalidad descubren, por su parte, desiguales comportamientos. Mientras las tasas de mortalidad tienden a semejarse en todos los países de la región y sus diferencias a atenuarse, las de natalidad difieren cada vez más según los distintos países. Para abreviar tomemos los ejemplos más extremos: en 1960 México tenía una tasa de natalidad de 46,0 por mil y la de mortalidad era de 11,5 por mil; en cambio Uruguay registraba una tasa de natalidad de 22,0 por mil y la de mortalidad era de 8,8 por mil. La gran diferencia en las tasas de natalidad es notoria, no así en las de mortalidad.

Los países que se ordenan, aunque con diferencias, junto a México son Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Perú, Venezuela, Ecuador, El Salvador, Brasil, Colombia, Paraguay y República Dominicana. En la situación de Uruguay se ubican Argentina y Cuba y en una posición intermedia, más parecida a la de los últimos, se hallan Chile y Puerto Rico.

Las migraciones internacionales posteriores a la Segunda Guerra Mundial tuvieron alguna importancia sólo en Argentina, Brasil y Venezuela, pero nunca con la fuerza suficiente para alterar el curso del desarrollo de la población de esos países.

En la actualidad, la mayor parte de los países latinoamericanos ostentan las tasas de crecimiento vegetativo más altas del mundo, alrededor del 3 por ciento anual. Esta situación presenta una serie de problemas complejos que pasaremos a analizar.

En primer lugar, hay que considerar el rápido crecimiento –que hemos llamado irruptivo– como una función del estancamiento económico, social y político, más que de un franco proceso de cambio. En el modelo europeo la transformación demográfica se inscribe dentro de un marco mucho más amplio de variación. A consecuencia de la elevación del nivel de vida se produjo una reducción en la mortalidad y a ella siguió

luego una reducción de la natalidad; estableciόse, por último, un nuevo equilibrio, dentro del cual la población aumentó a un ritmo homogéneo.

En América latina, muy pocos países siguieron el modelo europeo. Argentina, Chile, Cuba y Uruguay disfrutaron hasta la crisis mundial de 1929 de un proceso de transformación económica y social, que de algún modo influyó en el desenvolvimiento demográfico. Este proceso recibió un segundo impulso durante el florecimiento de la posguerra. Y las pautas de natalidad quedaron fundamentalmente alteradas. Sin embargo, estos son casos más bien excepcionales que no llegan a quebrar la tendencia general.

Idea global de la inadecuación entre crecimiento económico y crecimiento demográfico lo dan los índices respectivos. "...en las naciones latinoamericanas el producto bruto nacional *per capita* aumentó a una tasa promedio del 2 por ciento por año entre 1945 y 1959. Puesto que la población de esos países creció en un 2,5 por ciento por año, las dos tendencias parecen estar íntimamente relacionadas. Sin embargo, la prosperidad se concentró en la primera parte del período cuando hubo una gran demanda mundial de productos primarios de esa región. En 1954-59 el producto bruto *per capita* disminuyó a razón del 1,3 por ciento anualmente, pero el crecimiento de la población aumentó a un 2,7 por ciento anual" (*Davis, 1964*).

Parece, pues, que ambos crecimientos siguieran cauces propios y que el desenvolvimiento económico ha sido tan débil como para no afectar el curso demográfico. La "piedra del escándalo" la constituyen precisamente los altos niveles de natalidad, que producen el desajuste y el rápido crecimiento.

Es usual considerar que las transformaciones en la economía debidas a la industrialización y a la urbanización, las habidas en la sociedad por el predominio de las clases medias y en la cultura a causa de la alfabetización, reducen las pautas de natalidad. En efecto, la caída de los niveles de la natalidad son consecuentes en lo social con la formación de la familia tipo de clase media urbana. La pauta apropiada para esta familia es la reducción de la cantidad de hijos, por varias circunstancias. En primer lugar, una prole

numerosa excluye un alto nivel de aspiración económico y social. Por ello y por obra de una ideología igualitaria, la mujer adquiere paulatinamente un mayor nivel cultural, sale de su hogar y ocupa mayores funciones en la sociedad. Al mismo tiempo se considera deseable "labrarse un porvenir", que requiere una estabilidad económica, sólo lograble luego de estudios, especializaciones u otros aspectos que retrasan la edad para contraer matrimonio.

Estos mecanismos que operan en la transformación de la familia media urbana, se extienden después a otros sectores sociales. Poco a poco, también las clases populares urbanas adoptan algunas de esas pautas. Unos y otros factores concurren pues a restringir notoriamente el nivel de los nacimientos, a lo que contribuye la difusión de distintas prácticas anticonceptivas.

Si observamos el cuadro siguiente con la composición social de los países latinoamericanos, comprobaremos que en muy pocos abunda una clase media numerosa y los que la poseen son justamente aquellos que recibieron el impacto de una fuerte transformación en algún momento de su desarrollo:

País	*Estratos medios y altos (porcientos)*		
	Total	*Rural*	*Urbano*
Honduras	8	4	4
Guatemala	14	8	6
El Salvador	19	10	9
Costa Rica	36	22	14
Panamá	30	15	15
Cuba	43	22	21
Bolivia	15	8	7
Brasil	28	15	13
Colombia	34	22	12
Paraguay	28	14	12
Ecuador	20	10	10
Venezuela	34	18	16
Chile	43	22	21
Argentina	64	36	28

Fuente: Cepal, 1963.

Argentina, Chile y Cuba son los países que más han desarrollado esos estratos. En un nivel más bajo, Ve-

nezuela, Panamá y Costa Rica se presentan en proceso de formación. En el resto de los países existe un neto predominio de las clases bajas.

Dijimos que una alta tasa de natalidad está asociada a la ausencia de transformaciones económicas, en especial industriales y comerciales. Pues bien, salvo en áreas muy particulares: el litoral argentino, la zona de São Paulo, México, Caracas y en general las capitales latinoamericanas, el atraso industrial y comercial conforma la pauta dominante. Un elemento directo de medición lo constituye la población dedicada a tareas agrícolas, que en general no han logrado alcanzar un nivel de tecnificación apropiado. La proporción de la población en edad activa volcada al sector primario es altísima en la mayoría de los países de la región, como lo muestra el cuadro siguiente:

PROPORCION DE LA POBLACION ACTIVA EN TAREAS AGRICOLAS
(porcentajes)

Argentina	25	Honduras	76
Bolivia	63	México	88
Brasil	61	Nicaragua	70
Costa Rica	56	Panamá	55
Chile	30	Paraguay	58
Ecuador	51	Rep. Dominicana	70
El Salvador	64	Venezuela	41

Fuente: Cepal, 1963.

Argentina y Chile son los únicos países que cuentan con una baja proporción de población afectada a las tareas rurales. Los demás tienen un predominio muy marcado del sector dedicado a la agricultura, lo que indica el escaso desarrollo de las actividades más productivas.

A la enorme proporción de personas en ocupaciones primarias debe añadirse sus bajos niveles de vida. Veamos las estimaciones de la FAO para Brasil. Mientras el ingreso de los sectores no agrícolas alcanza allí los 440 u$s anuales, el de los agrícolas apenas llega a los 110 u$s y dentro de éstos los obreros azucareros de una región percibían menos de 30 u$s anuales. Una encuesta realizada entre la población cubana en 1956

demostró que frente a un ingreso promedio anual de 368 u$s, el promedio campesino sólo era de 92 u$s. En 1959, el 29,7 por ciento de la población huasipunguera del Ecuador obtenía un ingreso medio de hasta 11 centavos de dólar diarios, el 36,5 por ciento entre 11 y 20 centavos y el 33,8 por ciento entre 20 y 27.

En cuanto al nivel cultural, sigue el mismo cauce de las variables anteriores. Un indicador, el nivel de alfabetización, es bastante elocuente para demostrarlo.

PORCENTAJE DE ANALFABETOS SEGUN AREA DE RESIDENCIA

	Urbano	*Rural*
Argentina	8,8	23,2
Brasil	26,5	66,9
Chile	10,4	36,0
Costa Rica	8,1	27,9
Cuba	11,1	40,0
Rep. Dominicana	29,5	67,3
El Salvador	54,7	77,1
Honduras	43,6	74,7
Panamá	7,2	42,4
Paraguay	14,4	36,2
Nicaragua	29,7	80,3
Venezuela	29,5	72,0

Fuente: ECLA, 1961.

El analfabetismo es muy alto en toda América latina. Sin embargo, las áreas rurales presentan índices muchísimo más elevados que las áreas urbanas. Sin duda, el fenómeno está asociado a la falta de recursos de la población y también a la escasez de recursos educativos por parte del gobierno. Por otro lado, las dificultades para alcanzar cierto nivel de instrucción son mucho mayores en las zonas rurales que en las urbanas por las distancias a las escuelas, cuando las hay, y por falta de medios de comunicación.

Se considera, en general, que los presupuestos destinados a la educación configuran un porcentaje muy exiguo del presupuesto nacional, en la mayoría de los países latinoamericanos. Ello se agrava en razón de que las poblaciones son muy jóvenes y el predominio de la

población infantil es muy acentuado en todos los países. Las dificultades de la población para lograr una educación adecuada y su falta de estímulos para encararla, no son sino la contrapartida del valor económico que adquiere para una familia de escasos recursos, el trabajo infantil. Demostrativo de ello son los altos porcentajes de menores ocupados en las tareas agrícolas, que llegaron en 1950 a niveles del 88,3 por ciento en Bolivia, 76,5 en Brasil, 76,4 en El Salvador, 79,6 en México, 69,9 en Costa Rica, 69,2 en Cuba, del total de menores de diez y catorce años.

Este panorama pone de manifiesto la lentitud con que operan los mecanismos educativos —ligados a otros factores económicos y sociales— en los países americanos.

En síntesis podemos afirmar que, generada a partir de la década del treinta, la explosión demográfica recorre un cauce independiente aparentemente de otros fenómenos de carácter económico, social y cultural. Por un lado, su alto crecimiento, producido por la diferencia entre una mortalidad descendente en forma acelerada y una natalidad altísima, con perspectivas de aumentos próximos, no viene acompañado por modificaciones sustanciales en su economía. Las áreas de industrialización son muy contadas y perfectamente delimitadas en casi todos los países, en donde se han operado, por lo general, por vía de la sustitución de importaciones.

Las economías de los países latinoamericanos se mueven por impulso de sus exportaciones de productos agrícolas —salvo el caso venezolano donde el petróleo sustituye a los cereales, el café o las frutas, y el caso chileno con el cobre—, que como es por todos conocido pierden valor en el mercado internacional frente a los productos manufacturados de los países altamente industrializados. Esta situación se encuentra en estrecha vinculación con el estancamiento de las áreas rurales, sometidas por lo general al latifundio improductivo o al minifundio, poco o nada remunerativo.

Como el porcentaje de población rural es muchísimo más elevado que el urbano, los bajos niveles de vida afectan a más del 70 por ciento de la población latinoamericana.

La ausencia de un verdadero desarrollo económico ha operado en forma directa en la estratificación de los países americanos, quienes presentan muy bajas proporciones de clases medias. Justamente en este hecho, asociado a un nivel cultural bajísimo, reside buena parte de las pocas posibilidades para que se operen rápidamente procesos de restricción de la natalidad.

LA MORTALIDAD

En América latina se ha verificado un proceso de disminución de la mortalidad como consecuencia de agentes "exógenos" a las sociedades respectivas. El proceso de cambio ha quedado circunscripto a pocos países y, dentro de éstos, a áreas también limitadas. Por lo tanto, sólo parte de la población ha sido afectada y la consecuencia ha sido un aumento del estándar de vida de éstas por encima de las áreas tradicionales o poco desarrolladas.

Como hemos visto en el capítulo presente, la disminución de la mortalidad tuvo un desarrollo veloz y fue determinante de la revolución demográfica latinoamericana. Quedan por analizar sus causas.

Aparte de las hambrunas o las permanentes deficiencias alimentarias, el factor sanitario fue el agente limitativo principal de la población en el pasado. A fines del siglo XIX fueron descubiertos, sin embargo, los virus que producían las enfermedades más comunes. En 1882, fue descubierto el bacilo de la tuberculosis; dos años más tarde los de la difteria, de la tifoidea, y el vibrón del cólera; en 1886, se conocieron los agentes de la neumonía; en 1887, de la brucelosis y, en 1894, el bacilo de la plaga y de la disentería. A comienzos del presente siglo, se conoció, asimismo, el papel desempeñado por la pulga como transmisor de la peste, en 1900-2, el del mosquito como vector de la fiebre amarilla, y el del piojo como difusor del tifus exantemático ocurrió en 1909. Estos hallazgos suscitaron la búsqueda inmediata de los medios para controlar las enfermedades. Este objetivo fue alcanzado con efectividad en forma casi inmediata.

En algunos países de América latina, la aplicación de vacunas en masa comenzó ya en el siglo pasado y

se extendió rápidamente a medida que avanzaba el presente siglo. Las poblaciones más beneficiadas por estos adelantos fueron las urbanas, las cuales recibieron al tiempo que los países más avanzados los beneficios de los descubrimientos recientes.

Los gobiernos americanos no tardaron en adherir a la preocupación general por la salubridad. En 1902 se fundó la Oficina Sanitaria Panamericana con el objeto de coordinar los esfuerzos de todos los países y de financiar y desarrollar los programas de salud. Esta oficina funcionó en forma independiente, hasta que en 1949 se transformó en la Oficina Regional de la Organización Mundial de la Salud, dependiente de las Naciones Unidas.

Con los auspicios de estas organizaciones y mediante los programas especiales de los gobiernos la aplicación masiva de la vacuna fue extendiéndose a las zonas marginales afectadas por las epidemias. A título de ejemplo, entre los países de menores recursos, citaremos el caso de Colombia que emprendió en 1937 una vacunación intensiva contra la fiebre amarilla selvática que proseguía aún en 1960, habiendo alcanzado a vacunar a 3.250.000 personas.

Estos programas sufrieron un fuerte impulso en la posguerra, cuando la Oficina Panamericana quedó bajo tutela de la Organización Mundial de la Salud y los gobiernos brindaron mayor recursos para ejecutarlos.

Se ha estimado que el 80 por ciento de la población latinoamericana vive en áreas tradicionalmente maláricas. Hoy en día cerca de la mitad de esta gente vive en lugares en los que la malaria ha sido erradicada, y el resto ha sido protegida en su mayor parte por controles continuos o planes de erradicación. Asimismo se han llevado a cabo con éxito campañas intensivas para eliminar la fiebre amarilla en Brasil, Ecuador, Perú, Panamá, Bolivia, Nicaragua y Paraguay y también han tenido un progreso considerable en la República Dominicana.

Se realizaron simultáneamente programas con la B. C. G. (Bacille Calmette Guerin) contra la tuberculosis en Perú, Colombia y Paraguay. En el caso de Perú se llegó a controlar la propagación del gusano nematoide.

Estos y otros programas han tenido desde luego una influencia decisiva en el control de la mortalidad. En efecto, aparte de los países que antes de 1930 habían sufrido un fuerte desarrollo, durante la última posguerra se llevaron a cabo transformaciones económicas muy importantes en Venezuela, Brasil, México y Puerto Rico. Este cambio facilitó un estándar de vida más elevado y un mejoramiento de las condiciones sanitarias, pero no constituyó un elemento determinante de la mortalidad comparable con lo que fueron los programas sanitarios. La homogeneidad creciente de los niveles de mortalidad de todos los países, tanto de aquellos de mayores como de menores recursos, prueba este aserto. Por otro lado, la FAO ha estimado que la cantidad de alimentos *per capita* no ha sido mayor después de la guerra que en la década del 30, y aun en algunas zonas rurales tendió a disminuir.

Lo fundamental en este aspecto es, pues, que las enfermedades infecciosas han podido controlarse en millones de personas a través de escasas inversiones en personal y en productos medicinales y desinfectantes como el DDT, que es de muy bajo costo.

En cuanto al problema de las hambrunas, se desconocen sus verdaderas dimensiones, especialmente en los siglos pasados y aun en el presente. En general, se considera que la dieta en América latina es escasa en proteínas. Salvo la zona del Plata y Cuba los demás países están muy por debajo del consumo necesario. De esta manera, mientras el consumo *per capita* en Argentina, Uruguay y Cuba es del orden de las 90 unidades, en Brasil es de 65, Paraguay y Venezuela 60, Perú 54, Ecuador 50 y Colombia 46.

Parecería que las hambrunas producidas en otros períodos han sido controladas ya que actualmente existe mayor facilidad para disponer de los elementos necesarios. Sin embargo, existen zonas de hambres crónicas como el nordeste brasileño, las regiones más altas del altiplano boliviano y las regiones selváticas de Perú, Ecuador, Guatemala y otras áreas rurales. Exceptuando estas zonas y aun siendo deficiente, la dieta de los países latinoamericanos se caracteriza simplemente por ser generadora de energías. El consumo de pasta y tortas de maíz, porotos negros, mandioca y harina de

mandiosa y en especial las bebidas espirituosas son la base esencial de la alimentación de la mayor parte de los pueblos latinoamericanos. Producen energías suficientes para mantener un individuo, pero no le dan la vitalidad necesaria para desarrollar armoniosamente su cuerpo y espíritu en forma tal que le permita utilizar toda su potencialidad productiva o creadora. En consecuencia, muchos países americanos no han podido controlar las enfermedades gastrointestinales a raíz de las deficiencias alimenticias apuntadas. Las defunciones debidas a esas enfermedades registradas en algunos países muestran elocuentemente la gravedad del mal: mientras que en Argentina la tasa por 100.000 habitantes es de 6,8 y en Cuba de 5,8, en Bolivia es de 19,7, en Brasil (São Paulo, Recife y Río de Janeiro) de 19,0, en Colombia de 26,5, por no citar sino algunos ejemplos. (Unión Panamericana, 1964.)

Por otra parte, los registros de defunciones indican claramente cómo en los países más homogéneamente desarrollados como Argentina, Uruguay, Cuba y Chile predominan las defunciones por enfermedades degenerativas, propias de la vejez, en contraposición con aquellos países donde la proporción de óbitos motivados por estas causas es mucho menor, y donde las defunciones originadas por enfermedades gastrointestinales e infecciosas es muy superior.

La vida probable promedio al nacer está vinculada con las condiciones económicas y sociales de cada país, pues la mortalidad es mayor allí donde las condiciones son deficientes. Las diferencias de los países latinoamericanos respecto de la media probable son todavía grandes, pese a la disminución de la mortalidad, como muestra el cuadro siguiente:

VIDA MEDIA PROBABLE AL MOMENTO DE NACER (alrededor de 1960)

Guatemala	43,67	Chile	51,82
Brasil	43,70	México	51,80
Bolivia	49,71	Costa Rica	54,65
El Salvador	49,71	Venezuela	53,34
		Argentina	56,90

Fuente: G. Mortara, 1961.

Por otro lado, las diferentes condiciones de vida que imperan en las zonas urbanas y rurales determinan que las tasas de mortalidad en las últimas sean más elevadas que en las primeras. Para tomar un ejemplo bastante representativo de una gran área de América latina observemos las pautas de mortalidad en los Estados de Brasil según predomine en ellas la población urbana o rural. Hacia 1950 la tasa de mortalidad en el Estado de São Paulo era de 15,13 por mil habitantes y en el Distrito Federal de 16,62, mientras que en el Estado de Mato Grosso alcanzaba 26,77, en Alagoas 23,93, y en Goiás 23,78, así como en los ricos estados sureños de Santa Catalina y Rio Grande do Sul, de 15,65 y 12,64 respectivamente (Camargo, 1960). Nivelar las regiones y reducir las tasas de mortalidad requeriría un fuerte desarrollo económico de las áreas más afectadas que difícilmente ha de producirse en los próximos años. Por lo tanto, es de temer que las diferencias se mantengan.

El elemento que a nuestro juicio muestra más claramente la situación ambigua de América latina desde un punto de vista demográfico son los altos niveles de mortalidad infantil que imperan en casi todos los países de la región. Hablamos de ambigüedad porque si bien la mortalidad general y la infantil ha descendido a niveles bajos, hay un cierto límite por debajo del cual es imposible que continúen reduciéndose a no ser que se verifique un proceso de cambio muy rápido. Veamos las cifras del cuadro general.

PROPORCION DE MENORES DE UN AÑO FALLECIDOS SOBRE EL TOTAL DE DEFUNCIONES

(Porcentajes)

Argentina	16,8	Honduras	21,6
Bolivia	26,7	México	29,7
Brasil	18,3	Nicaragua	30,0
Colombia	32,9	Panamá	24,4
Costa Rica	37,9	Perú	30,2
Chile	34,9	Rep. Dominicana	40,4
Ecuador	33,8	Uruguay	13,2
Guatemala	25,2	Estados Unidos	6,0

Fuente: Unión Panamericana, 1964.

La comparación con las cifras de los Estados Unidos hablan con toda elocuencia de la enorme proporción de defunciones de niños menores de un año. El camino por recorrer es aún largo, pero no hay que olvidar por ello el trecho andado ya aceleradamente. El caso mexicano puede ser bastante ejemplificador.

MORTALIDAD INFANTIL EN LA REP. MEXICANA, 1922-1960

(Defunciones de menores de un año por cada 1.000 nacidos vivos)

1922	224,7	1940	126,0
1925	217,3	1945	107,9
1930	132,5	1950	96,2
1935	126,6	1955	83,3
		1959	76,0

Fuente: Benítez Centeno, 1961.

"En México, la mortalidad infantil fue la relación demográfica que inmediatamente sintió los efectos de la Revolución Mexicana: de 224,7 ... defunciones de menores de un año por cada mil nacidos vivos ... en 1922 y 1923 descendió a 138,2 y 140,2 en 1932 y 1933. En sólo 10 años se logró evitar la muerte de 86 niños cada 1.000 nacidos vivos ... La mortalidad infantil en México, si bien continuará descendiendo, su descenso será cada vez menor, a menos que se lleve a cabo un fuerte incremento de nuestro desarrollo económico y social o bien se realicen campañas sanitarias intensivas en todos los órdenes." (Benítez Centeno, 1961.)

El excelente trabajo de Behm Rosas (1962) muestra para Chile la alta correlación entre estrato social y mortalidad infantil.

El cuadro que figura en la página 150 resume sus características.

Estos niveles diferenciales son extensibles a todos los países de América latina, aunque con diferencias importantes, incluso a los más desarrollados.

MORTALIDAD INFANTIL NEONATAL E INFANTIL TARDIA SEGUN CLASE SOCIAL, 1957

Mortalidad	*Obreros*		*No obreros*		*% exceso tasas obreros*
	Defunc.	*Tasa*	*Defunc.*	*Tasa*	
Infantil	22.731	126	4.056	67	88
Neonatal	6.670	37	1.444	24	54
1-11 meses	16.061	89	2.612	43	107
Nacidos vivos	180.351		60.730		

Fuente: Behm Rosas, 1962.

NATALIDAD Y FECUNDIDAD

Hemos considerado los altos niveles de natalidad en América latina como una función del escaso desarrollo económico y social. Para que los niveles se redujeran rápidamente se requeriría un alto grado de urbanización y de modernización de las pautas culturales. Estas corresponden a una forma de vida distinta y debieran afectar a una proporción muy alta de la sociedad como ocurre en Chile, Argentina y Uruguay.

El caso brasileño, por otro lado, ejemplifica bastante bien el proceso de reducción de la natalidad por urbanización aun cuando mantiene altos niveles rurales. Para las áreas más urbanizadas las tasas brutas de natalidad por 1.000 habitantes son las siguientes: Distrito Federal 25, São Paulo 38, Rio Grande do Sul 38,5. En cambio las regiones más rurales presentan tasas mucho más elevadas: Alagoas 47, Ceará 48, Goiás 46 (Camargo, 1960). Aun cuando estas tasas estén sujetas a variaciones por influencia de las estructuras de edades de cada Estado, son perfectamente ilustrativas del fenómeno. Presumiblemente el alto nivel de São Paulo respecto del Distrito Federal nos esté mostrando –dados similares grados de urbanización– el efecto de las migraciones internas sobre la estructura de la fecundidad. Esto significa que las grandes masas migratorias, provenientes de áreas tradicionales, mantienen sus niveles de fecundidad hasta que después de un tiempo adoptan las normas más modernas.

En la Argentina, aun cuando se verificó una reducción más enérgica a través del Censo Escolar de 1943,

Germani (1955) pudo comprobar que el número de hijos menores de 22 años por madre censada era de 2,4 en las áreas urbanas de Buenos Aires y de 3,5 en las rurales. Asimismo, el estudio realizado por Lattes (1967) sobre fecundidad efectiva en ese país muestra cómo se fue reduciendo, históricamente. Entre otros aspectos señala cómo la fecundidad (proporción de niños nacidos vivos por mujeres con hijos) está afectada por la edad de las mujeres; las de más edad tienen una proporción mayor de hijos que las más jóvenes.

Esta misma diferencia se mantiene según veremos entre las áreas urbanizadas y las no urbanizadas. Las últimas ostentan una proporción mayor de hijos en todas las edades.

PROMEDIO DE HIJOS NACIDOS VIVOS POR GRUPOS DE EDADES DE LAS MUJERES NO SOLTERAS EN 1960

(Gran Buenos Aires y resto de la República Argentina)

Edad de las mujeres en 1960	*Número medio de hijos nacidos vivos*	
	Gran Bs. As.	*Resto de Argentina*
50 - 54	2,12	3,60
55 - 59	2,27	3,87
60 - 64	2,55	3,98
65 - 69	2,86	4,48
70 - 74	3,45	4,51
75 - 79	3,31	5,00
80 - 84	3,47	5,23

Fuente: Lattes, 1967.

La reducción —vista a través de las cohortes de mujeres de distintas edades— se efectuó tanto en la región muy urbanizada de Buenos Aires como en el resto del país. Las diferencias entre una y otra área son, sin embargo, todavía muy importantes. Pues bien, si el influjo sociocultural de la urbanización de la Argentina, la más importante de América latina y una de las más importantes del Globo, sobre las áreas rurales para que éstas disminuyan sus niveles de natalidad, resulta todavía escaso, calcúlese el fuerte impulso que deberían tener los países de la región para disminuir los suyos.

En la actualidad muchos países están tratando de encarar el problema de la alta natalidad mediante cam-

pañas para difundir el empleo de anticonceptivos. Este método difícilmente logre resultados inmediatos, a menos qùe esos programas contengan elementos coercitivos, lo que por otra parte resulta justamente condenable para un gran número de personas. En este terreno parece pues plantearse una opción entre la generalización del uso anticonceptivos y un esfuerzo fundamental para salir del estancamiento social, económico y político. En este estancamiento se halla por cierto sumida la mayor parte de los países latinoamericanos. Dicho de un modo económico, se considera más barato tratar de convencer a la gente de que tenga menos hijos que emprender campañas de alfabetización, sanidad y fundamentalmente, elementos dependientes a su vez del desarrollo económico. Puesto que la reducción de la natalidad es una función de nuevas pautas, nuevos valores y apreciaciones sobre las metas sociales, ésta no puede venir sino por la vía del cambio económico-social. Si éste se produjera rápidamente en la misma forma operarían los mecanismos de control de la natalidad por autoconvencimiento y por nuevas necesidades de los grupos sociales. El argumento del control de la natalidad, sin programas serios de transformación, parece pues contener elementos bastantes reaccionarios. La verdadera dimensión del problema reside a juicio de una enorme cantidad de especialistas —demógrafos, economistas y sociólogos— en esta disyuntiva. Los escasos resultados obtenidos por los programas de difusión de los anticonceptivos en un país de hambre crónica y desocupación también crónica como la India refuerzan el argumento expuesto aquí sucintamente. Los nuevos programas que dejaron de emplear la disuasión para utilizar la coacción también han creado muchas resistencias, lo que hace dudar del éxito de la campaña. Están de por medio los valores de la población —religiosos y éticos— que rechazan cualquier intento al respecto. En América latina subsisten las mismas dudas.

Un caso excepcional —y quizás una vía alternativa— es el cubano. Nótese el camino recorrido por sus tasas brutas de natalidad. Para el período 1955-1959, los nacimientos alcanzaron 25,4 por mil habitantes, en 1960 se elevaron a 29,6, en 1961 a 32,2 y en 1962 a 35,1.

Aquí queda evidenciado que a partir de la revolución

el proceso de reducción amplia que se estaba verificando se invirtió de una manera clara. El fenómeno requeriría un estudio profundo que revelase sus causas inmediatas. Sin embargo, parece plausible afirmar que está directamente relacionado con la elevación rápida de los niveles de vida campesinos y con los alcances de la medicina luego de su socialización.

Por otra parte, el régimen socialista no ha puesto énfasis en la reducción de la natalidad por considerar que el crecimiento económico es lo suficientemente adecuado para absorber el aumento de la población.

EL PROCESO DE URBANIZACION

La urbanización reciente de América latina es un fenómeno ampliamente conocido por lo que nos detendremos en dos aspectos significativos. El primero de ellos es el crecimiento general registrado en todos los países de la región. El segundo es de orden sociocultural: la transformación de pautas, valores, motivaciones y actitudes. Esto último está relacionado de alguna manera con procesos limitados de industrialización.

América latina ha sufrido en este siglo un proceso de urbanización, en algunos casos, similar al de zonas muy desarrolladas. Luego de la Segunda Guerra Mundial el proceso se ha acentuado. Dentro de él, Sudamérica ha ido más allá que América central, aunque en esta última hay casos como el de Cuba que presenta un alto grado de urbanización.

Las secuencias del progreso no han sido evidentemente similares en todos los países de la región, pero sí existen ciertas líneas comunes.

En el cuadro anterior se observan dos tendencias claras: una consolidación de la población urbana en los países del área del Sur Templada (Chile y Argentina) y en el Caribe (Cuba) y, en segundo lugar, un crecimiento veloz en el resto de los países. En los países mencionados en primer lugar hay una pérdida de la importancia relativa de la población rural. En los segundos ésta crece rápidamente, pero a un ritmo menor que las poblaciones urbanas. Aun cuando el crecimiento urbano fue muy rápido, en éstos un porcentaje muy elevado de la población total sigue viviendo en zonas

EVOLUCION DE LA POBLACION URBANA Y RURAL EN OCHO PAISES LATINOAMERICANOS
(en miles)

País	Año	Población total	Población rural (– 20.000 habit.)	Población urbana			
				Total	20.000 a 99.999 habit.	100.000 y más habit.	Ciudad más populosa *
México	1940	19.654	16.103	3.551	1.549	2.002	1.448
	1950	25.791	19.586	6.205	2.305	3.900	2.235
	1960	34.923	24.571	10.352	3.840	6.512	2.832
El Salvador	1930	1.434	1.305	129	129	—	89
	1950	1.856	1.616	240	78	162	162
	1951	2.511	2.067	444	188	256	256
Cuba	1919	2.889	2.186	703	278	425	425
	1931	3.962	2.867	1.095	361	734	633
	1943	4.779	3.313	1.466	514	952	833
	1953	5.829	3.760	2.069	731	1.338	1.064
Venezuela	1936	3.364	2.819	545	200	345	235
	1941	3.851	3.155	696	243	453	332

	1950	5.035	3.430	1.605	584	1.021	680
	1961	7.524	3.975	3.549	1.296	2.253	1.333
Perú	1940	6.208	5.327	881	360	521	521
	1961	9.907	7.046	2.861	1.033	1.828	1.436
Brasil	1920	30.636	27.161	3.474	799	2.675	1.158
	1940	41.253	34.934	6.319	1.906	4.413	1.519
	1950	51.944	41.451	10.493	3.620	6.873	2.303
	1960	70.967	51.045	19.922	6.613	13.309	3.223
Argentina	1947	15.894	8.212	7.682	1.777	5.905	4.722
	1960	20.006	8.506	11.500	2.396	9.104	6.762
Chile	1930	4.287	2.895	1.392	503	889	696
	1940	5.024	3.194	1.830	668	1.162	952
	1952	5.933	3.394	2.539	850	1.689	1.350
	1960	7.374	3.342	4.032	1.580	2.452	1.907

* En Cuba corresponde al área metropolitana de La Habana y en Perú al área metropolitana de Lima.

Fuente: Durand y Peláez, 1966.

rurales. Hacia 1950, la población urbana según la definición censal de cada uno de los países, representaba menos del 37 % de la población total en Bolivia, Brasil, Costa Rica, El Salvador, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Paraguay y República Dominicana (Elizaga, 1963). En cambio, en Argentina, Chile, Venezuela, Cuba y Uruguay, la población urbana representaba más del 50 por ciento de la población total y, Colombia, Panamá y México se agrupaban alrededor del 40 %.

En el orden temporal, mientras que en Argentina, Uruguay, Chile y Cuba el proceso de urbanización comenzó en el siglo pasado y se consolidó en las primeras décadas del presente, cuatro países, Venezuela, Colombia, México y Brasil, registraron un proceso de crecimiento muy veloz en la década de 1940 a 1950. Según el cuadro siguiente, la gravitación en el conjunto de las respectivas categorías de urbes ha variado también mucho.

CAMBIOS EN LA DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION URBANA DE ALGUNOS PAISES EN EL PERIODO DE 1940-50

Países	*Porcentaje urbano*	*Cambio en la distribución porcentual de la población que vivía en núcleos de 2.000 y más habitantes en el período 1940-50 (aproximadamente)*		
		2.000 a 19.999	*20.000 a 99.999*	*100.000 y más*
Colombia	36,2	− 13,9	− 0,5	+ 14,4
Panamá	37,4	+ 15,2	− 3,8	− 11,4
Venezuela	47,4	− 12,1	+ 7,5	+ 4,6
Brasil	30,8	− 4,8	+ 4,3	+ 0,5
Cuba	45,0	− 5,3	+ 1,6	+ 3,7
Chile	60,0	+ 0,5	− 0,6	+ 0,1
Argentina	62,5	− 0,5	+ 2,9	− 2,4

Fuente: Elizaga, 1963.

En los países donde la urbanización fue más rápida durante la década de 1940 a 1950, la categoría que sufrió cambios más importantes fue la de 20.000 a

99.999 habitantes. En Colombia, el cambio más marcado se operó en la categoría de 100.000 y más. En Argentina, se vio en cambio favorecida la categoría de 20.000 a 99.999. La tendencia más significativa a nuestro juicio y sobre la que volveremos luego es la pérdida de la importancia relativa de los centros de 2.000 a 19.999 habitantes.

Uno de los rasgos más característicos de la urbanización en América latina es la gran concentración en grandes ciudades que casi siempre son las capitales. Diez ciudades tienen en la actualidad más de un millón de habitantes y en conjunto alcanzan el 12 % de la población total de la región, a saber:

Area metropolitana	*Año*	*Población (en miles)*	*Porcentaje sobre la población del país*
Buenos Aires	1960	6.762	33,8
Río de Janeiro	1960	3.233	4,5
São Pablo	1960	3.165	4,5
México	1960	2.832	8,1
Santiago	1960	1.907	25,9
Lima	1961	1.436	14,5
Caracas	1961	1.333	17,7
Bogotá	1964	1.679	
La Habana	1953	1.064	18,3
Montevideo	1963	1.173	45,9

Fuente: Durand y Peláez, 1966.

Este hecho sitúa al subcontinente como uno de los más urbanizados del Globo. América latina supera, en efecto, a Africa, Asia y al sur de Europa. Argentina, Chile y Uruguay forman dentro de la región un grupo de países entre los más urbanizados del mundo tomando en cuenta la población que vive en núcleos de más de 20.000 habitantes. Si pasáramos a considerar las ciudades de más de 100.000 habitantes, la ubicación del grupo frente a otras regiones del mundo no cedería en nada.

El fenómeno de la alta concentración en las ciudades capitales ha sido denominado metropolitanismo o megalocefalía y tiene una raíz histórica. En el capítulo

segundo hemos señalado la gran continuidad que existe entre la ciudad indígena y la colonial y destacado el carácter eminentemente urbano de la colonización. Fueron luego las ciudades coloniales las que asumieron la conducción del proceso revolucionario emancipador al punto que varias naciones se constituyeron en razón de la fuerza demostrada por la ciudad. Con el ingreso de los países a los circuitos de comercialización mundial, las capitales concentraron el comercio y las finanzas y sirvieron de asiento de las clases hegemónicas directamente interesadas en el desarrollo del comercio agroexportador. Por último, las capitales acogieron los primeros proyectos de industrialización cumpliendo además dos funciones importantes: la formación de un mercado interno de consumo y la prestación de mano de obra y de servicios.

Su rápido desarrollo demográfico se produjo por crecimiento natural debido a las altas tasas de natalidad y, en segundo lugar, gracias a las migraciones internacionales como en los casos de Argentina, Chile, Uruguay y Brasil. En fecha reciente se han añadido las migraciones internas en masa.

En general, el modelo de urbanización asocia el crecimiento urbano con la industrialización a la manera de Estados Unidos e Inglaterra. En América latina, esta ecuación requiere, en cambio, un análisis más detallado. En él habremos de tener en cuenta el aspecto sociocultural de la urbanización tal como señalamos al comenzar este tema.

Al parecer, industrialización limitada y crecimiento urbano fueron dos procesos concomitantes, simultáneos e interdependientes en algunos países de la región. En 1895 Argentina poseía ya 22.000 establecimientos industriales con 150.000 personas ocupadas; Brasil tenía en 1920 13.000 establecimientos y 310.000 personas ocupadas en ellos y México hacia la misma fecha tenía empleados tan sólo en la industria textil 30.000 personas. Argentina y Brasil se vieron favorecidas por la entrada de inmigrantes europeos que contribuyeron a crear un mercado interno de consumo para las nuevas industrias. Argentina tenía ya en 1914 un alto porcentaje de población urbana: Buenos Aires sobrepasaba el millón y medio de habitantes. Por la misma época, seis

ciudades en Brasil contaban con más de cien mil habitantes. Algo más tarde México alcanzó a tener un millón de personas residentes en grandes ciudades. Parecería entonces que en los tres países el modelo clásico de urbanización hubiera sido aplicado. En la actualidad algún autor propone en cambio una hipótesis diferente: "el resultado de la aceleración del ritmo de crecimiento urbano no sería el resultado del ritmo del crecimiento industrial". (Quijano, 1966).

Esta afirmación no supone de ninguna manera que la industria no desempeñe ningún papel en el proceso de urbanización. Simplemente pretende que la industria sirvió de estímulo, creó una imagen distinta de vida que atrajo a millares de personas, modificó la estructura de la demanda, pero que "su capacidad de estimular las modificaciones psicológico-sociales de la población, y consecuentemente, el crecimiento urbano es superior a su capacidad de satisfacer las aspiraciones y motivaciones desatadas". (Quijano, 1966). En otras palabras, el proceso de industrialización por sustitución de importaciones que, prácticamente se abrió a partir de 1930 con intensidades diferentes en la Argentina, Brasil, México y Perú, principalmente, fue creando una serie de estímulos que quebró la relación campo-ciudad produciendo un desequilibrio en favor de la segunda. Ahora bien, la capacidad de suscitar una imagen, un modo de vida distinto, entre la masa campesina, fue superior que la capacidad de absorber a las masas así movilizadas. La difusión de la imagen fue facilitada por el desarrollo de los medios de transporte, sobre todo el automóvil y de los medios de comunicación de masa, la radio, el cine, los periódicos y revistas. El contacto personal de los migrantes ha obrado también para generar un cambio en las motivaciones de la gente.

Acicates de las transformaciones, las ciudades se ven ahora frente a grandes dificultades de todo tipo. La industria no alcanza a absorber la mano de obra disponible y el crecimiento de los demás sectores tampoco es suficiente. Los recursos en educación, preparación técnica, científica, en medicina, higiene y en vivienda resultan por añadidura escasos. El déficit de vivienda ha sido tan grande que han proliferado en

torno de las grandes ciudades barrios que con distintos nombres –barriadas, callampas, bohíos, favelas, villas miseria–, albergan en ínfimas condiciones de vida a una alta proporción de trabajadores urbanos, por lo general provenientes del interior del país. Estos barrios constituyen un factor negativo en el proceso de "aculturación" o sea de adaptación de sus normas, valores, y motivaciones, al medio urbano, lo que facilita la marginalidad, la anomia y la indiferencia. El medio hostil obra reforzando en los miembros de estas verdaderas comunidades las pautas de sus subculturas tradicionales.

Sea como fuere, el crecimiento industrial urbano –escaso o amplio– es un proceso irreversible que a lo sumo puede estancarse como ocurre en algunos países como Argentina. La industrialización ha favorecido así la creación de estratos medios y populares que participan activamente con mayor o menor intensidad en el proceso de consumo; ha creado, también, un proletariado organizado con conciencia de sus intereses y, por vía indirecta, ha suscitado la sindicalización masiva que sirve como vehículo no sólo económico, social y político, sino también cultural, educativo y técnico de las masas.

En la urbanización y formación de grandes centros capitalinos han tenido y tienen una importancia muy significativa las migraciones internas, provenientes de las áreas más tradicionales. Por sorprendente que parezca faltan estudios integrales al respecto. Básicamente, la presencia de migrantes se desprende sólo de los datos censales o de los empadronamientos. En Caracas, hacia 1950, el 41,9 por ciento de los hombres y el 48,2 por ciento de las mujeres empadronados en esta ciudad eran nacidos en otros distritos del país; en Bogotá el 46,9 y 63,1 por ciento de los hombres y mujeres respectivamente; el 65 por ciento de los casi dos millones de habitantes del área metropolitana de Lima proveniente de las provincias y fundamentalmente de las zonas serranas. En 1947, en el Gran Buenos Aires, el porcentaje de nacidos en otras provincias alcanzaba cerca de un 37 por ciento de la población total. Sería equivocado, sin embargo, considerar que las altas proporciones de los nacidos fuera del área urbana indican

necesariamente procedencia rural. Acabamos de ver la pérdida de importancia relativa de los núcleos de 2.000 a 19.999 habitantes en varios países latinoamericanos. Esto quiere decir que esos núcleos sufrieron un drenaje de población hacia centros más importantes. Si se considera que estos núcleos sirven de alguna manera como "operadores" en la comercialización de los productos agrarios de amplias zonas rurales, habida cuenta de su estancamiento, no sería difícil establecer un nexo causal entre su pauperización relativa y el drenaje de habitantes.

El estudio que sobre la migración al Gran Santiago realizó el CELADE demostró que, excepto un 13 por ciento de elementos provenientes de ciudades menores de 5.000, el resto provenía de los centros urbanos provinciales más importantes. Otro estudio sobre el área metropolitana de San Salvador muestra a su vez una alta correlación entre crecimiento del aporte migratorio y el tamaño de los centros urbanos de origen. Es probable, pero la presunción requiere una serie de estudios que lo corroboren, que las migraciones siguen un curso escalonado: los campesinos migran hacia los centros urbanos más próximos y, sólo en una segunda etapa van hacia la metrópoli. Por consecuencia, la pérdida de los rasgos tradicionales por parte de las migraciones rurales habrá de seguir una línea igualmente quebrada, en relación directa con el tipo de desplazamiento ecológico.

Un último aspecto con respecto al papel de las migraciones internas —no ya en sus rasgos negativos— sería puntualizar la función que ejercen como integradoras de la sociedad nacional. No sólo movilizan al campesinado o a sectores tradicionales, sino que los incorporan lentamente a la vida nacional de la que antes estaban ausentes, por medio de la participación política, sindical y económica. Esto es más significativo cuanto que una proporción muy elevada de población es indígena, con lenguaje, pautas, normas y valores totalmente distintos a los de la sociedad "civilizada". En este sentido, no sólo importan las migraciones a la ciudad, sino también de la ciudad al campo. En la medida en que se verifique una "mercantilización" de las áreas rurales, esa posibilidad se abre y permitirá una homogeneiza-

ción de la cultura nacional que incluirá no pocos rasgos folklóricos de las poblaciones indígenas.

De muy distintas características son las migraciones internas de una zona rural a otra. Las migraciones hacia zonas hasta el momento inexploradas son el resultado de la estructura agraria de carácter latifundista o minifundista que caracteriza a amplias regiones rurales latinoamericanas. La presión demográfica y la concentración de la tierra son elementos determinantes de este movimiento que se viene detectando en los últimos tiempos. En contraposición con las migraciones a la ciudad éstas otras se caracterizan por sus rasgos tradicionales. Han sido estudiadas las migraciones indígenas kekchíes en Guatemala, desde la zona de Alta Veparaz hacia El Petén, área selvática y que ha sido virgen hasta hace unos diez años (Adams, 1965). El desplazamiento de los kekchíes carece de elementos innovadores por cuanto su objetivo es la obtención de tierras para realizar una agricultura de subsistencia. Los individuos se trasladan, además, en grupos de familias unidas por parentesco y por último mantienen su monolingüismo. A este movimiento se ha agregado más recientemente y en menor escala, el desplazamiento de ladinos. Este grupo también está ayudando a consolidar una agricultura de subsistencia, que por falta de planificación oficial no se orienta hacia un capitalismo agrario que genere un desarrollo económico importante.

En Perú se ha producido un fenómeno similar. Además de las migraciones hacia la costa y especialmente de la zona metropolitana de Lima, se han detectado importantes desplazamientos desde la región serrana a la selvática, especialmente. Los datos disponibles permiten detectar este traslado. Mientras la población rural de la costa del Pacífico ha crecido en un 47,6 por ciento, la de la zona serrana lo ha hecho en un 21,8 por ciento y la del área selvática en 103,8 por ciento. Esto significa una apertura de tierras nuevas, también para agricultura de subsistencia. Este proceso fue generado por la desaparición constante de las tierras comunales y la apropiación individual y concentración en pocas manos de la región serrana.

Más recientemen se observó un movimiento similar en Paraguay, de las zonas sur y centro hacia el norte. La población desplazada es en buena parte indígena.

Posiblemente otros países registren similares movimientos, en la medida en que son originados por fenómenos semejantes. Sólo futuras investigaciones permitirán medir el problema en toda su magnitud.

LAS MIGRACIONES INTERNACIONALES DE LA POSTGUERRA

Las transformaciones económicas y políticas creadas como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, influyeron positivamente para generar una nueva corriente hacia algunos países de América latina.

Los lugares elegidos fueron Argentina, Brasil y Venezuela fundamentalmente. En los tres países los procesos de industrialización generados como consecuencia de la crisis de 1929-30 y agravados por la Segunda Guerra ampliaron el mercado de trabajo, creando nuevas posibilidades. El cuadro siguiente muestra la distribución de los inmigrantes por países.

ESTIMACION DE LA INMIGRACION NETA HACIA LATINOAMERICA POR PAIS DE DESTINO, 1946-1954

Año	*Argentina*	*Brasil*	*Venezuela*	*Otros*
1946	1.100	6.200	500	1.700
1947	34.100	9.500	5.800	6.700
1948	106.900	12.300	18.900	15.900
1949	135.200	16.800	20.700	13 200
1950	109.000	26.800	29.600	10.400
1951	78.300	55.300	20.400	12.400
1952	48.100	81.500	27.300	12.900
1953	23.700	67.200	32.400	10.300
1954	31.100	60.500	33.400	13.100
Total	567.500	335.900	189.000	96.600

Fuente: Bates, 1957.

El país que continuó recibiendo mayores aportes migratorios fue Argentina, siendo los años 1948-50 los de culminación. Precisamente ese período registra uno de

los mayores índices de crecimiento industrial en el desarrollo económico argentino. En Brasil, el ingreso fue más estable y progresivo, favorecidos seguramente por la atracción constante que ofreció la industrialización. Lo mismo sucede con Venezuela.

En cuanto al lugar de origen de los inmigrantes el cuadro siguiente registra los países respectivos.

ESTIMACION DE LA INMIGRACION NETA HACIA LATINOAMERICA POR PAIS DE ORIGEN, 1946-1954

Año	*Italia*	*España*	*Portugal*	*Otros*
1946	200	3.900	3.400	2.000
1947	31.200	10.500	5.800	8.600
1948	79.100	15.800	2.300	56.800
1949	113.800	39.600	8.100	24.200
1950	86.000	52.400	16.700	20.700
1951	60.500	52.200	30.900	22.800
1952	64.600	46.900	44.500	13.800
1953	49.100	34.100	36.300	14.100
1954	52.600	40.200	33.800	11.500
Total	537.100	295.600	181.800	174.500

Fuente: Bates, 1957.

Nótese el predominio de la migración italiana y en menor escala de la española, siguiendo idénticos lineamientos que en el período anterior. En cuanto a la migración portuguesa, fundamentalmente, se dirigió al Brasil.

Los países de los cuales provenían los migrantes eran países semiderruidos por las guerras. Con sus áreas rurales devastadas no pudieron evitar, más bien lo favorecieron, el drenaje humano.

También durante esta etapa la enorme mayoría de los migrantes eran de origen campesino, con profesiones sin calificación y en su gran parte analfabetos, aunque también los había con calificación y en especial obreros industriales.

Las demás regiones europeas que contribuyeron con aportes migratorios fueron Alemania, Polonia y Rusia. Además, en Brasil siguieron teniendo importancia los japoneses, que aportaron, entre 1930 y 1955, según algunas estimaciones, alrededor de 95.000 personas.

No obstante la importancia de este proceso, Argentina asistió en los últimos diez años al fenómeno inverso: el retorno de migrantes a sus países de origen. Las dificultades económicas y políticas, surgidas hacia la mitad de la década del 50, crearon las condiciones para que aquellos extranjeros escasamente integrados a la sociedad receptora se sintieran nuevamente atraídos por el resurgimiento económico de sus respectivos países de origen. Este es en especial el caso de Italia.

Los fenómenos de emigración hacia Estados Unidos rompen la imagen de sociedades meramente receptoras. Desde fines del siglo pasado, los trabajadores mexicanos cruzaron la frontera septentrional en busca de ocupación y más altas remuneraciones al punto que en 1910, 200.000 personas nacidas en México habitaban suelo norteamericano. Hacia 1930 esa cifra ascendió a un millón y medio de personas. Esa población se localizó casi en su mayoría en los estados de Arizona, California, Colorado, Nuevo México y Texas. Las oportunidades de trabajo se concentraron en la construcción, reparación y mantenimiento de ferrocarriles y en la horticultura que requiere el empleo intensivo de mano de obra. Con la crisis de 1930, se produjo una corriente de retorno hacia México, estimulada por las innovaciones tecnológicas aplicadas en Norteamérica en la agricultura. En la actualidad son importantes las migraciones estacionales desde México hacia Estados Unidos en épocas de siembra y cosecha, no así las migraciones permanentes.

También reviste contornos importantes las migraciones desde Puerto Rico hacia los Estados Unidos. Desde que a principios de siglo quedó bajo la hegemonía de este último el desplazamiento ha sido continuo y hoy en día los habitantes que abandonaron su país suman varios millares.

La reciente emigración cubana hacia Estados Unidos se debe exclusivamente a razones de tipo político, luego de la creación del estado socialista, y asciende a varias decenas de miles de personas, por lo general de clase media y alta.

De carácter excepcional es la emigración calificada de hombres de ciencia, profesionales y técnicos, que se está produciendo en varios países latinoamericanos.

Aunque su volumen es muy escaso en términos relativos, su importancia es mayor que la que indica su número en razón de las necesidades tecnológicas y de la demanda de mano de obra altamente calificada de los países latinoamericanos que quedan privados de ella. El motivo de la migración se debe a que el limitado desarrollo económico y cultural de estas naciones no ofrece todos los alicientes necesarios para retenerlos y ocuparlos. Las oportunidades brindadas por los países más desarrollados, en especial los Estados Unidos, son lo suficientemente grandes como para atraer a muchos que se establecen allí con carácter permanente.

EPILOGO

PERSPECTIVAS

Desde el punto de vista étnico, la historia de la población de América latina se divide en dos grandes períodos. El inicial comienza con la primera horda que penetró en el continente y concluye a fines del siglo xv de nuestra era, cuando Colón puso pie en las Antillas. Durante este tiempo América fue una prolongación étnica de Asia. No parece, pues, que estuvieran en este aspecto tan errados el Gran Almirante y sus seguidores cuando creyeron haber desembarcado en algún paraje del Lejano Oriente. Lo que les faltó fue una perspectiva geográfica e histórica de la cuestión. La primera pronto quedó aclarada gracias a las especulaciones de Vespucio, pero la dimensión histórica sólo se ha alcanzado en nuestros días. La vinculación de los indios con Asia era, en efecto, ya entonces muy remota.

A partir de 1492 el nuevo continente empezó, en cambio, a mirar hacia la vertiente atlántica, antes ignorada. Por esta vía llegó, en oleadas sucesivas, el actual sustrato europeo y africano. La actual población latinoamericana es resultado, entonces, de la yuxtaposición y mezcla de esos tres elementos, más algunas contribuciones recientes del Cercano y Extremo Oriente.

En el orden social y tecnológico, los momentos que han representado un giro en la evolución demográfica son tres, aparte de la fase precursora durante la cual

se dispersaron a través de llanos y serranías los pueblos cazadores y recolectores. Estos momentos son: la llamada "revolución agrícola", que permitió una dominación más intensa de la naturaleza por el hombre y, por consiguiente, una intensificación de la densidad humana de ciertas áreas; la Conquista, interrupción brusca del proceso anterior y nuevo punto de partida en directa combinación con la historia europea; y la actual "explosión demográfica", también exógena puesto que procede de la moderna "revolución industrial", pero por su naturaleza y por el tiempo en que ocurre promueve un destino autónomo para América latina, dentro de una interdependencia mundial creciente.

¿Cuál ha de ser este destino? No podemos, lógicamente, cerrar este libro sin preguntarnos acerca del futuro inmediato de la población cuya historia hemos trazado brevemente. Que sigan afluyendo hacia aquí contingentes significativos desde el exterior, como ha sucedido hasta ahora, es difícil que ocurra. La fase receptora de migrantes parece, en efecto, concluida. La maduración de las tendencias demográficas y el desarrollo económico interno han hecho desaparecer los excedentes humanos de los países que, en los siglos recientes, canalizaron un caudal regular de hombres hacia América. Otros continentes sí estarían en condiciones de reemplazar esta corriente y de volcar hacia ella los frutos de su natalidad desbordante, pero, por más intenso que sea el crecimiento de éstos, he aquí que la tasa de Iberoamérica es todavía más elevada que la de cualquier otra región del globo. América latina no requiere pues, globalmente, el aporte de más brazos, ni siquiera de aquellos relativamente especializados que llamó en otros tiempos. Los movimientos migratorios internos de la región están en condiciones de compensar los desajustes ocasionales que se produzcan entre las necesidades y los recursos humanos de las distintas zonas. Quizá más bien se plantee el problema inverso: la rapidez del incremento demográfico de América latina, ¿no exigirá que la región expulse hombres en forma esporádica? A la vista hay algunos signos interesantes. El cruce frecuente de la frontera norte de la América española por migrantes de las zonas limítrofes y la salida creciente de personal calificado hacia los países más des-

arrollados sugiere que la amenaza existe. Por estos motivos, lo más probable es que América latina crezca de ahora en adelante por sus propios medios, con el solo aporte interno. En consecuencia, también la mezcla de los diversos elementos étnicos que ella cobija ha de acentuarse.

Las extrapolaciones de las tendencias demográficas de cada uno de los países y de la región en su conjunto prevén una progresión sostenida durante los próximos decenios. El volumen de la población presumible varía considerablemente de acuerdo con las hipótesis sobre las cuales descansan los cálculos. Las estimaciones más bajas dan unos 365 millones de habitantes para la región en 1980, 421 para 1990 y 514 para el año 2000. Durante los últimos veinte años se han intentado varias proyecciones para los años inmediatos. Esos años han transcurrido ya y los censos recientes permiten precisamente apreciar si los cálculos fueron ajustados o no. Pues bien, la experiencia recogida indica que, en general, las estimaciones se habían quedado cortas y que la población ha crecido más rápido de lo previsto. Según otras conjeturas, las más altas, América latina alcanzará en 1990 los 507 millones de habitantes y en el año 2000 los 660 (Miró, 1965). Es probable que las cantidades efectivas se hallen entre ambos términos.

En el año 2000 la distribución de la población por subregiones, según los cálculos más moderados, será la siguiente: América del Sur tropical seguirá concentrando como ahora poco más de la mitad de la población de toda la región (aproximadamente el 54 por ciento); la América Central, en cambio, habrá ganado varios puntos en relación con los porcentajes registrados en 1965, precisamente los mismos que deberán perder la América del Sur templada y el área del Caribe.

Por lo que respecta a la brecha que existe en la actualidad entre la América ibérica y la América septentrional anglosajona, ésta seguirá abriéndose cada vez más en favor de la primera. La población de Iberoamérica, que en 1965 era ya un 14 por ciento superior a la de la segunda, es posible que en el curso de los primeros años del siglo próximo llegue a ser el doble de la anglosajona.

Asimismo la gravitación de América latina en el volumen de la población del mundo ha de ir en aumento. Esto será obra de su superior crecimiento vegetativo en relación con el de las demás regiones del globo. En lo que queda del siglo, la tasa anual de crecimiento de América latina, que oscilará entre un 2,8 y un 2,5 por ciento, será dos veces y media mayor o más que la de los países desarrollados del mundo, y hasta 1990 la más alta de todas, preeminencia de la que disfruta desde casi los comienzos de este siglo. Sólo después de esa fecha cederá su rango a Africa (Miró, 1965). Si en 1965 la población latinoamericana representaba un 7,5 por ciento de la mundial, en 1980 llegará a ser el 8,6, en 1990 más del 9 y en el año 2000 entre un 10 y un 12 por ciento según las estimaciones.

La perspectiva de tamaño crecimiento ha de suscitar graves inquietudes en los estadistas y, en general, en la conciencia de todos los latinoamericanos inquietos por el porvenir del solar común. No cabe imaginar que un hecho de tal envergadura vaya a ser absorbido por el estado actual de cosas sin una profunda alteración de la vida económica, social e institucional de Iberoamérica. El cambio ha de ser, por lo tanto, previsto y aceptado; de lo contrario se impondrá igual en una forma más dramática. La generación presente tiene pues ante sí uno de los desafíos más trascendentales de la historia americana. Para evitar estragos, quizá muy penosos, habrá de acertar, entre las diversas opciones políticas que se le presentan, con aquella que sepa imprimir el desarrollo más acelerado a estos países, con objeto, no sólo de dar ocupación y alimento a los cientos de millones de hombres que ahora bullen por ciudades y por campos y a cuantos están aún por nacer, sino también para elevar simultáneamente el bajo nivel general de existencia y corregir la injusta distribución de la renta. Todo ello ha de hacerse, además, sin que la región pierda el dominio sobre sí misma. La tarea es, por lo tanto, ingente y exige sacrificios personales, sociales y políticos. Por desgracia son solamente algunos individuos y ciertos organismos internacionales los que comprenden lo apremiante del problema. La mayor parte de los Estados actúa como si ése no existiera: ni el ritmo de crecimiento general, ni el de los alimentos, en particu-

lar, resultan hasta ahora satisfactorios. Los autores se considerarán bien pagados por su esfuerzo si este libro logra despertar alguna conciencia de la importancia de los problemas demográficos en la historia y en el porvenir del continente.

BIBLIOGRAFIA

Adams, Richard N. 1965. — *Migraciones internas en Guatemala. Expansión agraria de los indígenas kekchíes hacia El Petén.* Estudios Centroamericanos, nº 1, Guatemala.

Aparicio, F. de, y Difrieri, H. A. (dir.). 1961. — *La Argentina. Suma de geografía,* Buenos Aires, en particular el T. VII.

Aschmann, Homer. 1959. — *The Central Desert of Baja California: Demography and Ecology.* Ibero-americana: 42, Berkeley y Los Angeles.

Avila, F. B. de. 1954. — *Economic impacts of inmigration: the Brazilian inmigration problem.* The Hague.

Barón Castro, Rodolfo. 1942. — *La población de El Salvador. Estudio acerca de su desenvolvimiento desde la época prehispánica hasta nuestros días.* Madrid.

Barón Castro, Rodolfo. 1945. — "La población hispanoamericana a partir de la Independencia". *Estudios Demográficos.* Madrid, págs. 185-245.

Barón Castro, R. 1959. — "El desarrollo de la población hispanoamericana (1492-1950)". *Cuadernos de Historia Mundial,* V (2). Neuchâte, págs. 325-343.

Bates, Margaret. 1957. — *The Migration of Peoples to Latin America.* Washington, D. C.

Behm Rosas, Hugo. 1962. — *Mortalidad infantil y nivel de vida.* Santiago de Chile (mimeo.).

Benítez Zenteno, Raúl. 1961. — *Análisis demográfico de México.* México.

Besio Moreno, Nicolás. 1939. — *Buenos Aires. Puerto del Río de la Plata. Capital de la Argentina. Estudio crítico de su población, 1536-1936.* Buenos Aires.

Beyhaut, Gustavo. 1964. — *Raíces contemporáneas de América latina.* Buenos Aires.

Beyhaut, G., R Cortés Conde, H. Gorostegui y S. Torrado. 1961. — *Inmigración y desarrollo económico.* Buenos Aires.

Borah, Woodrow. 1951. — *New Spain's Century of Depression,* Ibero-americana: 35. Berkeley y Los Angeles.

Borah, Woodrow. 1962. — "¿América como modelo? El impacto demográfico de la expansión europea sobre el mundo no europeo". *Cuadernos americanos,* XXI, 6, páginas 176-85.

Borah, Woodrow, y S. F. Cook, 1960a. — *The Population of Central México in 1548: A Critical Analysis of the Suma de visitas de pueblos.* Ibero-americana: 43. Berkeley y Los Angeles.

Borah, Woodrow, y Sherburne F. Cook. 1960b. — "La despoblación del México Central en el siglo xvi", *Historia Mexicana,* 12, págs. 1-12.

Borah, Woodrow, y Sherburne F. Cook. 1963. — *The Aboriginal Population of Central México on the Eve of the Spanish Conquest.* Ibero-americana: 45. Berkeley y Los Angeles.

Borah, Woodrow, y Sherburne F. Cook. 1966. — "Marriage and Legitimacy in Mexican Culture: Mexico and California". *California Law Review,* 54, n. 2, págs. 946-1008.

Borah, Woodrow. 1968. — "The historical Demography of Latin America: Sources, Techniques, Controversies, Yields". Comunicación a la IV Conferencia de la Asociación Internacional de Historia Económica y Social a celebrarse en Bloomington (Ind.) (dáctil.).

Bouiron, A. 1956. — *Las inmigraciones en Venezuela: Sus efectos económicos y sociales.* Unión Panamericana, Washington, D. C.

Brito Figueroa, Federico. 1966. — *Historia económica y social de Venezuela,* 2 vols., Caracas.

Camargo, J. F. de. 1960. — *Demografia Econômica.* Bahía.

Carmagnani, Marcello y Klein, Herbert S. 1965. — "Demografía histórica: La población del obispado de Santiago, 1777-1778", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* 72, págs. 54-74. Santiago de Chile.

Carr-Saunders, M. 1939. — *Población Mundial.* México.

Casañas, Ofelia. 1965. — "La población de Santa María (Catamarca) entre los Censos Nacionales de 1869 y 1895". *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas,* 8. Rosario, págs. 181-220.

Casas, Bartolomé de Las. [1542]. — "Breve relación de la destrucción de las Indias occidentales". *Colección de las obras del venerable obispo de Chiapas don...,* edición J. A. Llorente, I. París, 1822.

Casis, Ana, y Davis Kingsley. 1947. — "Concentración y desarrollo urbano en América latina", *El trimestre económico*, XIV, 3. México.

Catálogo de pasajeros a Indias. 1940-46. — *...durante los siglos XVI, XVII y XVIII.* Dir.: Cristóbal Bermúdez Plata, 3 tomos: I(1509-1534); II (1535-1538) y III (1539-1559). Sevilla.

Cervera, Manuel. 1907. — *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe,* 1573-1853, I. Santa Fe.

Cline, Howard F. 1949. — "Civil Congregations of the Indians in New Spain, 1598-1606". *The Hispanic American Historical Review,* 1949 (agosto), págs. 349-69.

Codazzi, Agustín [1841]. — *Resumen de la geografía de Venezuela,* 3 vols. Caracas, reed. 1940.

Comadrán Ruiz, Jorge, 1858-59. — "La población de la ciudad de Catamarca y su jurisdicción al crearse el virreinato". *Revista de Historia Americana y Argentina,* II, 3-4. Mendoza, págs. 125-144.

Cook, David Noble. 1965. — "La población indígena en el Perú colonial". *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas,* 8. Rosario, págs. 73-110.

Cook, S. F. 1937. — *The Extent and Significance of Disease among the Indians of Baja California, 1697-1773.* Ibero-americana: 12. Berkeley y Los Angeles.

Cook, S. F. 1940. — *Population Trends among the California Missions Indians.* Ibero-americana: 17, Berkeley y Los Angeles.

Cook, Sherburne F. 1946a. — "Human Sacrifice and Warfare as factors in the Demography of Pre-colonial Mexico". *Human Biology,* 18 (2), págs. 81-102.

Cook, Sherburne F. 1946b. — "The Incidence and Significance of Disease among the Aztecs and Related Tribes". *The Hispanic American Historical Review,* 26 (3), páginas 320-25.

Cook, S. F. 1947. — "The Interrelation of Population, Food Supply, and Building in Pre-Conquest Central Mexico". *American Antiquity,* 13 (1), págs. 45-52.

Cook, Sherburne, F. 1949. — *The Historical Demography and Ecology of Teotlalpan.* Ibero-americana: 33. Berkeley y Los Angeles.

Cook, Sherburne F. 1949. — *Soil Erosion and Population in Central Mexico.* Ibero-americana: 34. Berkeley y Los Angeles.

Cook, S. F. 1955. — "The Epidemic of 1830-1833 in California and Oregon". *Publication on American Archeology and Ethnology,* vol. 43, n. 3. Berkeley y Los Angeles, páginas 303-326.

Cook, Sherburne F., y Woodrow Borah. 1957. — "The Rate of Population Change in Central Mexico 1550-1570". *The Hispanic American Historical Review,* 37 (4), páginas 463-70.

Cook, S. F., y Woodrow Borah. 1960. — *The Indian Population of Central Mexico, 1531-1610.* Ibero-americana: 44. Berkeley y Los Angeles.

Cook, Sherburne F., y Woodrow Borah. 1966. — "On the Creditibility of Contemporary Testimony on the Population of Mexico in the Sixteenth Century". *Summa Anthropologica,* en homenaje a Roberto J. Weitlaner. México, págs. 229-39.

Cook, Sherburne, y Lesly Byrd Simpson. 1948. — *The Population of Central Mexico in the Sixteenth Century.* Ibero-americana: 31. Berkeley y Los Angeles.

Cooper, Donald B. 1965. — *Epidemic Disease in Mexico City, 1761-1813. An Administrative, Social, and Medical Study.* Institute of Latin American Studies. Austin (Tex.).

Corredor, Berta. 1962. — *La familia en América latina.* Madrid.

Cuba. Secretaría de Hacienda. 1902-1930. — *Inmigración y movimiento de pasajeros.* La Habana.

Chao, María del Pilar. 1965. — "La población de Potosí en 1779". *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas,* 8, Rosario, págs. 171-80.

Chevalier, François. 1956. — "La formación de los grandes latifundios en México (Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII)". *Problemas agrícolas e industriales de México,* VIII (1). México, págs. 1-258.

Davis, Kingsley (compilador). 1950. — *Corrientes demográficas mundiales.* México.

Davis, Kingsley. 1964. — "Posición de América latina en la Historia Demográfica Mundial". En *Demografía y Salud Pública en América latina.* La Fundación Milbank Memorial. Nueva York.

Departamento Nacional de Estadística. 1894. — *Comparaciones estadísticas internacionales.* Buenos Aires.

Diégues Juúnior, Manuel. 1959. — *População o propriedade da terra no Brasil,* Unión Panamericana, Washington, D. C.

Dobyns, Henry F. 1966. — "Estimating Aboriginal American Population. 1. An Appraisal of Techniques with a New Hemispheric Estimate". *Current Anthropology,* 7 (4), págs. 395-416.

Durand, John D., y César Peláez. 1966. — *Características de la urbanización en América latina,* La Fundación Milbank Memorial. Nueva York.

Elizaga, Juan C. 1963. — *Migración diferencial en algunas regiones y ciudades de la América latina, 1940-1950.* Santiago de Chile (mimeo.).

Elizaga, Juan C. 1963. — *Formas de asentamiento de la población en la América latina.* Santiago de Chile (mimeo.).

Ember, Melvin. 1963. — "The Relationship Between Economic and Political Development in Nonindustrialized Societies". *Ethnology,* II (2), págs. 228-48.

Endrek, Emiliano. 1966. — *El mestizaje en Córdoba. Siglo XVIII y principios del XIX.* Córdoba.

Endrek, Emiliano. 1967. — *El mestizaje en el Tucumán. Siglo XVIII. Demografía comparada.* Córdoba.

Facultad de Filosofía y Letras. 1920-25. — *Documentos para la Historia Argentina.* Tomo X: *Padrones de la Ciudad y Campaña de Buenos Aires (1726-1810).* Buenos Aires.

Freedman, Donald. 1966. — *La revolución demográfica mundial.* México.

Freyre, Gilberto. 1961. — *Introdução à história da sociedade Patriarcal no Brasil:* 1. *Casa-grande & senzala. Formação da família brasileira sob o regime de economía patriarcal,* 10ª ed., 2 vols., y 2. *Sobrados e mucambos. Decadencia do patriarcado rural e desenvolvimento do urbano,* 3ª ed. Río de Janeiro.

Friede, Juan. 1951. — "The *Catálogo de pasajeros* and Spanish Emigration to America to 1550". *The Hispanic American Historical Review,* XXXI (2), págs. 333-48.

Friede, Juan. 1953. — *Los Andaki, 1538-1947. Historia de la aculturación de una tribu selvática.* México.

Friede, Juan. 1963. — *Los Quimbayas bajo la dominación española. Estudio documental (1539-1810).* Bogotá.

Garzón Maceda, Ceferino, y José Walter Dorflinger. 1961. — "Esclavos y mulatos en un dominio rural del siglo XVIII en Córdoba. Contribución a la demografía histórica". *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba,* 2ª serie, II (3), págs. 625-40.

Garzón Maceda, Félix. 1917. — *La medicina en Córdoba. Apuntes para su historia,* 3 vols. Córdoba.

Germani, Gino. 1955. — *Estructura social de la Argentina.* Buenos Aires.

Germani, Gino. 1966. — *Política y sociedad en una época de transición.* Buenos Aires.

Glass, D. V. 1958. — Latin American seminar on population. U. N. Nueva York.

Góngora, Mario. 1960. — *Origen de los "inquilinos" de Chile Central.* Santiago de Chile.

González, Elda R., y Rolando Mellafe. 1965. — "La función de la familia en la Historia social hispanoamericana colo-

nial". *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas,* 8, Rosario, págs. 57-71.

González, Juan Vicente [s. a.]. — *Biografía del general José Félix Ribas (Epoca de la guerra a muerte).* Madrid.

González Bofill, Pedro A. 1966. — "Demografía retrospectiva del Curato de Río Tercero Arriba (Córdoba), 1806-1816". Comunicación a las II Jornadas de la Asociación Argentina de Historia Social y Económica. Córdoba (dact.).

González Navarro, Moisés. 1960. — *La colonización en México, 1877-1910.* México.

Guerra y Sánchez, Ramiro, y otros. 1952. — *Historia de la nación cubana,* 9 vols. La Habana.

Hadden, Gordon J. 1967. — "Un ensayo de demografía histórica y etnológica en Huánuco". Véase Ortiz de Zúñiga.

Hardoy, Jorge E. 1966. — *Aspectos de la urbanización en América latina,* CEUR. Buenos Aires (mimeo.).

Hardoy, Jorge Enrique. 1967. — *Ciudades precolombinas.* Buenos Aires.

Hardoy, Jorge E., y Carmen Aranovich. 1967. — "Cuadro comparativo de los centros de colonización española existentes en 1580 y 1630". *Desarrollo Económico,* 27. Buenos Aires (véase Sánchez-Albornoz, 1968).

Hauser, Philip M. (compilador). 1965. — *The population dilemma.* Nueva Jersey.

Hernández Alvarez, José. 1967. — "Perfil demográfico de la inmigración mexicana a los Estados Unidos". *Demografía y Economía,* 1 (1). México.

Huiguita, J. de D. 1940. — "Estudio histórico analítico de la población colombiana en 170 años". *Anales de Economía y Estadística,* III, suplemento 2. Bogotá.

Humboldt, Alejandro de [1811]. — *Ensayo político de la Nueva España.* México, 1965.

I. B. G. E. Conselho Nacional de Estadistica. Laboratório de Estadistica. 1961. — *Contribuições para o estudo da demografia do Brasil.* Guanabara.

Instituto de Estudios Americanistas. *Censo de población de la ciudad de Córdoba y su campaña. Año 1813,* 2 vols. Córdoba (en prensa).

Instituto Panamericano de Geografía e Historia. 1961. — *El mestizaje en la historia de Imeroamérica.* México.

Jones, Joseph Marion. 1962. — *¿La sobrepoblación significa pobreza?* Washington, D. C.

Konetzke, Richard. 1948. — "Las fuentes para la historia demográfica de Hispano-América durante la época colonial". *Anuario de estudios americanos,* 5. Sevilla, páginas 267-323.

Kroeber, A. L. 1934. — "Native American Population". *American Anthropologist,* 36 (1), págs. 1-25.
Kubler, George. 1942. — "Population movements in Mexico 1520-1600". *The Hispanic American Historical Review,* 22 (4), págs. 606-43.
Kubler, George. 1952. — *The Indian Caste of Peru, 1795-1940. A Population Study based upon Tax Records and Census Reports.* Washington, D. C.
Lattes, Alfredo Enrique. 1967. — *La fecundidad efectiva en la República Argentina,* Celade, Santiago de Chile.
Lisanti Filho, Luis. 1964. — "La población de la 'Capitania de Sao Paulo' entre la segunda mitad del siglo XVIII y el comienzo del siglo XIX". *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas,* 6. Rosario, págs. 13-26.
López Sarrelangue, Delfina E. 1963. — "Población indígena de la Nueva España en el siglo XVIII". *Historia mexicana,* XII (4), págs. 516-30.
López de Velasco, Juan [1574]. — *Geografía y descripción universal de las Indias,* ed. Justo Zaragoza. Madrid, 1894.
Loyo, Gilberto. 1963. — *Población y desarrollo económico.* México.
Lynn Smith, T. 1961. — *Latin American Population Studies.* Social Sciences Monography, 8. Gainsville (Florida).
Maeder, Ernesto J. A. 1963. — "Demografía y potencial humano de Corrientes. El censo provincial de 1814". *Nordeste,* 5. Resistencia, págs. 113-163.
Maeder, Ernesto J. A. 1964. — "La estructura demográfica y ocupacional de Corrientes y Entre Ríos en 1820". *Trabajos y Comunicaciones,* 12. La Plata, págs. 11-38.
Mattelart, Armand. 1967. — *¿Adónde va el control de la natalidad?* Santiago de Chile.
Mellafe, Rolando. 1964. — *La esclavitud en Hispanoamérica.* Buenos Aires.
Mellafe, Rolando. 1965. — "Problemas demográficos e historia colonial hispanoamericana". *Nova Americana,* I. París, págs. 45-55.
Milbank Memorial Foundation. 1963. — *Demografía y salud pública en América latina.* Nueva York.
Miranda, José. 1963. — "La población indígena de México en el siglo XVII". *Historia mexicana,* XII (2), páginas 182-189.
Miró, Carmen A., y Jorge L. Somoza. 1964. — *Características demográgicas de la América latina.* Santiago de Chile (mimeo.).
Miró, Carmen A. 1965. — *La población de América latina en el siglo XX.* Santiago de Chile.
Montoya Rojas, Rodrigo. 1966. — "Migración interna en el Perú". *Cuadernos de Ruedo Ibérico,* 6. París, págs. 29-39.

Moreno, José Luis. 1965. — "La estructura social y demográfica de la ciudad de Buenos Aires en el año 1778". *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas,* 8. Rosario, págs. 151-70.

Mortara, Giorgio. 1961. — *Características da estructura demográfica dos países americanos.* Washington, D. C.

Naciones Unidas. 1949. — *Tendances démographiques mondiales,* s. l.

Naciones Unidas. 1953. — *Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas.* Nueva York.

Naciones Unidas. 1964. — *El desarrollo social de América latina en la postguerra.* México.

Naciones Unidas. 1967. — *World population conference, 1965,* II, III y IV. Nueva York.

National Center for Health Statistics. 1964. — *Recent mortality trends in Chile.* Washington, D. C.

Nadal, Jorge. 1966. — *La población española (Siglos XVI al XX).* Barcelona (véase también Reinhard, M., y A. Armengaud).

Oddone, Juan Antonio. 1966. — *La formación del Uruguay moderno* (La inmigración y el desarrollo económico social). Buenos Aires.

Oficina Internacional del Trabajo. 1959. — *La migraciones internacionales, 1945-1957.* Ginebra.

Orbegoso Rodríguez, Efraín. 1966. — *Contribución al estudio de la población peruana.* Lima.

Ortiz de Zúñiga, Iñigo. 1967. — *Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562,* I, ed. John V. Murra. Documentos para la Historia y Etnología de Huánuco y la Selva Central, tomo I. Huánuco.

Parsons, James J. 1961. — *La colonización antioqueña en el Occidente de Colombia,* 2ª edición. Bogotá.

Paz y Miño, Luis T. 1936. — "La población del Ecuador". *Revista del Ecuador,* 3. Quito.

Population Research Center. The University of Texas. 1965. . . — *International Population Census Bibliography. Latin America and the Caribbean.* Austin.

Quijano, Aníbal. 1966. — *El proceso de urbanización en América latina.* CEPAL, Santiago de Chile (borrador para discusión).

Ramos, Arthur. 1944. — *Las poblaciones del Brasil.* México.

Rasini, Beatriz. 1965. — "Estructura demográfica de Jujuy: Siglo XVIII". *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas,* 8. Rosario, págs. 119-150.

Rasini, B.; D. Ruggeroni, y O. Casañas. 1962-63. — "La población de Santa María: el censo de 1771; el padrón militar de 1812; las epidemias de 1882-1889". *Anuario del*

Instituto de Investigaciones Históricas, 6. Rosario, páginas 41-118.

Ravignani, Emilio. 1934. — "La población indígena de las règiones del Río de la Plata y Tucumán en la segunda mitàd del siglo XVII. *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas* (La Plata, 1932). Buenos Aires, t. 2, págs. 287-305.

Reinhard, M., y A. Armengaud. 1966. — *Historia de la población mundial.* Barcelona (con apéndice de Jorge Nadal "La población española (siglos XVI a XX)".

Rosenblat, Angel. 1967. — *La población de América en 1492.* México.

Rosenblat, Angel. 1966. — *Los cálculos de la población precolombina* (mimeo.).

Sánchez-Albornoz, Nicolás. 1967. — "Les registres paroissiaux en Amérique Latine. Quelques considérations sur leur exploitation pour la démographie historique". *Revue suisse d'histoire,* 17 (1), págs. 60-71.

Sánchez-Albornoz, Nicolás y Susana Torrado. 1965. — "Perfil y proyecciones de la demografía histórica en la Argentina". *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas,* 8. Rosario, págs. 31-56.

Sánchez-Albornoz, Nicolás. 1968. — "Población y despoblación rural de la Provincia de Buenos Aires, 1869-1960". Comunicación a la IV Conferencia de la Asociación Internacional de Historia Económica y Social a celebrarse en Bloomington (Ind.) (dáctil.).

Sapper, Karl. 1924. — "Die Zahl und die Volksdichte der Indianischer Bevölkerung in Amerika von der Conquista und in der Gegenwart". *Proceedings of the 21 st International Congress of Americanists,* I. Leiden, págs. 95-104.

Sauer, Carl. 1935. — *Aboriginal Population of Northwestern Mexico.* Ibero-americana: 10. Berkeley y Los Angeles.

Schaldel, Richard P. 1967. — *La demografía y los recursos humanos del Sur del Perú.* México.

Simpson, Lesley Byrd. 1952. — *Exploitation of Land in Central Mexico in the Sixteenth Century.* Ibero-americana: 36. Berkeley y Los Angeles.

Sireau, Alberto. 1966. — *Teoría de la población. (Ecología urbana y su aplicación a la Argentina).* Buenos Aires.

Spinden, Herbert J. 1928. — "The population of Ancient América". *Geographic Review,* 18, págs. 641-60.

Steward, Julian H. 1949. — "The Native Population of South America". *Handbook of South American Indians,* vol. 5. Washintgon, págs. 655-68.

Stolnitz, George J. 1959. — "The Revolution in Death Control in Nonindustrial Countries". *The Annals of the Ame-*

rican Academy of Political Science, 316 (marzo). Washington.
Studer, Elena F. S. de. 1958. — *La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII.* Buenos Aires.
Thayer Ojeda, Luis. 1934. — *Contribución demográfica para la historia de Valparaíso.* Valparaíso.
Thompson, H. Paul. 1966. — "Estimating Aboriginal American Population 2. A Technique Using Anthropological and Biological Data". *Current Anthropology,* 7 (4), páginas 417-424.
UNESCO. 1955. — *The positive contribution by immigrants.* París.
UNESCO. 1961. — *Migración internacional y desarrollo económico.* Torino.
UNESCO. 1962. — *La urbanización en América latina.* Lieja.
Unión Panamericana - Instituto de Estadística. 1964. — América en cifras. *Estado y movimiento de la población.* Washington, D. C.
Vázquez de Espinosa, Antonio [1628-29]. — *Compendio y descripción de las Indias occidentales.* Washington, D. C., 1948.
Willcox, Walter F. 1929. — *International Migrations.* Nueva York.
Zañartu, Mario. 1963. — *Necesidad de inmigrantes para el desarrollo económico de América latina.* Ginebra.
Zárate, Alvan O. 1967. — *Principales patrones de migración interna en Guatemala.* Estudios Centroamericanos nº 3. Guatemala.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 22 DE JULIO DE 1968 EN LOS
TALLERES GRÁFICOS DIDOT, S. C. A.
LUCA 2223, BUENOS AIRES

0181

68 3

"La gravitación de América latina en el volumen de la población del mundo ha de ir en aumento. Esto será obra de su superior crecimiento vegetativo en relación con el de las demás regiones del globo. En lo que queda de siglo, la tasa anual de crecimiento de América latina, que oscilará entre un 2,8 y un 2,5 por ciento, será dos veces y media mayor o más que la de los países desarrollados del mundo, y hasta 1990 la más alta de todas, preeminencia de la que disfruta desde casi los comienzos de este siglo... La perspectiva de tamaño crecimiento ha de suscitar graves inquietudes en los estadistas y, en general, en la conciencia de todos los latinoamericanos inquietos por el porvenir del solar común... La generación presente tiene pues ante sí uno de los desafíos más trascendentales de la historia americana... Los autores se considerarán bien pagados por su esfuerzo si este libro despertara en parte del público la conciencia de la importancia de los problemas demográficos en la historia y en el porvenir del continente." (N. Sánchez-Albornoz y J. L. Moreno.)